

ESTUDIOS



POEMA INFANTIL

MAYO DE 1930

50 céntimos

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

¡IMPORTANTÍSIMO!

La Biblioteca GENERACION CONSCIENTE tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de ESTUDIOS por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número de esta Revista, la cual no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos por tanto a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros de la Biblioteca GENERACION CONSCIENTE aquí anunciados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de uti-

lidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

LOS PAGOS DEBERAN SER SIEMPRE ANTICIPADOS.—Si no se quiere anticipar el importe al hacer el pedido, puede indicarse que se haga el envío a reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero.

Los gastos de reembolso (0'50 por cada paquete), van a cargo del comprador. Para el extranjero no rige el servicio de reembolso.

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento



Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendada la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. — Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shum* a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

El veneno maldito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.

La virginidad estancada, por Hope Clare.—Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incomprensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 ptas.

Almanaque de "Generación Consciente" para 1928.—Precio, 1 peseta.

Almanaque de "Generación Consciente" para 1929.—Son estos almanaques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 pta.

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia el príncipe de los novelistas, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

La tragedia de la emancipación femenina, por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

¿Maravilloso el instinto de los insectos?—Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Loru-lot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.—Precio, 0'30 ptas.



Eugénico, por Luis Huerta.—Mucho y muy bueno tenemos que decir de este libro, en el que brilla, entre los temas propios de la finalidad de la obra, el amor al Naturismo, del que prácticamente es don Luis Huerta Naves devoto admirador y ejemplo viviente de su excelencia.

Todos los casados, aun jóvenes, y cuantos piensen constituir un hogar, deben leer este libro, estudiarle, aprenderle, si es que no quieren incurrir en los mil errores que se cometen en la vida

matrimonial, los que tantas desgracias, llantos y sinsabores llevan aparejados como secuela inevitable.

Nuevas son estas teorías sobre mejoras de la raza, de la prole, y acerca del cuidado de la esposa antes, en y después del alumbramiento, y ya están dando óptimos frutos. Por lo mismo que lo son mucho, y porque los deseamos para todos, y muy en especial para nuestros lectores y afines, les recomendamos muy empáfadamente esta obra, bien seguros de que nos habrán de agradacer el amigable consejo.—Precio, dos pesetas.



El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

Maternología y Puericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.

La Muñeca, por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.

Amor y matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.

La Filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la trascendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 ptas.

La vida trágica de los trabajadores, por el doctor Feydoux.—Excelente documentación, henchida de rebeldía contra los males que padecen los obreros, de todas las miserias, dolores, lágrimas y sufrimientos que, como un rosario sin término, soportan los trabajadores. Interesantes detalles de catástrofes y accidentes que podían ser evitados y que no se evitan por la avaricia y la inhumanidad de los explotadores. Curiosas revelaciones de cómo en muchas de sus ocupaciones los obreros se envejecen poco a poco. Libro doloroso y verídico que no debe faltar en la biblioteca de ningún trabajador, ni de nadie a quien la suerte de los trabajadores preocupe e interese.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3'50 pesetas.

Cuentos de Italia, por Máximo Gorki.—Los que no han leído este libro del gran escritor ruso, desconocen uno de los aspectos más interesantes de su personalidad artística y social. *Cuentos de Italia* es un bellissimo florilegio de narraciones dramáticas en las que el alma italiana se descubre por entero en todas sus complejidades y matices. La hondura psicológica que es peculiar en los escritores rusos, puesta en estos temas occidentales, maravilla en gran manera. Lo que más admira en este libro singular es la variedad de asuntos y el hecho de que todos estén tratados con insuperable maestría. Pocos viajeros han dicho cosas tan interesantes y tan justas de ese país tan lleno de materiales para obras literarias. Gorki se ha superado a sí mismo en estos cuentos, que ningún lector atento debe desconocer.—Un volumen en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo, por Máximo Gorki.—Pocos son los escritores que en circunstancias difíciles logren imponerse de un modo tan rápido y absoluto como Máximo Gorki. La obra del glorioso novelista es una de las más interesantes que ha producido la literatura contemporánea. *Cómo se forja un mundo nuevo* es un libro que ha de interesar por lo que nos revela acerca de la revolución rusa y la nueva forma política y social de aquel pueblo, y porque sus páginas están impregnadas del entusiasmo ardoroso que Gorki ha tenido siempre en la libertad económica y moral de la raza humana. Este nuevo libro de Gorki aclara muchas dudas, desvanece equívocos y contribuye a difundir una idea más exacta y justa de lo que es el actual estado de Rusia y de lo que puede ser en el porvenir.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

Entre los muertos, por Elías Castelnuovo.—Precio, 2'50 pesetas.

Anissia, por León Tolstoi.—Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentirse profundamente conmovido. Un libro que guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad.—Precio, 3 pesetas.





Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de Besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

Ideología y táctica del proletariado moderno, por Rudolf Rocker.—Muerto Kropotkin, el más alto exponente de las ideas libertarias que éste preconizó durante toda su vida es Rudolf Rocker, ya ventajosamente conocido del lector de lengua española, por los muchos escritos suyos que han circulado por España y América. El volumen *Ideología y táctica del proletariado moderno* es lo más fundamental que se ha escrito en los últimos tiempos acerca de las luchas que el proletariado sostiene y habrá de sostener con sus enemigos de toda especie, que no son pocos. Libro serio, hondo, pensado, denso de doctrina y de ideas, no son éstos sus mayores méritos, con serlo de primera categoría. Su mayor mérito es la claridad y la sencillez, prendas de que no gozan otros libros, interesantes pero abstrusos. Rocker escribe pensando en los obreros, y se esfuerza por que éstos le comprendan acabadamente, lo que logra por entero. El libro, cuidadosamente traducido por Diego Abad de Santillán, ha sido muy bien impreso y muy bien presentado, lo que avalora aún más su mérito.—Precio, 3 pesetas.

El Alcohol y el Tabaco, por León Tolstoi.—Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que oscurecen la conciencia del mundo.—Precio, 1 pta.

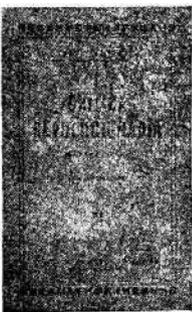
Ideario, por Enrique Malatesta.—De la enorme producción intelectual de Malatesta, dispersa en periódicos, revistas y pequeños opúsculos, así nadie se da perfecta cuenta. Parece que el gran revolucionario fuese sólo un simple hombre de acción. Lo es, sí, un hombre de acción, y admirable. Pero también es un hombre de pensamiento, y no de menor categoría que como hombre de acción. Este *Ideario* que hemos editado es buena prueba de ello. Hasta los mejores conocedores de Malatesta tendrán sorpresas con él. Se ha puesto en su traducción y ordenación sumo cuidado. Así, vemos desfilan por las páginas, apasionadas y ardorosas, en las que palpita el hombre de acción, todas las opiniones de éste, interesantes y valiosas siempre, sobre todos los problemas de la vida, sobre todas las luchas en que se empeñan los hombres, sobre los conflictos más hondos que se plantean en la conciencia de cada hombre, y más cuando éste siente el deseo de que la humanidad sea, en lo posible, feliz. *Ideario*, sencillamente, es un gran libro.—Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

La Universidad del Porvenir, por José Ingenieros.—En esta obra se donde con mayor relieve destacan el talento y la elevada personalidad moral del gran humanista.—Precio, 1'50 ptas.

Crítica revolucionaria, por Luis Fabbri.—Un admirador de este libertario italiano, que es uno de los más cultos, inteligentes y enterados de nuestro tiempo, ha traducido, de la obra entera del autor, las páginas más vibrantes de crítica que han salido de su pluma, vibrante en toda ocasión y circunstancia. Y esta crítica, acertadamente denominada revolucionaria, no se dirige sólo contra un aspecto de la sociedad actual, sino contra todos en bloque. Ni tampoco es sólo contra la sociedad, sino que también, y hondamente, contra muchos de los que la combaten. Hasta contra sus propios compañeros de ideal, cuando los juzga equivocados, se dirigen estas críticas encendidas en pasión humana limpia y pura. De aquí que sea crítica revolucionaria en el más exacto sentido de la palabra, puesto que lo revolucionaria todo, ideas y opiniones, estados de ánimo y errores, posiciones espirituales y luchas interiores. Por todo el libro corre un viento libre, fuerte, de escritor que arde en la llama que le anima en su lucha por la libertad.—Un tomo cuidadosamente impreso, en rústica, 2 pesetas.

La Ética, la Revolución y el Estado, por Pedro Kropotkin.—La personalidad de este célebre escritor revolucionario es demasiado conocida de los lectores de lengua española; esto nos excusa de hablar aquí de él, aunque nunca sería excesivo lo que se dijera. Sólo llamaremos la atención de los que gustan de las lecturas sociales, sobre la importancia de este volumen, en el que se reúnen, por vez primera en castellano, tres de los estudios más famosos del gran escritor. Analizar cada uno por separado sería tarea dilatada. Vale más que el lector, por sí mismo, se forme un juicio, conociendo estos estudios, esmeradamente traducidos. Las opiniones de este gran hombre sobre la moral, sobre la revolución y sobre el Estado, son de un valor seguro e imponderable.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 ptas.

Humano ardor, por Alberto Ghirardo.—Precio, 5 pesetas.





Los hermanos Karamazov, por el novelista ruso Fedor Dostoiéwski. - En *Los hermanos Karamazov* es donde la personalidad del formidable moderno escritor Dostoiéwski se destaca con más relieve, adquiriendo las gigantescas proporciones de los grandes autores de la antigüedad. La forma poemática en que esta novela está trazada hace que las pasiones que agitan a sus personajes reflejen un fondo de humanidad tan vivo y trascendente, que sólo es posible hallarlo en las más encumbradas concepciones homéricas o shakespearianas. - Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas, 3 pesetas.

La vida de un hombre innecesario (La policía secreta del zar), por Máximo Gorki. - Esta es una de las mejores obras que han salido de la pluma de Gorki, tan apta para crear buenas obras. Formidable ariete contra las prácticas policíacas. Libro henchido de humanidad hacia las víctimas de la tiranía. Novela que a través de su argumento de enorme fuerza dramática, nos descubre la vida entera de los hombres que preparan las revoluciones. - Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

Camino de perfección, por Carlos Brandt. - Valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor. - Precio, 2 pesetas.

Realismo e Idealismo, por E. Armand. - Precio, 1'50 pesetas.

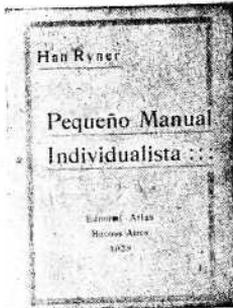
La Montaña, por Eliseo Reclus. - Graniosa obra en la que se estudia la naturaleza de las montañas de un modo magistral. Quien no ha leído a Reclus, no sabe las posibilidades de arte que hay en los estudios de esta índole. En *La Montaña*, que con «El Arroyo» es uno de los más bellos libros de este sabio geógrafo, el lector siente el encanto inexplicable de tener en las manos un volumen que le enseña y que le deleita a la vez, con una intensidad pocas veces igualada. Las consecuencias sociales que Reclus expone, de las lecciones de la naturaleza, tienen un interés extraordinario. Este hombre libre ponía en todo su alma privilegiada. *La Montaña* es prueba evidente de ello. - Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

El imperio de la muerte, por Vladimiro Korolenko. - *El imperio de la muerte* es uno de los más grandes libros que se han escrito contra el régimen que antes de 1914 imperaba en Rusia. Leyendo esta obra inmortal, se tienen los antecedentes más verídicos de lo que en Rusia ha sucedido. Se explica entonces el lector las cosas más oscuras. Este libro, además, es un resarrio de dolores que emociona hasta lo más profundo. Korolenko, que era un hombre bueno, como ha habido pocos, pone en las páginas de esta obra toda su bondad infinita, con un fervor y un color de humanidad tan densos y avasalladores, que no es posible dejar de leerle, no ya con interés y entusiasmo, sino con verdadera admiración emocional. - Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

El Calvario, por Octavio Mirbeau. - Hay muchos críticos notables que juzgan *El Calvario* como la mejor novela de Mirbeau. Que es una de las mejores novelas que se han escrito en los últimos tiempos, es indudable. Los extremos a que puede llevar a un hombre la pasión amorosa, pocas veces han sido mejor analizados, más hondamente desentrañados y expuestos, sin el menor esfuerzo aparente. Hasta el lector menos atento se da cuenta en seguida de que tiene en las manos un libro singular, raro, profundo, interesante hasta lo extraordinario. Las críticas de muchas cosas actuales que Mirbeau intercala en el curso de su novela, son, como suyas, hirientes, luminosas, henchidas de su gran capacidad satírica, famosa mercedamente. El autor de «Los malos pastores» es en toda ocasión uno de los más formidables críticos del orden actual de cosas. - Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

¿Qué hacer?, por León Tolstói. - «¿Qué hacer?» es la más famosa obra social de Tolstói. Quien no la ha leído desconoce uno de los aspectos más admirables de este gran hombre, gran artista y gran novelista. Un sentimiento de humanidad sin límites circula por las páginas de este libro admirable. Nadie se había planteado, ante las miserias humanas, problemas morales tan importantes. Con ser terrible la pregunta «¿Qué hacer?», que en muchas ocasiones parece que no puede tener respuesta, Tolstói la desentraña y responde con un acento de sinceridad tan claro y tan humano, que conmueve y convence. Es imperdonable que este libro no se haya puesto en manos de todas las gentes para que meditaran, ante él, en el más grave problema que tienen que resolver los hombres de nuestro tiempo. - Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.





La que supo vivir su amor. — Por Higinio Noja Ruiz. — Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción. La heroína de esta novela, mujer perfecta física y moralmente, libre de prejuicios, sirve a su autor para plantear una tesis racional y lógica en pugna con la moral corriente (de profunda inmoralidad) que sirve de base a la compra-venta en muchos matrimonios actuales. Es un canto de dignificación para la mujer íntegra que ofrece su amor siguiendo los dictados de su corazón, enalteciendo la maternidad consciente.—Precio, 4 pesetas.



Rejas adentro. — Por Ramón Magre. — [En rústica, 2 ptas.]
El amor sin peligros. — Por los doctores Galtier y Sutor.— Acaba de editarse esta obra, excelentemente documentada e ilustrada con grabados para su mayor comprensión. Expone el proceso de la fecundación y gestación de los seres, con vistas a la procreación racional y voluntaria, para la formación de una generación consciente y sana.—Precio: en rústica, 3'50 pesetas; en tela, 5 pesetas.



Pequeño manual individualista. — Por Han Ryner. — 3 pesetas.
El Subjetivismo. — Por Han Ryner. — Es este un librito de alto valor filosófico por las elevadas concepciones en él expuestas, pero al mismo tiempo, y ello es una cualidad de este genial pensador, su lectura es por demás sugestiva y amena. Su lógica racional, al tratar de la individualidad humana, conquista al lector y le conforta incitándole a la busca de la verdad que se desprende de sus apreciaciones deductivas, razonadas, serenamente expuestas. Se ve el espíritu inquieto e investigador, profundamente analítico de su prestigioso autor, cada vez más admirado.—Precio: 1 peseta.



La Educación Sexual. — Por Jean Marestán. — En poco tiempo se han agotado de esta obra diez numerosas ediciones. Es un libro que se ha hecho indispensable en todo hogar, pues en él se hallan descritos en forma sencilla y clara provechosos conocimientos sobre Anatomía, Fisiología e Higiene de los órganos genitales; preservación y curación de las enfermedades venéreas; medios científicos y prácticos de evitar el embarazo; razones morales y sociales del neo-malthusianismo; el amor libre y la libre maternidad; la procreación consciente y limitada.—Precio: 3'50 pesetas.



La Religión al alcance de todos. — Por R. H. de Ibarreta. — Es tan conocida esta obra que ya el infatigable luchador José Nákens calificó de "el mejor libro para iluminar las conciencias con la luz de la verdad", que el comentario se hace innecesario. En él se halla un manantial inagotable de verdades, de razonamientos pleróticos de lógica, que son el mejor medio para destruir el oscurantismo. Se calcula que de esta obra van vendidos más de dos millones de ejemplares en todo el mundo. Tal es el mejor elogio que puede hacerse de este libro inmortal.—Precio: 2 pesetas; en tela, 3'50.



Socialismo y federalismo. — Por Bakunin. — Precio, 1'10 pesetas.
Filosofía de un ideal. — Por Carlos Malato. — Precio, 1 peseta.
Historia del movimiento machovista. — Por Pedro Archinot. — Precio, 3'50 pesetas.
La Mancebía. — Por Maupassant.—Precio: 1'10 pesetas.
El Mundo Nuevo. — Por Luisa Michel.—Precio: 1'10 pesetas.

ESTUDIOS

AÑO VIII

MAYO

1930

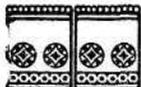
NÚMERO 81

REVISTA ECLÉCTICA

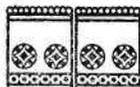
Redacción y Administración

PUBLICACIÓN MENSUAL

APARTADO 158. — VALENCIA



Preocupaciones del momento



El escamoteo electoral.— En reciente conversación con un camarada sobre el actual momento político, me declaré preocupado por la pugna política y decidido a apoyar al bando progresivo, frente al retrógrado. El, en cambio, mostróse indiferente y ajeno a la pelea, si—como se teme que ocurra—, se reduce a un torneo electoral y parlamentario. En apoyo de su postura desilusionada, me brindó el libro de Francis Delaisi, *La Democracia y los Hacendistas*, cuya lectura debo agradecerle. Este documentado libro del autor de *El Petroleo*, que conserva toda su lozanía y actualidad, no obstante los 19 años que lleva escrito, y los acontecimientos que desde entonces ha vivido Europa.

Después de su lectura, no puedo menos de convenir en que el matiz de los gobernantes, el sistema de gobierno, y aun el carácter dictatorial o democrático del Poder, es indiferente a la verdadera cuestión social y a la causa del proletariado. Este puede repetir aquellas palabras de Pi y Arsuaga: “¡Dónde irá el buey que no are! ¡Dónde el pobre que no padezca!” De él han de salir siempre las cargas, los impuestos, las contribuciones. Sobre él gravita, más que sobre ningún otro sector, la carestía de la vida, la falta de trabajo y las crisis de todo orden. Los hacendistas (banqueros, industriales, empresarios, contratistas, etc.) seguirán beneficiándose de los empréstitos, cada día más numerosos y a mayor interés; de las concesiones, de los monopolios, de la protección aduanera, de las primas, de los suministros y de los grandes negocios nacionales.

El privilegio económico no puede dejar de ser privilegio político. El capital, mientras exista, será el amo hipócrita o descarado de los destinos nacionales. El Poder estará en sus manos, porque puede comprar y seducir a los más austeros políticos, porque maneja las finanzas, posee la prensa, y cuenta con el apoyo de la religión. Su poder es internacional y escapa a todo control. Está en condiciones de escamotear, una vez más, la voluntad del pueblo, de entretener eternamente, sin darlas satisfacción, a las más justas demandas democráticas.

La democracia, por lo tanto, mientras pacte con su enemigo, el capitalismo, será siempre desvirtuada, y no pasará de ser un engaño. Conformes. Sería cándido poner en ella una vez más nuestras ilusiones. ¡Conformes!

El proletariado no tiene más vía eficaz para imponer sus derechos que la acción extraparlamentaria o directa. ¡Conformes también! Necesita para ello empezar por organizarse, derecho que le ha sido negado en los años de dictadura.

Pero los momentos actuales exigen una conquista previa, un mínimo de libertad indispensable: Libertad de propaganda, de asociación, de prensa. Posibilidad de contribuir al despertar cultural del pueblo, a la capacitación ideológica del individuo, que coincidimos en considerar como la base de toda renovación social. No puede sernos indiferente el sistema de gobierno, ni el significado político del Poder. Hemos de preferir el progresivo al reaccionario.

Amamos la libertad con sentimiento

platónico, la consideramos como necesidad vital, y como exigencia primaria. Precisamos conquistar un mínimum de ella para poder emprender la acción extraparlamentaria, que nos libre del escamoteo político. Aun los irónicamente llamados derechos, *el de morir de hambre, o el de ir a la cárcel*, son menos intolerables cuando el individuo disfruta de otros derechos. Entonces, pueden tener al menos eficacia subversiva.

Nos interesa la pugna política del momento, siquiera porque ha servido para poner de un lado a los retardatarios, y frente a ellos a los progresivos. No creemos que todos sean honrados, pero tampoco llegamos a suponer que sean todos vividores. No confianza plena ni excesiva desconfianza. No podemos malgastar ningún impulso. No estamos en condiciones de desperdiciar un avance, aunque sea pequeño. Son muchos los conformistas, los despreocupados, los retrógrados y los serviles en el ejército de los desposeídos. Ejercen un excesivo dominio las religiones, conservan demasiado prestigio los mitos, reviste formas sobrado abusivas la propiedad, y alcanzan proporciones desmedidas la ignorancia y la incultura.

No es malo el poder omnímodo del capital, ni lo engañoso del mecanismo electoral y democrático, sino la candidez, el atraso y la sumisión del pueblo. Es exacta la frase de Montesquieu: "En una democracia, las instituciones valen lo que la opinión pública que las vigila".

Capital y Poder.—La acción desmoralizadora y nefasta del capital y del Poder sobre la sociedad no se detiene aquí. Trasciende además sobre el individuo, al que también deforma y malea. Exalta las tendencias egoístas y crueles, ahogando las bondadosas y clementes, el amor fraterno, la solidaridad, la compasión. Ambos despiertan dos cultos encendidos en quienes no los poseen, y radican sobre dos falsas virtudes: la obediencia y el ahorro.

Precisan ambos de la separación en castas: una superior de privilegiados, y otra inferior de desposeídos.

Ninguna influencia es más pervertidora para el individuo. De un hombre, por naturaleza inclinado a la compasión y

a la solidaridad, a la bondad y al amor, hacen un ente ambicioso e insaciable, egoísta y despótico. El rico es siempre insaciable, jamás se satura, nunca dice basta, ni piensa en que tiene bastante y que puede permitirse el lujo y el placer de hacer el bien. Parece ser que el rico debiera ser más altruísta que el pobre, y no es así. La cosa ocurre al revés. El pobre está siempre inclinado a partir su miseria con otros desgraciados, sin exigir por ello el menor interés, ni siquiera el agradecimiento. El rico cuando se decide a remediar al prójimo, es siempre a cambio de un tanto por ciento, o de un agradecimiento en forma de sumisión.

La autoridad—como el capital—hace al hombre insensible al dolor, lo convierte en rígido y severo y hasta cruel. La frialdad de sentimiento es propia de todos los que ejercen un poder. Por nada se ofusca más el hombre que por sentirse desacatado por aquellos sobre quienes ejerce autoridad. Si habéis visto alguna vez a un pastor o a un carretero castigar a sus bestias, si habéis visto a un padre castigar a su hijo, al marido una insubordinación de su mujer, al maestro una falta de un escolar, o a un agente de autoridad la de un detenido, habréis notado que aquellos hombres no sabían lo que se hacían. Que gritaban para aturdirse más y que se exaltaban tanto más cuanto más castigaban. Cuando la autoridad — el sentimiento soberbio de superioridad— no anda de por medio, el hombre conserva más dominio sobre sus acciones y está menos expuesto a mostrarse cruel.

El individuo, como la sociedad, está maleado, pervertido y deformado por estos dos maleficios, por estas dos pasiones degradantes. Desarraigarlas de la sociedad y del corazón del hombre es la misión de los Idealistas.

Individualismos cómodos.—La exaltación del ideal individual puede revestir dos formas: una, que cultiva los valores del individuo, capacitándolo para una sociedad mejor, para una convivencia más justa; otra, que concentra al individuo dentro de sí mismo, desentendiéndolo de la colectividad.

Aquél, reivindica su derecho a ser plenamente, y lo exige también para los demás. El segundo, encuentra su ideal

en sí mismo, indiferente a todo bienestar colectivo.

Queremos hablar aquí de esta forma egoísta del individualismo. Personas que les tiene sin cuidado la Libertad o el Derecho, si no se oponen al disfrute de sus placeres. Que viven a gusto en medio de las mayores injusticias, insensibles al dolor que les rodea, separados del medio por un cascarón, como los moluscos. Extraños a la dignidad humana, cuyo prurito no han sentido nunca.

A esta postura insolidaria y huraña del hombre que se concreta a sí mismo se llega por dos caminos opuestos: Por falta de preocupaciones ideales, de inquietud y de curiosidad por las aspiraciones humanas, y por sobra de estas preocupaciones, hasta llegar a despreciar al hombre por borrego, por falso o por estúpido. El desprecio por las luchas políticas suele ser igual en ambos. Tratan de justificar su despreocupación o su indiferentismo por ellas, acusando a todos los

hombres de insinceridad, de falsarios o de vividores. Sus voces son siempre de mal augurio.

Hay una meta ideal: un sùmmum de perfección, de bienestar y de libertad humanas a que aspirar, a que contribuir con la máxima aportación de nuestra individualidad. Hay también una necesidad urgente y hasta una oportunidad de conquistar un mìnimum de derechos ciudadanos, sin los cuales, nuestra aportación al mañana ideal, es poco menos que nula. En este mìnimum coincidimos con muchos sectores de izquierda, igualmente interesados en la conquista. Es muy posible que la experiencia y hasta la razón obliguen a desconflar de la alianza, pero es prudente no confundir esas voces serenas con las del individualismo egoísta y cómodo, que se justifica difamando al prójimo.

I. PUENTE



GACETILLA



Después de muchas representaciones de la comedia de Linares Rivas, mala como todas las suyas, de cuyo estreno me ocupé aquí recientemente, la misma compañía puso en escena una de las deliciosas "Comedias para puritanos" de Bernard Shaw. Naturalmente, apenas si había espectadores. Buen homenaje al autor. Si el público que llenaba el teatro para ver, complacido, la ínfima comedieta del autor español, hubiese acudido también a presenciar "La conversión del capitán Brassbound", esto habría sido un mal síntoma. No acudió. Aun sabe, con su ausencia, dar fe de lo que es excelente.

Hay muchas gentes que combaten a otras por resentimiento. Más claro: por desear ser como ellas. Así muchos de los que combaten a la burguesía. En el

fondo, son unos burgueses fracasados, o unos aspirantes a burgueses.

Quien, aparte de combatir a la burguesía, la desprecie, no podrá ser nunca burgués. No se puede ser aquello que repugna a la propia conciencia, aquello que lo íntimo de uno mismo desprecia. Todo el que no tenga un sentido flaubertiano del burgués, no es un acabado adversario de lo que éste representa.

"Burgués es todo el que piensa bajamente", vino a decir el célebre escritor francés. Cuantos, por mucho que combatan a la burguesía, piensen bajamente, burgueses son. Aunque no exploten a nadie. Cualquier circunstancia propicia puede colocarlos en situación de explotar, y lo harán sin escrúpulo, no hay duda de ello.

Combatir a la burguesía es un deber de todo hombre íntimamente libre, por el papel que ésta desempeña en la socie-

dad moderna. Pero despreciando su bajeza, y no por resentimiento. Si se es bajo como ella, el combate se trueca un día en decidida solidaridad con sus fines. Pensar bajamente es el signo más típico de tener alma burguesa. Conviene advertir, en todo momento, qué es lo que se esconde detrás de cualquier vejamen. No todos los que combaten a la burguesía lo hacen porque la desprecian. Muchas veces hay un burgués envuelto entre las frases más violentas. Las dicta el resentimiento, un a modo de envidia por no poder disfrutar de los privilegios de que goza el combatido. Díchose está que este combate carece de significación.

De vez en cuando, los periódicos tratan de asombrarnos con el descubrimiento de los talentos de sus directores, o, mejor dicho, de sus propietarios.

Nuestro insigne director—dicen, sin mucha modestia—ha hecho esto y esto otro. (En general, una cosa sin pizca de importancia para nadie.)

Reconocidos son los talentos de nuestro fundador—afirman otras veces—.

Lo cierto es que no se sabe cuáles son aquellos talentos.

Podrían citarse infinidad de casos de esta índole, con nombres de personas y de periódicos. Pero no es preciso.

Hace cuarenta o cincuenta años, cuando los periódicos eran fundados por un escritor para defender sus ideas propias, fuesen las que fuesen, solían darse casos en que no era inmodesto hablar del talento del propietario de un periódico, toda vez que éste era del escritor.

Pero ahora... En menos la Prensa de industriales, de traficantes, de grandes capitalistas, raro es que se pueda hablar, con verdad, de talento, por lo menos en el sentido literario. Probablemente, tampoco en ningún otro sentido.

Un individuo cualquiera, con dinero, funda un periódico. No le faltarán periodistas para hacerlo. El fundador, desde luego, se reserva para sí, además de la propiedad, la dirección. Aunque para el público sea otro el director.

Y ya tenemos aquí un talento improvisado, del cual se hablará, con mucha frecuencia, en las columnas del periódico.

Casi todos los lectores están en el secreto, lo mismo que los que escriben las palabras halagadoras para el *amo*.

Hay, sin embargo—¡todavía!—, criaturas ingenuas para las cuales es artículo de fe cuanto leen en el periódico, y que creen, de modo pleno, en aquellas cualidades que los periodistas adjudican a sus directores. ¡Extraordinaria ingenuidad!

Me han referido un caso del director y propietario, famoso por cierto, de un *gran órgano de opinión*, el cual se enfadó un día con el periodista que, en realidad, dirigía el periódico, porque había admitido, sin consultarle, a un nuevo colaborador. Lo ocurrido fué que, con un motivo de actualidad, se había reproducido, como artículo de fondo, un trabajo de Larra. ¡Este era el nuevo colaborador!

Paul Brulat, en un estudio titulado *La prensa prisionera*, refiere, de Francia, un caso parecido. Helo aquí:

“Un gran periódico literario acababa de publicar una página inédita de Stendhal: al día siguiente, el socio capitalista de dicho periódico entra como un huracán en el despacho del director: “¡Aún un nuevo colaborador!—grita—. ¿Quién es, quién es ese Stendhal? Un desconocido sin talento. Va usted a ponerme en la puerta a ese muchacho.” Certifico la autenticidad del sucedido; yo estaba presente.”

¡Oh, sí! Son muy insignes y tienen mucho talento los capitalistas, los negociantes, los industriales dueños de los periódicos.

JULIO BARCO

ACABA DE PUBLICARSE

Grandezas y miserias de una victoria

Por G. Clemenceau

Revelaciones sensacionales acerca de la victoria de las tropas aliadas en la pasada guerra europea.

Esta obra ha despertado un interés sensacional en todo el mundo, tanto por la calidad de su autor, como por las afirmaciones que contiene el libro.—Precio, 6 pesetas.—A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 15 por 100 de descuento.

ACERCA DEL IDEAL

Las ideas, que pueden ser muchas y buenas, no son otra cosa que peldaños que conducen al Ideal o esfuerzos hechos para su consecución.—*Tomás Carlyle.*

Las ideas son susceptibles de alteración como sugerencias que anteceden a la acción. Hay ideas surgidas con posterioridad a un hecho histórico y aun, si se quiere, formadas a sus expensas, pero su dirección tiende siempre a producir una variante o varias en éste, creando entonces un nuevo momento histórico. Se trata, al parecer, de un fenómeno por el cual la Historia engendra Ideal y el Ideal corresponde a su vez engrandeciendo a la Historia.

Las excelencias producidas por las ideas en el medio social, mejorando a los hombres en sus relaciones y sentires, pueden arribar a una meta de Ideal, según Carlyle, y está claro que es allí donde la sed de saber del hombre quede satisfecha, así como cuando la justicia deje de ser histórica para ser humana y los bienes de la tierra no sean del exclusivo manejo de unos pocos y los deberes y derechos estén equiparados en un solo código ético, que el Ideal dejará de ser en parte la abstracción por que se le tiene para ser algo tangible al anhelo humano que, como tal, también es relativo.

El infinito de la Idealidad, amigo Ferriz García, es algo que hasta a nuestro cálculo se escapa y no seríamos tan buenazos que fuéramos a pensar que el Ideal (abstracción) algún día fuera nuestro. Como dijo muy bien Volney en *Las ruinas de Palmira*: "El gran error de muchas escuelas filosóficas y místicas — el cristianismo es un buen ejemplo — consistió en que se creyeron la Superación, cuando no eran más que simples manifestaciones de superación".

* * *

Ya dentro de la parte del Ideal a que podemos llegar, llamémosle Idea — o conjunción de todas las ideas humanas en la ética que contengan — que hoy está representada por el anarquismo, como concepción ideal hasta hoy suprema, trillaremos entre lo que en abundancia se ha escrito al noble objeto de llegar a su más viable realización.

Son dos los matices más destacados, más uno intermedio, que parece el preponderante, expuesto por eminencias como Kropotkine, y de forma más sencilla por Gigi Damiani: La violencia frente a la violencia y la no resistencia al mal, procurando hacer ostensible que los usuarios de armas se hieren moralmente ellos mismos. El término medio, o uso de energía o violencia cuando el escollo autoritario lo requiera, y uso de la bondad, que quiera ser el objetivo para reponer las resquebrajaduras morales producidas en el encuentro es, como se ha dicho, el más generalizado.

El que, a pesar de su aparente insignificancia, tiene más solidez es el del pacifismo; a la larga la otra tendencia al fusionarse ha perdido terreno — forzosamente tenía que ser así, puesto que el ideal perseguido es de humanismo — y de esta fusión se llega a un máximo de 75 por 100 de empleo de bondad por la parte de mal, que se disculpa como inevitable defensa.

* * * *

Landaner fué uno de los que más sinceramente se intriguaron por hallar la respuesta al interrogante surgido ante la diferencia notoria de los derrotados a seguir para la conquista del Ideal. "Una buena cosa, por deseable que sea, ¿debe comenzar necesariamente de un solo golpe, debe hacerse universal de repente o debe ir creciendo proporcionalmente a las atracciones que la tal buena cosa ejerza sobre los hombres?"

Y de Goldwin a Tolstoy y de éste a

Kropotkine, de la acción esporádica que puede producir cauterización en el mal social a la lenta cauterización que según los tolstoianos precisa el mal social para producir acción, llegó a esta conclusión media: "La Idea es joven y pertenece más que al dominio de las realidades al de las afirmaciones filosóficas".

Conclusión media hemos dicho la de Landaner porque las afirmaciones filosóficas divergen según la escuela que las represente. Para unos la voluntad o el esfuerzo resultante de las necesidades sentidas, que han de ser satisfechas, el revolucionismo es fuente de Evolución; para otros el evolucionismo social es gradual al estado de cultura de los pueblos, y este estado de cultura, si lo precisa, por sí solo se abre paso, siguiendo el curso de la revolución natural, que nos es conocida en los trabajos analítico-históricos de Michelet y en los del desenvolvimiento gradual humano de Vogt y Buchner.

Esto aparte, Landaner tuvo elucubraciones de abierto tolstoísmo, como aquella que tanto le fuera comentada: "Entiendo que no es obligando a los detentadores a acorazarse que se realizará la bancarrota estatal, sino minando sus fundamentos de ignorancia y credulismo". Efecto de los desastres habidos a raíz de las últimas revoluciones en Europa han sido muchos los intelectuales que se han aproximado al refugio siempre abierto del humanitarismo.

La revolución rusa, la más intensa y la más calamitosa, ha evidenciado de forma elocuentísima que una revolución hecha sin contar con basamentos morales y respondiendo a las exigencias de necesidades perentorias, indiscutiblemente perentorias, es algo tan exiguo para el evolucionismo humano, tan exiguo que a veces se muestra como un verdadero retroceso de la Historia, eso que esto lo estimamos absurdo. En el caso de Rusia la necesidad era tremenda; los que hicieron la revolución en el papel de masas no sabían hasta dónde lo era. La necesidad era de cultura, ya está descartado, e interpretada por el pueblo como de venganza surgió el borrón rojo, fatal para la libertad que querían, al serlo para la magnificencia de su gesta. Hoy, ahí está Rusia, haciendo *razzias* con los libertarios,

y ahí está su pueblo, los desheredados, siguiendo un cruento período nuevo...

En otro aspecto tenemos a nuestro Pi y Margall, diciendo en la obra que más se le ha leído, *Las luchas de nuestros días*: "Es de republicanos el hacer justicia serena del haber fatídico de los períodos dinásticos". El sentimiento anárquico fué fruto de todo tiempo, aunque sustentado por hombres que, como Salmerón, Pi y Margall y Castelar, se clasificaron republicanos. La justicia de estos hombres, particularmente de Pi y Margall, se refería a la que produce el desprecio a lo malo — poca cosa en los tiempos que corrian — y, así, cedió su puesto, como lo hicieron todos los que le siguieron, porque entonces la justicia era interpretada (en general como lo es hoy), por el pueblo como un sentimiento bastardo de venganza y desquite. Aquella República Española del año 1873 era un avance insólito, un fenómeno digno de estudio en una nación que hasta hace muy poco se la consideraba como la tercera más inculta del mundo civilizado, siguiendo a Rusia y a Turquía. Y, naturalmente, volvió la monarquía con una dinastía tristemente conocida y servilmente soportada.

Aquel axioma "No hay efecto sin causa", en estos movimientos históricos tiene su más clara demostración. La diferencia que existe en tiempo entre apartar las zarzas de un camino a saltarlas, viene a ser la misma que la que hay entre curarse de las heridas recibidas al franquear el espinoso obstáculo, a seguir caminando tranquilamente, que me hizo comprender un amigo cuando yo alardeaba las excelencias que tiene la acción decidida y abierta contra el Estado. La conquista de la libertad no es tal si no es consolidada por una cultura elevada o regular en el pueblo que la anhela, aunque su impaciencia o insensatez la impulse a lanzarse a lograrla, creyendo oportunidad casi siempre un momento dado en la historia en que parece ser cuando más alejada se encuentra... Por hoy no insistiré más.

LEÓN SUTIL

Perpignan.

Este número ha sido revisado por la censura

La función de los tipos representativos y la labor de la historia

Los autores que han estudiado los orígenes de la civilización afirman que en germen, aun en las comunidades más rudimentarias, existía un sentido vago, incipiente de la unidad, no sólo en el aspecto guerrero, sino también para consolidar las ventajas logradas, mediante la conquista o el cambio, la caza y la pesca. Un sociólogo inglés, poco conocido, F. S. Marvin, que en sus estudios filosófico-históricos, revela tanta sagacidad como ponderación, considera que si bien Kant comprendió que la unidad es la nota predominante en la evolución humana, por razones que escapan a la penetración del crítico, dió desmesuradas proporciones a los factores que dificultan la integración de determinados elementos, el avance de las colectividades. Esto acontece en el presente instante con la idea de la equiparación de los sexos ante la ley, cuando las costumbres ya la han establecido en algunos respectos. En los procesos de desenvolvimiento social, examinados a distancia, no ya de siglos, sino simplemente de decenios, las pequeñas disensiones adquieren el carácter de conflictos y viceversa; motivos que ocasionaron graves contiendas, parecen leves querellas. Esto habrá de ocurrir con las aspiraciones de la emancipación femenina. A nuestros hijos les parecerá ridícula y menguada la actitud de los adversarios del feminismo.

Las indagaciones de los perspicuos cultivadores de la Antropología, Tylor, Frazer, Topinard, Sergi, Lubbock, Manouvrier, Quatrefages, Ranqué y Deniker, han puesto de manifiesto, por modo indudable, que las analogías en el desenvolvimiento de los pueblos, hubieron de ser el motivo principal para crear las primeras formas de cooperación y solidaridad entre ambos sexos. Claro que de un modo rudimentario, reduciéndose a prestarse auxilio, en casos de agresión y pe-

ligo inminente. Las ansias de progreso en los pueblos primitivos fueron surgiendo a medida que el denominado cuerpo social adquirió una cierta vaga noción de la propia existencia, como ser colectivo y que cada agregado fué diferenciándose y haciéndose independiente, cuando halló elementos bastantes para luchar y vencer en definitiva.

Ahora que se comienza a esclarecer en el pasado remoto de las comunidades, se advierte que los factores preponderantes de los avances fueron la afinidad de intereses y el deseo de conservar el patrimonio adquirido a costa de luchas cruentas y grandes sacrificios. Los datos recogidos pacientemente por los más famosos indagadores, como Mac Lennan, Morgan, Starcke, Letourneau, Bachofen y Westermarck, han confirmado las hipótesis de algunos historiadores, que por intuición afirmaron que la mutua ayuda y la semejanza en el desarrollo, fueron los dos principios en que hubo de asentarse la convivencia entre pueblos distintos, pero no antagónicos en sus fines principales, al estudiar la evolución de la familia y del régimen matrimonial en la horda, el clan, la tribu, la gens, etc., desde la más repugnante promiscuidad hasta la pareja monogámica. El valor científico de la investigación etnográfica, en la concepción general de la Historia, ha sido parangonado por la fecundidad de sus resultados, a la profunda transformación que determinaran en la Astronomía los geniales descubrimientos de Copérnico, Galileo y Newton.

En el modo de considerar la labor de la Historia en estos últimos lustros se ha operado un cambio profundo, que habrá de modificar sensiblemente las ideas directrices de quienes aspiren a penetrar en lo íntimo de los procesos sociales, en vez de repetir inexactitudes y vulgaridades, insertas en manuales y epítomes, es-

critos por gentes mediocres. Este es el mayor defecto de nuestro Magisterio, que, en general, carece de sentido crítico y de entusiasmo científico. Constituye un grave error dado el grado de conocimientos generales que se ha alcanzado en nuestro tiempo, confundir el cronista de una época o un período, con el historiógrafo, que ha de ser siempre sociólogo. El examen del pasado de un país, cuando no se efectúa con un criterio amplio, siguiendo el método analógico y comparativo, reviste escasísimo interés, si no se aquilata la manera de ser de un determinado agregado de hombres —nación, región, comarca, localidad—, relacionándolo con la evolución de las principales razas y variedades étnicas, para averiguar las aportaciones de Arte, Cultura y Civilización con que contribuyeron al desarrollo y avance del linaje humano, desde que el anhelo de perfección individual y colectiva se erigió en una aspiración reflexiva y consciente. El progreso del hombre, desde el punto de vista de conjunto, es decir, considerando los pueblos más adelantados como un todo orgánico (que no puede descomponerse, pero que cabe diferenciar, por lo menos en algunos aspectos) desde los comienzos de la vida sedentaria hasta nuestros días, es mil veces más trascendental que el describir las hazañas de unos cuantos colonizadores audaces, o el señalar la actuación de los grupos de judíos que se hallan diseminados por las cinco partes del mundo, a pesar del innegable valor que reviste la psicología del pueblo israelita que tantas y tan inicuas persecuciones hubo de sufrir. Lo que en la actualidad tiene un interés preponderante, es descubrir los orígenes, génesis y sucesiva perfección de los grandes descubrimientos, inventos y exploraciones que se han realizado, desde que los núcleos de hombres fundaron las ciudades que después convirtiéronse en metrópolis, guiados por el íntimo anhelo de avanzar y separarse.

Es innegable que el grado de progreso de los agregados sociales en nuestros días depende ahora, como en todos los tiempos, no sólo de la comprensión y alteza de miras de los tipos representativos, sino también de la receptividad psicológica del promedio de las gentes laboriosas, ilustradas y honorables, que han de vivir

adaptándose a las normas morales en la esfera práctica. Las teorías más excelsas, cuando no hallan una acogida calurosa, apenas irradian y carece de eficacia la labor de los sembradores de ideas. Las personalidades egregias para ejercer una influencia sensible en el medio social, necesitan del decidido concurso de la muchedumbre. Hombres de la misma valía y de igual temple moral, en unos países, sobresalen; en otros, en cambio, no consiguen romper el cerco de indiferencia que les rodea, porque la apatía de sus compatriotas les impide descollar. En toda obra colectiva existe siempre un complicado sistema de fuerzas a menudo encontradas y difusas, que mantiene el equilibrio social. El éxito de las iniciativas que suponen mejora y reconstitución, depende del interés que en torno a las mismas conceda la parte más inteligente de la masa. Cuanto mayor sea el grado de atención y de solicitud que halla el reformador, más fecunda habrá de ser su ejecutoria, trocándose sus anhelos en obras útiles al procomún.

Tan sólo se imponen y triunfan en la hora adecuada y oportuna, aquellos hombres que actúan en tales condiciones, que no se hallen constreñidos a crear el ambiente, sino que únicamente necesitan agitar la masa ciudadana para granjearse su simpatía y su adhesión cordial. De ordinario, los atletas del espíritu surgen en las naciones cumbres. En la actualidad las manifestaciones esplendorosas del intelecto quedan todavía, en buena parte, circunscritas a un número reducido de grandes capitales, que son los centros de intenso laborantismo espiritual, porque en ellos se reúne un mayor contingente de hombres superiores. Además, aun aceptando la tesis de G. Sergi, respecto al movimiento traslatorio de la civilización, sólo puede admitirse equélla cuando se trata de juzgar los grandes ciclos del desenvolvimiento humano, que representan una labor secular, pero no al hacer un estudio concreto de las ideas directrices, en las distintas manifestaciones del pensamiento y la actividad social, que atraviesan por innumerables fases, en períodos relativamente breves, en que los movimientos se entrecruzan, influyéndose mutua y recíprocamente, mucho más de lo que parece a primera vista.

La crítica histórica, aún en nuestros días, se resiente del abuso de las síntesis precipitadas y arbitrarias. No se aquilata con suficiente amplitud y objetividad, la tarea realizada por factores importantes, como el de la misión materna en el hogar, educando a la infancia, pero que por carecer de brillantez se destaca poco.

Propiéndose a examinar tan sólo los elementos que figuran en la vanguardia y se

prescinde de los que aparecen en segundo término. De ahí que la labor animosa de la mujer en el hogar, en determinados círculos, la enseñanza, la asistencia social, etcétera, no se destaque. Muchas veces, por un error de perspectiva, la Historia se convierte en leyenda y valóranse con notoria falsedad cosas y hombres, hechos e ideas.

SANTIAGO VALENTI CAMP



Autores y libros

Sobre la libertad



El tema de la libertad mueve actualmente multitud de plumas. No sólo en los periódicos y revistas se trata de dilucidar qué es libertad y cómo debe ésta conquistarse. Varios volúmenes han aparecido en los últimos meses dedicados exclusivamente a esta dilucidación. A decir verdad, rara es la flecha dirigida a un blanco auténtico.

Que la mayoría de los hombres tienen creencias adecuadas para formar parte de un rebaño, es cosa indiscutible. Hasta en los partidos más avanzados, los adictos a ellos permanecen con la mirada fija en el hombre más destacado. Si éste no se erige en jefe, es por repugnancia particular a la jefatura, no por temor a las protestas de los que dicen perseguir iguales propósitos que los que a él le animan. Protestas que no serían muy airadas, puesto que, en realidad, como a jefe le siguen.

Las simpatías de la multitud hacia los hombres que sobresalen en sentido poco valioso, son prueba evidente del espíritu rebañero; de que la muchedumbre quiere ser mandada, o salvada, o dirigida. También las rebeliones contra los jefes, las reacciones contra el que si no jefe fue considerado como guía, tienen muchas veces el mismo matiz. Es una rebelión o una reacción, no contra el jefe o guía por ser guía o jefe, sino por no haber satisfecho las esperanzas que en él se habían puesto.

Se advierte con mayor claridad el fondo inane de estas rebeliones, cuando van dirigidas contra algún hombre que nunca pretendió ser jefe ni guía y al cual creyeron la una o la otra cosa los que apenas conocían su vida y su obra. Una desilusión de éstos, de la que no alcanza ninguna responsabilidad a aquél, da lugar a la rebelión. ¿Por qué? El espíritu rebañero es así.

La tarea del verdadero partidario de la libertad debe encaminarse, de modo señalado, a acabar con este equívoco que impide toda honda transformación. Ha de dirigirse, principalmente, a cultivar en cada hombre el deseo de ser libre, el amor a la independencia, la profunda revolución de su propia manera de ser.

Una propaganda contra los jefes de pueblos o de partidos, siempre estará bien. Pero si no se trata de acabar, en cada hombre, con su creencia en que debe ser mandado, con su creencia en que debe ser dirigido, guiado, conducido; en resumen, si no se logra que las mayorías abandonen esa necesidad que parecen tener de que alguien las dirija, las jefaturas serán eternas.

La idea de que los jefes se han impuesto por conveniencia propia debe ser desechada, porque es falsa. El verdadero origen del mando no radica en la conveniencia particular del que hubo de mandar, sino en la creencia de las mayorías en que forzosamente habían de

tener alguien que se cuidara de los asuntos generales de todos. La imposición no partió del que mandaba, sino de los que le hacían mandar.

Si más tarde se han dado casos diversos y harto contrarios, tienen explicación: la fuerza de la costumbre de mandar ha creado el amor al mando.

Pero, en lo más entrañable de la cuestión, no hubo mando por ser éste deseado por los primeros hombres que lo ejercieron, sino, al contrario, por apetecer todos los demás ser mandados.

Que esta herencia de los primitivos pervive en nuestro tiempo, es cosa evidéntísima. En torno a un hombre a quien una camarilla nombra jefe, se agrupa una multitud enorme, voluntariamente, sin que nadie la fuerce a ello. Cada cual espera de aquel hombre una salvación de cualquier clase. Si defrauda las esperanzas en él puestas, surge la sublevación. Pero no para continuar la vida sin jefes, sino para agruparse alrededor de otro cualquiera.

Lo urgente, pues, es acabar con este espíritu de las multitudes. Si es cosa muy arraigada, la tarea será difícil. No por esto debe abandonarse. Las empresas difíciles son las más amadas de los hombres enteros y verdaderos.

Exaltar en cada hombre el concepto de su libertad propia es un buen principio. Pero, para semejante faena, no se comience diciéndole que si tiene un jefe es porque éste se le ha impuesto a la fuerza. El hombre al que así se le hable reconocerá en lo más íntimo de su ser que esto no es cierto, que si tiene un jefe es porque él mismo se lo ha creado, y todos los esfuerzos para que conquiste su libertad serán inútiles, puesto que habrán fundamentado sus primeros pasos en un hecho falso.

Decir y probar que los jefes no pueden solucionar nada, es cosa que no debe abandonarse. Al contrario: hay que insistir en ello sin cesar y cada vez con mayor número de pruebas, de hechos históricos, de ejemplos de toda índole. Pero, al propio tiempo, es preciso decir y probar a todo hombre, no sólo que el jefe no le ha de salvar de nada, sino que él debe desechar todas sus esperanzas en la acción de las jefaturas; que no debe rebelarse contra unos para crear

otros; que no hay razón alguna para que lo espere todo de la acción de un hombre, sea quien fuere; que debe él mismo, siendo hombre, labrar el propio huerto de su libertad.

La libertad no es una cosa que nos haya de ser dada. Hay que conquistarla. Cuanto más libres sean los hombres individualmente, más libre será la colectividad. Mientras ésta siga creando jefes, el falso argumento de que se le imponen será un obstáculo para toda liberación.

En tanto que haya jefes no habrá libertad. Pero como éstos son creados por los mismos que deben ser libres, hay que esclarecer ese hecho para que lo que se diga contra él no sea nulo.

Si el espíritu rebafiego de la multitud no es aireado por vientos de verdad, perdurará. Si se sigue diciendo a los hombres que los jefes se han impuesto por la fuerza, como cada cual sabe que esto no es cierto, todos los esfuerzos por exaltar en ellos el deseo de libertad serán vanos. Imposible crear el ímpetu preciso para libertarse partiendo de un error tan manifiesto.

DIONYSIOS

EUGÉNICA

Por el Prof. Luis Huerta

Tenemos a la venta la importantísima obra *Eugénica*, de que tanto se ha ocupado, con merecidos y justos elogios, toda la prensa.

Se trata de un libro de alto valor cultural, recomendable particularmente a la juventud, y muy especialmente a la mujer, pues en él se aprecian valiosos conocimientos y provechosas enseñanzas para la superación mental y física de la especie humana.

Contiene biografías de un valor estimulante, una síntesis breve y clara del mecanismo de la procreación, temas de gran interés, pensamientos de profunda investigación y análisis, y una copiosa bibliografía eugénica.

Precio, 2 pesetas.—A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 30 por 100 de descuento.



La adquisición de las ideas



Las imágenes de nuestras pasadas experiencias, de cualquier naturaleza que sean, ópticas o fonéticas, pálidas o confusas, abstractas o concretas, no deben ser por fuerza imágenes mnemónicas en el sentido estricto de la palabra, es decir, no es necesario que surjan ante nuestra mente en una franja marginal o en un contexto de circunstancias concomitantes que para nosotros representan la *fecha*; sino que pueden ser simples concepciones, aspectos fluctuantes de un objeto, de su tipo o de su clase. Cuando se hallen en esta condición de no referirse a una fecha, se las llama productos de *imaginación* o de *concepción*. Imaginación es el término que aplicamos comúnmente cuando el objeto representado lo pensamos como una cosa individual. Concepción, cuando lo pensamos como un tipo o como una clase. Para nuestro fin actual, esta distinción carece de valor, y yo me permitiré adoptar ya la palabra "concepción", ya la palabra un poco indeterminada "idea", para designar los objetos internos de la contemplación, ora sean cosas individuales, como "el sol", o "Julio César", ora clases de cosas como "reino animal", ora, en fin, atributos completamente abstractos como "bondad", "rectitud".

El resultado de nuestra educación es llenar poco a poco nuestra mente, a medida que se acrecienta la experiencia de un cierto fondo de ideas semejantes.

... ..

La ciencia de la Gramática como la de la Lógica, no pasan de tentativas de clasificar metódicamente todas las ideas adquiridas, delineando entre ellas alguna idea de relación. Las formas de relación que existen entre ellas, advertidas una tras otra por la mente, son tratadas, como concepciones de un orden más elevado y más abstracto, como cuando hablamos de una "relación silogística" entre pro-

posiciones, o de cuatro cantidades que están en "proporción", o de la "inconsistencia" de dos concepciones, o de la "implicación" de la una en la otra.

Ved, pues, cómo el proceso de la educación, considerado ampliamente, puede ser simplemente descrito como el proceso mediante el cual se adquieren ideas y concepciones, toda vez que la mente mejor educada es la que se halla más provista de ideas dispuestas para ser utilizadas en la mayor variedad posible de emergencias de la vida. Carecer de educación significa carecer de tales concepciones o ideas, de lo cual deriva una facilidad grande de ser "vencido" y "reducido al silencio" en la vida práctica.

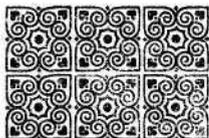
En todo este proceso por el cual se adquieren concepciones, actúa un cierto orden instintivo. Existe una tendencia congénita a asimilarse en una edad determinada cierto orden de concepciones, y otro orden en una edad más avanzada. En los primeros siete años de la vida la mente se interesa principalmente por la propiedad de los objetos materiales. La *constructividad* es el instinto más activo: en el incesante golpear y cortar, en el vestir y desnudar las muñecas, en el reunir y desparramar los objetos, el niño no sólo habitúa sus músculos a la acción coordinada, sino que adquiere una infinidad de concepciones físicas que forman la base de su conocimiento del mundo material para toda la vida. La enseñanza objetiva y el ejercicio manual sirven sabiamente para ampliar la esfera de este orden de adquisiciones.

La arcilla, la madera, los metales y las varias especies de instrumentos contribuyen en gran medida a este almacenamiento. Una *juventud* fundada sobre una base de este género suficientemente amplia reporta siempre consigo algo útil a la vida. Entonces el individuo conoce la Naturaleza y ésta, en cierto sentido, le conoce a él. En cambio, el joven crecido

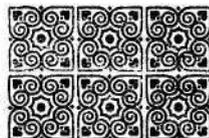
en la soledad, en una casa desierta, sin familiaridad alguna con el exterior más que con las páginas impresas, se siente continuamente afligido como de un alejamiento de los hechos materiales de la

vida, y de una consiguiente inseguridad de su conciencia, que le convierte en una especie de ser extraño dentro de la vida en cuyo seno hubiera podido sentirse confiado y gozoso.

WILLIAM JAMES



DISQUISICIONES



Fuente rota

¿Es posible esto que veo? ¿Cómo poder explicármelo si hasta llego a dudar de mis ojos? Seguramente es un sueño. ¿Un sueño? No; no es un sueño. Es algo más que un sueño. Es una pesadilla horrrorosa hecha realidad. Pesadilla apocalíptica, valpúrgica. Imaginad una de esas escenas escalofrantes de Lorraine y de Poe y no os producirán tanto horror como el que me ha producido esa niña. Esa niña que yo he visto florecer en fragante jardín de virtud. La niña buena, castísima, pudorosa, ¿dónde está? ¿Es esa que veo, ojos míos, vigías de mis noches oscuras o luminosas, la blanca flor que aromó la vida de íntimos y extraños con el olor de su alma inmaculada? ¿Crees tú cierto que esa que va por ahí, en coche, con hombres brutales y borrachos, embriagada también, es aquella niña que yo conocí jugando en la plaza del pueblo con toda la ingenuidad de sus diez años? ¿Crees tú cierto, corazón, inquieto corazón mío, que esa mujercita pizpireta, loca, frívola, fué aquella jovencita de otro tiempo tan candorosa y sentimental, incapaz de groseros pensamientos? ¿Esa mujer de cuerpo y alma corruptos, albergue de malas pasiones, fué aquella muchachita soñadora y mística que quiso condensar su espíritu con el de Cristo? ¿Es posible, corazón? ¿Es posible?

Si es ella. He sentido y adivinado que es ella. He comprendido que es ella, a pesar de su artificio. Los ojos nimbados de *rimmel* son los suyos; los labios rojos por el carmín son los de aquella boca risueña y fresca que cantaba lánguidas can-

ciones armoniosas, y esos cabellos grotescamente áureos eran aquellos hermosísimos y negros que caían, indolentes, sobre sus hombros en aquellas tardes en que jugaba al corro con otras bellas niñas. ¡Oh, distancia del tiempo espiritua! y del tiempo material! Aún imagino contemplarla entre sus amiguitas con su carita blanca y con su blanco vestido. Aún imagino contemplarla en la plaza mayor del pueblo jugando en esos juegos candorosos de la última infancia, en esos juegos ingenuos que desgraciadamente van desapareciendo... Cuando aquella can-

*Al alimón, al alimón,
la fuente se ha caído,
Al alimón, al alimón,
mandarla a componer.*

¡Es verdad! la fuente de esa bestezuela de lascivia ha caído. La fuente de su ilusión, de su virtud y de su alegría sana está destrozada. No es posible reconstruirla. La fuente del alma no puede arreglarse. Nunca más cantarán su canción de amor los surtidores de la fuente seca.

La fuente se ha caído y la Virtud va allí, en aquel coche, podrida en la lúbrica carne de la que fué una niña sin mácula y que hoy no es otra cosa que cardo heridor de mancebía, rosal sin rosas, que sólo conserva sus espinas en el desolado jardín de la Prostitución.

Ante el día que pasa

La procesión de los días es el fundamento básico de toda filosofía, el eco monorrítmico de ese vestigio pavoroso —el Tiempo— que nos atenaza con su voz

imperiosa; la pesadilla surgida en los instantes desfallecientes del hombre.

Nada más crudo y fastidioso que pensar en lo infinito de la vida terrena cuando no se abriga la ilusión de futuras reencarnaciones. Nada más tedioso y desconcertante que ver cómo pasa esa caravana grotesca, ese cortejo agobiador de las horas transcurridas en el triste bostezo de una vida inactiva y dolorosa. La angustia indefinible arrinconada temerosamente en el más humilde recoveco de nuestro corazón quiere desbordar — impetuosa catarata de ternuras — en esa hora en que el intenso dolor nos oprime férreamente.

Triste es ver cómo se van rápidamente, días tras días, nuestras más bellas ilusiones y pensar que nunca llegará la presentida felicidad. Triste es saber y comprender que todos aquellos nuestros grandiosos sueños que nos alentaron en este deplorable combate por la Vida, no ha de convertirse en realidad. Es horrible tener el convencimiento de que el día que se marcha es funesto y más horrible todavía pensar que el día próximo será peor.

El día que pasa arranca una hoja en el almanaque de la vida humana. Si el hombre tiene un época que no siente el transcurso del día, tiene otra en la que cada minuto, cada hora clava en su corazón dardos invisibles y siente cómo su otro yo quiere romper su envoltura carnal. Este siniestro día que pasa llega a trocarse en la más grande pesadilla del hombre, en su *never more*. Este, para no sentir eterno escalofrío de horror, trata de divertirse en juegos absurdos y bárbaros. Grita, alborota, salta, engaña, roba, mata, hace comedias y las representa para sustraerse del pensamiento de su muerte en cada día que pasa, inútilmente, pues en los momentos de reposo, cuando el individuo quiere serenar su sobreexcitación adquirida al querer hacer fraude con su propia naturaleza, mirase al espejo y ve su imagen. Ve los surcos que fué labrando Cronos todos los días en su cara y en su cabeza, cómo la Muerte va tejiendo con hilos de plata la corona para la marcha definitiva.

Cuando pregunto a algún conocido, opreso por la molición: "¿Qué se hace, amigo?" y me contesta: "Ya ves: matan-

do el tiempo", yo sonrío al ver que junto a él está el Día, que pasa extrayendo de su existencia el jirón acostumbrado.

M. MEDINA GONZALEZ

IMPORTANTISIMO

A partir de la presente fecha, todos los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS podrán obtener los libros anunciados en las cubiertas, con los siguientes descuentos:

Obras en rústica, el 30 por 100.
Obras encuadernadas, el 20 por 100.
Diccionarios, el 10 por 100.
Los gastos de envío van a cargo del comprador.

Los suscriptores deberán tener abonada la suscripción a esta Administración, por años anticipados, para tener opción a los descuentos señalados.

Para poder ofrecer estos descuentos, hemos de comprar los libros al contado a las casas editoras, a fin de que quede algún beneficio para ESTUDIOS, que se sostiene de la venta de los libros.

Por tanto, nos es imposible servir ningún pedido que no venga acompañado de su importe. Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, puede indicarse que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0,50 por cada paquete), van a cargo del comprador.

Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.



Una página maestra

De la ciencia



Las ideas geniales son siempre las más sencillas; es ésta una cualidad necesaria, porque siendo humana la Ciencia, resulta tanto más útil cuanto es más profunda, y tanto más profunda cuanto es más sencilla. Las facultades de los hombres mejor dotados de ellas con relación a la inteligencia, son extremadamente limitadas y la Ciencia no es posible sino cuando no excede, en sus indispensables generalidades, los límites de nuestra memoria y de nuestro entendimiento. Englobar en enunciados claros y precisos una infinidad de hechos particulares, extraer de estas leyes generales algunos principios tan rigurosos como sea posible y en tan corto número como sea posible: he aquí la verdadera Ciencia. No hay Ciencia sino de lo general: verdad del tiempo de Aristóteles, verdad de los tiempos modernos, verdad eterna.

Nuestra época, de excesiva especialización, parece haberlo olvidado. No creo que un geógrafo que estudiase la Tierra con un microscopio haría grandes cosas. Lo particular no presenta interés sino en cuanto se puede integrar en las leyes generales, aproximadas, sin duda alguna, pero las solas útiles. Estas leyes generales, expresión de hechos bien determinados, son la Ciencia cierta, que permite prever y que da al hombre su imperio sobre las fuerzas ciegas de la Naturaleza. Los generalizadores son los verdaderos bienhechores de la humanidad; son flántropos que crean el bienestar para todos los hombres y con un mínimo de fatiga anhelan satisfacer las necesidades inherentes de una mejor civilización. Y es el más espantable y cruel de los dolores, para un hombre de Ciencia, el ver esta Ciencia, amada y bienhechora, desviada de su objeto verdadero, generoso y humano, para convertirse en el auxiliar de las fuerzas brutales que siembran por el mundo la desolación y

la muerte. ¡Cuántas etapas dolorosas habrá que recorrer antes de alcanzar este fin sereno, que será la justificación del esfuerzo de algunos en provecho de todos, en el sentido de la Ciencia y de la Civilización!

La Ciencia es una obra social. Será exclusivamente bienhechora cuando la moral de las naciones sólo se funde en la Justicia y en el Derecho. Si la Ciencia dejara de ser sencilla y general, para referirse a las doctrinas confusas y a los hechos tan solo, se hundiría rápidamente, retornando al desorden del pensamiento, como esos grandes imperios civilizados que se disolvieron en la Edad Media, en los bárbaros feudalismos; perdería su carácter moral y bienhechor, para convertirse en servidora de los egoísmos. Es, por desgracia, de tan triste manera como se la ve explotada ahora mismo.

URBAIN

ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año
(12 números)..... 6'50

Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

Incluido el número *Almanaque de 1.º de año*.
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.

Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., dirijanse al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158. — VALENCIA (España).

La biología y la paz

Del interesante libro del doctor J. Löbel, titulado *No sea usted aprensivo* (publicado en castellano por M. Marín, editor, Barcelona), entresacamos este curioso capítulo, suficiente a dar idea al lector del mérito del libro:

“Hubo un tiempo en que las ciencias naturales, entusiasmadas por los asombrosos progresos de la Biología, se olvidaron por completo de que también tenemos alma; en cambio, en nuestros días, tratan de hallar el fundamento biológico de todos los procesos psíquicos, de comprendernos, para influir sobre ellos quizá. Para muchos investigadores el militarismo es un estado anímico. No ven la causa verdadera y principal de las guerras en las cuestiones económicas, en las disputas de fronteras, en los discursos de los monarcas, ni en las intrigas de las grandes industrias, sino única y exclusivamente en la inflamación del instinto combativo del hombre, cuyos rescoldos se conservan siempre en la subconsciencia. Por este motivo, no quieren convencerse del todo de que el militarismo pueda ser desterrado del mundo por medio de discursos, manifiestos o ligas de naciones. La “guerra a la guerra” significa para los biólogos “guerra al instinto guerrero”; es el impulso guerrero innato el que hace falta estudiar y si es posible combatir.

Para estudiar un instinto, el método preferido por la Biología es la comparación con los animales, la experimentación, y para este caso especial le parecen las más adecuadas las hormigas, porque son inteligentes como los hombres, viven en agrupaciones sociales, como los hombres, y son guerreras lo mismo que los hombres, o acaso más. Cuando se ponen frente a frente dos pueblos de hormigas, se desarrolla entre ellos, inevitablemente, sin cuestiones económicas ni discursos de reyes, la más sangrienta guerra, que no cesa hasta que uno de los bandos ha sido aniquilado por completo, sin que jamás lleguen a una paz por acuerdo.

Las hormigas representan, pues, en una forma muy pura, al tipo de la guerra por la guerra, y esta es la razón de que se presten bien a los experimentos sobre la esencia del instinto guerrero. Por esto también, han sido elegidos esos insectos por el docente privado de la Universidad de Zúrich, doctor R. Brun, para llevar a cabo los experimentos que refiere en su libro *Paralelos biológicos para estudio de los instintos de Freud*.

Este profesor juntó hormigas de la misma especie, pero de distintas localidades y, como es natural, estalló en el acto entre ellas una lucha que no cesó hasta que un bando consiguió la victoria. Con seguridad que el instinto guerrero es antiquísimo en las hormigas, pensó el biólogo, pero el de comer debe ser más antiguo todavía y anular a todo otro instinto cuando se le despierte. Si a los dos bandos combatientes se les pone delante alguna golosina, lo probable es que se arrojen sobre ella, en vez de hacerlo sobre las otras.

Pero ni aun poniendo miel en los labios, en la verdadera acepción de la frase, a las hormigas que corrían por el campo de batalla—y la miel es para ellas el más grato de los alimentos—se detenían en la lucha, ni suspendían ésta. La golosina pasaba inadvertida para ellas, y el hambre, sin duda el más antiguo de todos los instintos, resultaba menos fuerte que el más joven, que el ansia de sangre.

Entonces el biólogo, quiso saber lo que sucedía oponiendo al impulso guerrero, en vez de uno más viejo, un instinto a todas luces menos arraigado históricamente. Dió a cada uno de ambos ejércitos un bagaje, lo más grande posible, de ninfas y de larvas, y en el acto el teatro de la guerra tomó un aspecto diferente: el ardor bélico decayó desde un principio, cesando la lucha a los pocos minutos por falta de combatientes. La mayoría de los guerreros se dedicó a la cría de las larvas y ninfas, abandonando a sus contra-

rios, y el instinto de la crianza resultó más fuerte que el combativo y lo venció.

Encerrando en bolsas separadas dos grupos diferentes de hormigas con abundantes crías, llevándolas a otro lugar, y soltándolas en él, ocurrió el hecho maravilloso de no entrar en combate estos insectos, enemigos por naturaleza, sino que hicieron en el acto una alianza sin necesidad de ningún tratado de arbitraje ni ligas de naciones de hormigas y unieron sus fuerzas para dedicarse en común a la cría.

Lo que más interesa a los biólogos de estos experimentos, es el hecho de que los instintos son tanto más fuertes cuanto más jóvenes. El del hambre, que es con seguridad el más antiguo y arraigado, es vencido por el instinto guerrero, y éste, a su vez, lo es por el más moderno desde el punto de vista evolutivo, por el de criar a los hijos, que se adquiere más tarde.

Pero lo interesante para los pacifistas es que tales experimentos muestran el camino por el que podría influir sobre el impulso guerrero, antiquísimo en el hombre. Simplemente despertando otros instintos más modernos que se opongan a él.

Son conocidos de siempre los tres elementos principales: ejército para la defensa, agricultura (o alimentación) e instrucción; pero nadie hubiera pensado que este último, que en el fondo y en su más amplio sentido se preocupa del cuidado de la descendencia, fuese el más fuerte de los tres. ¿Quién había de pensar que la Biología viniera en apoyo de los optimistas que creen en el progreso moral? Constantemente se oye decir a los militaristas convencidos que tiene que haber siempre guerras, porque se deben al más antiguo de los instintos humanos. Pues bien, ahora podemos replicarles que, precisamente por tener su origen en un instinto tan antiguo, deben cesar las guerras. Los instintos más jóvenes, más modernos, son los más fuertes y lo único que hace falta es despertarlos.

Si la curación de las personas se apoya en los experimentos realizados en animales, ¿por qué no ha de tener la curación de la humanidad su punto de partida en estos mismos experimentos? Algún día la experimentación nos permiti-

rá librar a los hombres de la enfermedad del cáncer, y acaso las investigaciones del doctor Brun hagan posible alguna vez desterrar del mundo las guerras, ese cáncer de los pueblos."

¡Por ellos!

Ercuchad, niños, los sabios consejos que inspira ferviente la humana razón: inútil estudio que la reacción aconseja aún, desde tiempos viejos.

Sotanas y sables, en cruel cortejo, con trabajo insano, ¡fatal previsión! Sujeta entre hierros, no es vana ilusión, al hombre que piensa, y de ello me quejo.

Son otros tiempos mejores que vienen, y es vana empresa tratar de atajarlo, que avanzan corriendo, como corre el tren...

¡Paso al progreso! Hay que confesarlo, viene emocionado a traer el bien, y urge a los hombres salir a esperarlo.

JUAN HOLGADO

Nota.—Veintitrés años de maestro nacional me dan derecho para hablar de los niños como si fueran mis seres más queridos.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 10 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago por anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países). Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

En los pedidos debe indicarse el título y autor de los libros lo más claro posible. Cuando alguno de los libros pedidos se halle agotado a reimposición, dejamos el importe a disposición del comprador, enviando libre de gastos el libro o libros elegidos en sustitución del que haya dejado de enviarse. Todos los pedidos se sirven inmediatamente de recibido su importe.

Alrededor del Amor



V

La unión libre

Si un legislador fuera lo suficiente atrevido para acometer la empresa de reformar el matrimonio y tras maduro examen llegara a la conclusión que hemos llegado nosotros, y propusiera a las cámaras la implantación del divorcio sobre las bases amplísimas que hemos indicado, no sólo fracasaría rotunda y ruidosamente, sino que cobraría fama de loco peligroso para toda una eternidad. Y con razón; justo es confesarlo sin rodeos.

El divorcio no puede ser aceptado de manera tan amplia por la sociedad capitalista, porque ello significaría tanto como horrar de un plumazo el matrimonio y asestar un golpe de muerte al régimen actual, como tendremos ocasión de ver en el curso de este estudio.

En efecto; si uno puede casarse y descasarse a voluntad, obedeciendo a las caprichosas fluctuaciones de su deseo, resulta más práctico y sencillo unirse sin detenerse a llenar un requisito legal inútil y molesto. De otra parte, si no puede uno divorciarse cuando le acomode, el matrimonio continuará siendo una institución tiránica de la que el individuo celoso de su independencia huirá como de la peste.

Es un problemita de una complicación endiablada. Cuanto más se reflexiona acerca de él, más se enreda y enmaraña. Si se le reforma en un sentido que valga la pena, se le destruye sin remedio, y si se le deja tal como está, fenecerá de muerte natural en breve plazo. Bastará para ello que la mujer se independice económicamente y que despeje su inteligencia en el grado preciso para no creer en la caballería, galantería y otras garrambainas con que nos adornamos, y para ver claro, en el fondo de

las mentiras que acerca de las relaciones sexuales han puesto en circulación los seráficos y tiernísimos vates de la escuela romántico, qué cosa es el amor. Ese día no irá al matrimonio ni a tiros. A nuestras bobadas amorosas y a nuestros arrebatos de pasión, responderá con una desconcertante sonrisilla irónica, y a nuestras proposiciones matrimoniales dará por respuesta un gesto expresivo que traducido al lenguaje corriente vendrá a querer decir algo parecido al contenido de la frase vulgar, maliciosa y socarrona *¡limpiate, que estás de huevo!* ¡A cualquier hora van a aceptarnos! Ni confitados.

¿Qué será entonces del matrimonio?

Naturalmente, esto va para largo, pero justo es tenerlo en cuenta puesto que alguna vez ha de suceder. Ya la mujer moderna se esfuerza en invadir todos los sectores de la actividad humana y en prepararse y capacitarse para competir con el hombre en igualdad de condiciones y con probabilidades de éxito. Cuando logre situarse veremos cosas muy singulares. En la actualidad no son raros los casos (y esto es un síntoma harto significativo) de mujeres que no sólo aceptan las ocupaciones que antes fueron exclusivas del hombre, sino que adoptan también su indumentaria, sus costumbres, sus malos hábitos, y algunas llegan hasta el extremo de amputarse las exuberancias carnosas de los senos, en una especie de delirio o de desbordamiento del odio a la feminidad, símbolo de esclavitud. No aplaudimos esto, pues si bien es verdad que nos entusiasma la mujer emancipada, no la queremos en modo alguno extravagante y masculinizada, mas señalamos el hecho como un anticipo de lo que puede ser el bello sexo cuando logre sacudir nuestra despótica tutela.

Si el Estado tiene necesidad de ejercer el control de la población, forzosamente habrá de ensayar otros procedimientos

de constituir familias y de repoblar el mundo, que es lo que en realidad le interesa. Prácticamente ya lo hace, puesto que registra el nacimiento y las defunciones de los hijos naturales con tanta escrupulosidad como los legítimos. Y si se diera el caso de que los hogares formados a espaldas de la ley fueran más numerosos y de mejores resultados prolíficos que los constituidos de conformidad con las leyes, no vacilaría mucho en decidirse a borrar toda diferencia entre unos y otros. Ya hoy procédese así en la mayoría de los casos. Las uniones irregulares son más frecuentes de lo que a primera vista parece y los hijos naturales reconocidos, siempre que no los haya legítimos, tienen iguales derechos en lo que se refiere a herencias y demás, como los habidos en matrimonio regular.

Admitida la unión libre (forma de constituir familia quien lo desee que está llamada a sustituir al matrimonio), las ventajas que ofrece dentro de los moldes de la sociedad actual, no son muy apreciables.

Cierto que abundarán menos las parejas amargadas por la idea de tener que vivir juntas contra su voluntad toda la vida, pero no seremos más felices por ese motivo ni la tan deseada selección de la especie será un hecho.

La unión libre que tanto escandaliza y asusta a las viejas beatas y a los moralistas, ofrece todos los inconvenientes del matrimonio al uso y, en la generalidad de los casos, constituye un lazo tan irrompible como aquél.

Actualmente se verifican en determinados sectores de la sociedad, y muy especialmente entre las clases populares, muchas uniones de ese género y la observación directa de ellas nos autoriza y documenta para tratar la cuestión con verdadero conocimiento de causa.

Los individuos que se unen libremente por depravación o por espíritu de rebeldía, no aceptarán en ningún caso que la unión pueda tener un carácter transitorio y pasajero. Creen superfluo recurrir a las leyes vigentes para crear una familia, pero se ofenderán seriamente si alguien pusiera en duda la firmeza de sus sentimientos y aventurara la suposición, atinadísima por otro lado, de que

el compromiso así contraído, pueda anularse por A o por B.

—De ninguna manera—replicarán airados—. ¿Por quién me tomáis? Amo a mi compañera con toda mi alma y presumo que de igual modo la amaré toda mi vida. Sin la bendición del sacerdote ni la intervención del juez, viviré a su lado hasta el fin de mis días a menos que ella me abandone o me sea infiel. Yo no soy un rufián y al proponerla una su existencia a la mía, no se me ocurre ni remotamente la idea de abandonarla.

Y es cierto.

El pobre iluso cree sinceramente en la perenne invariabilidad de su amor, y aunque inmediatamente se dé cuenta de su equivocación y comprenda que ha levantado el edificio de su dicha sobre una base movediza y falsa, se resignará para *dar ejemplo*, y lo aguantará todo con santa mansedumbre antes que dar el campanillazo de una separación.

En todos los sentidos, su hogar será como la mayoría de los hogares. Inscribirá sus hijos en el registro civil; exigirá fidelidad a la compañera; cargará sobre ella las obligaciones más pesadas de la vida en común; vivirá y organizará su existencia exactamente igual, en una palabra, que los que se casaron como Dios manda. Precisamente cifrará su mayor gloria en que nadie advierta que están amancebados. Y cuando algún idiota se haga lenguas de la armonía que les une, no obstante haber prescindido del vínculo legal, responderá muy ufano y satisfecho:

—Para vivir felices y de perfecto acuerdo, no es condición indispensable casarse, sino amarse. Dos personas decentes que se amen y respeten recíprocamente, no necesitan para vivir juntos en la mejor armonía y crear una familia, de la intromisión de las leyes. Eso se queda para los inconscientes, eternos niños que no saben dar un paso sin andaderas. Nosotros no. Nuestra vida íntima nos la organizamos de conformidad con nuestras particulares concepciones y la verdad, es que no nos resulta del todo mal. Es una lección que ofrecemos a los imbéciles, ilustrada con un ejemplo vivo.

Algunos radicales se atreven a romper el pacto cuando la ilusión, el deseo o el afecto que les unió a la hembra se en-

tibia o finiquita, mas casi la totalidad de los que dicen creer en la libertad del amor, censuran agriamente tal proceder y hasta el mismo interesado lo reputa una falta grave.

Se comprende que así sea teniendo en cuenta que en el fondo todo libertario es un romántico, y dado, además, las condiciones en que estamos obligados a vivir.

La mujer que se une libremente a un hombre confiando en su nobleza y rectitud y en la constancia de sus sentimientos, se juega atrevidamente el todo por el todo.

Proceder en el orden sexual de manera contraria a las normas usuales establecidas y consagradas por las costumbres, se conceptúa un deshonor para la mujer, y la que no tiene esto presente y siguiendo sus impulsos da ese paso, se coloca en un plano desde el cual ha de renunciar a su familia, a sus amistades, a las consideraciones debidas a la buena reputación y al trato social con la gente honrada. Si después de esto el hombre que la indujo a olvidarlo todo la abandona, imagínese en la situación que queda la infeliz. El desprecio colectivo que la abrumó en el momento mismo que según el vulgo tiró la vergüenza a la calle para amontonarse con su hombre, se hará más intenso y feroz. Nada podrá rehabilitarla. La mancha caída sobre ella le cerrará todas las puertas. La necesidad de vivir y la cruel incompreensión humana la inducirán, si es guapa, a escuchar y aceptar las proposiciones vergonzosas de los hombres y acabará por rodar infaliblemente hacia el montón anónimo de las vendedoras de placer. Si carece de atractivos físicos o posee una voluntad enérgica y un sentimiento de la propia dignidad bien templado, no se decantará hacia el vicio, pero entonces la humillante mendicidad o la no menos humillante ocupación en los trabajos rudos y peor remunerados, la esperan, a condición de que se finja arrepentida de *su falta* y lo soporte todo con humildad y mansedumbre, lo que equivale a convertir su cuerpo y su alma en un repugnante guñapo. Y menos mal si de su malograda unión no le queda algún retoño. En ese caso su sendero será más áspero y espinoso, pues a la suma

de sus miserias y dolores habrá de añadir las inquietudes y quebrantos morales que el sombrío porvenir del hijo de sus entrañas le inspiran.

Es naturalísimo que todo hombre de alguna sensibilidad, por respetuoso que sea con la libertad del individuo, se indigne y censure duramente al que en nombre de la libertad del amor condena a un semejante a tan triste destino, y es natural, también, que la mujer sensata lo piense detenidamente antes de entregarse sin garantías al galán que la jure amor eterno. Bien saben ellas que igual pueden ser abandonadas casadas que unidas, mas existe la diferencia, nada despreciable, de que a la mujer casada separada del marido se la considera una desgraciada y una víctima digna de todo respeto, en tanto que, a la unida libremente, en identidad de circunstancias, se la rechaza como a una perdida despreciable.

No discutimos la justicia o injusticia de semejante distinción. Nos limitamos a señalarla como un hecho real, sin bordarla con ningún comentario.

Cuando no hay que lamentar tan completa y desastrosa desavenencia; cuando la pareja libremente unida tiene conciencia de lo que significa el rompimiento del compromiso contraído y evita llegar a tal extremo tolerándose el uno al otro sus mutuas impertinencias, la diferencia entre la unión libre y el matrimonio legal, es poco notable si se exceptúa, claro está, el gesto de rebeldía que acompaña al hecho de prescindir de las leyes y de la tradición para fundar un hogar.

La compañera que, siéndole menos fácil que al hombre luchar con éxito por la conquista del pan tiene más interés en que la armonía doméstica no sufra menoscabo, cederá siempre de su derecho exactamente igual que la esposa y, con frecuencia, más aun por aquello de que en el hogar no es legalmente otra cosa que la manceba del macho, con lo que se da el caso peregrino y paradójico de ser doblemente esclava, precisamente porque pretendió volar iluminada hacia la libertad.

Y comprendemos que este cuadro que vamos diseñando acerca de la unión libre no agrada a los partidarios de este

modo de crear familias, pero ello es verdad y a la verdad nos atenemos sin que nos preocupe mucho herir susceptibilidades de sectarios. Estamos hasta la coronilla de escuchar palabras pomposas y huecas que sólo sirven para disfrazar y deformar ideas y hechos, y no estamos dispuestos a decir las cosas sin examinarlas atentamente. A los que no comulguen en nuestras creencias, consteles que no nos producen el menor pesar ya que no pergeñamos estas cuartillas con la pretensión de convencer a nadie, ni abrigamos la necia presunción de hallarnos en posesión de la verdad. Hoy expresamos con más sinceridad que claridad el resultado de nuestras reflexiones sin perjuicio de rectificar mañana. Nada nos satisfaría más que observar que cada cual hace lo propio. Nadie está obligado a aceptar las ideas de nadie, y la única forma de tener ideas sanas, es airearlas a menudo. Lo peor es que abundan los que tienen ideas, pero no todos se enretienen en pensar acerca de ellas y éstas se enquistan en el cerebro y hasta degeneran en tumores malignos...

Hecha esta digestión, prosigamos.

La unión libre, a semejanza del matrimonio, es una cadena para el hombre y una insoportable esclavitud para la mujer. No se puede alegar en su abono que ofrece la ventaja de poder deshacerla a voluntad, porque en esa pretendida ventaja hay más fantasía que realidad. El hombre que se une libremente, si no es un corrompido, un imbécil o un insensible, no pasará de la categoría de esclavo voluntario del hogar. Es bien seguro que no abandonará, sino por motivos muy graves, a la compañera, y mucho menos si tiene sucesión. Los hijos le obligarán a tascar el freno cuando la vida en común le impulse a rebelarse. Y si no tiene hijos, la consideración de la existencia que está reservada a la mujer repudiada le uncirá al yugo. Tan cierto es esto que, generalmente, son más duraderos estos pactos libres que el lazo legal.

Y no es que el amor lo determine así. El afecto más acendrado y vivo pierde intensidad y concluye por extinguirse en la existencia en común. Dos personas condenadas a vivir juntas por un plazo indefinido, aunque sean dos ángeles de bondad, terminan por hastiarse la una

de la otra. Con mucho mayor motivo se produce este fenómeno natural entre marido y mujer, amargados por las minucias, rozamientos, querellas, mezquindades y pequeñas miserias de la vida vulgarísima y tediosa del hogar, máxime cuando ambos creen erróneamente que el connubio conyugal para ser perfecto y llenar sus fines cumplidamente, debe deslizarse entre las suavidades y embellezos de un eterno idilio, sentimental y dulzón como un tango argentino.

No. El amor no tiene nada que ver en esto.

La ilusión que empuja al hombre a los brazos de la mujer y viceversa, fenece o se amortigua notablemente al poco tiempo de consumada la unión. Después queda (cuando queda y como rarísima excepción) un afecto tranquilo y una tolerancia mutua un tanto desdénosa, alterados frecuentemente por altercados y choques inevitables en la existencia en común y cuya repetición toma pronto caracteres de cronicidad y hace de los *amorosos compañeros* dos adversarios irreconciliables que se hostilizan incesantemente sin animadversión y sin odio, por costumbre y por sacudir el mortal aburrimiento que les posee y enloquece.

La unión libre no será una copia fiel del matrimonio, cuando tanto el hombre como la mujer sean independientes económicamente. Entonces, seguramente, y dado el caso de que se efectúen uniones de tal género, no tendrá más duración el período de vida marital que la determinada por el amor o el deseo. No existirá razón alguna de peso para prolongarla desde el momento que ninguno de los contrayentes esté condenado a soportar a causa de la inconsecuencia amorosa del otro, sufrimiento de mayor monta.

En tanto, la unión libre podrá ser presentada, con toda la buena fe que se quiera, como una forma ideal de amarse y reproducirse, pero notoriamente el hombre reflexivo no verá en ella sino una variación de lo mismo, es decir, un matrimonio sin sanción legal ni bendición apostólica, mas con todos sus inconvenientes y defectos.

* * *

Si en lo referente a la felicidad individual los resultados de la unión libre son

tan negativos como los del matrimonio a la usanza, en todos los demás órdenes ocurre tres cuartos de lo mismo.

No es moral, no precisamente por su carácter de unión libre, sino porque adolece de todos los vicios que al tratar del matrimonio hemos señalado.

Los que se unen libremente, no se convierten por ese simple hecho en seres de una perfección ideal, en unos angelitos del cielo. Generalmente, el hombre que por su ideología prescinde de las leyes para constituir su hogar, posee un sentido más claro de las cosas y, por lo mismo, un sentimiento de justicia más depurado que la mayoría de los mortales. Es el individuo cuyas inquietudes espirituales le impelen a pensar en el porvenir y a rebelarse contra el malestar imperante inquiriendo sus causas y procurando extirparlas. Ennoblecido por su amor a la humanidad, se preocupa de proceder con rectitud y perjudicar al prójimo lo menos posible, pero todo ello no evita que sea hombre y esté sujeto a todas las pasiones que empujeñecen o agigantan, según los casos, a todos los humanos.

Unido libremente tal vez considere a la compañera como a una igual suya y se conduzca en su trato diario con ella en justa correspondencia con esa consideración. Lo que no hará, ciertamente, es privarse del placer sexual cuando el instinto le espolee, aunque ella le manifieste su repulsión a complacerle en tal momento. Teóricamente concederá de buen grado que debe respetarse a la mujer en ese sentido siempre que ella no quiera nada con el varón, pero, prácticamente, no se privará del goce sino en contados casos y haciendo un verdadero sacrificio. Pedirle que se abstenga de todo comercio carnal, por ejemplo, durante el embarazo y la lactancia, lapso de tiempo durante el cual la mujer deja de ser la hembra para ser la madre, es pedirle más de lo que buenamente puede dar. Claro que no negará las razones ni desmentirá las leyes higiénicas que aconsejan la abstinencia, mas no las cumplirá porque necesita caricias femeniles y teniendo a su lado a la mujer le es imposible dominarse.

Véase cómo en el mejor de los casos la compañera, por más que pretendamos

disfrazarlo, no es, ante todo y sobre todo, sino un instrumento pasivo de placer.

Cuando el que tiene el prurito de prescindir de las leyes no es un convencido, y no todos los que lo aparentan lo son, la cosa toma peor cariz. La compañera será una esclava más sometida aún que la mujer legítima de cualquier bruto. Ríanse ustedes de la abnegación, del respeto mutuo, de la santidad del amor y de todas las hermosas frases y giros retóricos que inspira el sentimiento de libertad a estos *libertarios*. En el propio hogar serán *déspotas absolutos* que ni podrán tolerar, sin irritarse sordamente, que se hable de los derechos de la mujer.

Nosotros hemos observado de cerca uniones de esta índole, en las cuales el hombre, individuo que discurría bastante aceptablemente acerca de muchas cuestiones y que se distinguía por su ardor en la lucha contra la opresión y la injusticia, confesaba sin ambages que en su casa él era el amo y la compañera un cero a la izquierda, un verdadero bulto sin voz ni voto, que no podía dar un solo paso sin que él la autorizara previamente.

Como es de suponer, a estos individuos no les faltan argumentos para explicar el porqué de su proceder y casi siempre sacan a relucir el atraso mental, la incultura y la incompreensión de la mujer que incapacitaba, según ellos, para hacer buen uso de la libertad. Son argumentos de mala ley que sólo pueden merecer crédito a los que no se toman la molestia de pensar y que unen a la injusticia el escarnio. Obsérvese que todos los esclavistas aducen idénticas razones para legitimar sus violencias.

Algunos de estos enamorados de la libertad humana, hasta experimentan un profundo malestar cuando la compañera, sensible al goce sexual, se estremece entre sus brazos. ¡Malo, muy malo! Es preferible sea fría e insensible, que le inspire el instante de la generación repugnancia y asco, porque ello les garantiza que no buscarán el placer en brazos de otros hombres...

Semejantes monstruos, mezcla de bestialidad y egoísmo apenas disimulado bajo una tenue película de cultura, abundan más de lo que se cree.

Imagínese qué será una mujer unida a un tipo así.

—¡Que lo mande a freír espárragos!—
oímos que se nos replica.

¡Ay, amigos! Eso se dice muy pronto, pero no se hace con la misma prontitud y facilidad.

Mientras nuestra absurda organización de la vida no evolucione en un sentido progresivo, la mujer tiene que sacrificar muchas cosas a la imperiosa necesidad de vivir. Ha de comerse el temperamento, la dignidad, todo, si quiere mantenerse a flote. Al lado de un bruto, conviviendo con él, ha de soportar una esclavitud odiosa; mas en medio del arroyo, ¿será otro su destino? ¿Acaso las que venden caricias o las que trabajan en obradores y fábricas son libres? De todas las formas de la miseria, la más monstruosa es la de la hembra humana, porque se considera su cuerpo como vaso de placer. Todos sabemos lo que le está reservado a la obrera, a la doméstica y a la empleada joven y guapa. Para conservar un salario de hambre ha de ser complaciente con sus superiores inmediatos y con el señor y no andarse con remilgos ni con alardes de dignidad ni escrúpulos de honradez. Únicamente escapará si nadie para en ella su atención, lo que secretamente la humilla y ofende más que todos los atropellos, porque es una confesión muda, pero elocuentísima, de su carencia de encantos físicos. Además, en toda mujer reside el anhelo instintivo de ser madre, y cuando se une o se casa y queda fecundada, las obligaciones inherentes a su nuevo estado la impedirán romper definitivamente con el padre de su hijo, aunque éste sea el tirano más insufrible.

No, no es tan fácil a la mujer sacudir el yugo. Si no fuera así, ¿cuál sería la santa que soportara ni la millonésima parte de las injusticias de que las hacemos víctimas con una desconsideración desconcertante?

El hombre más comprensivo y benévolo no es con la compañera sino el amo, salvo muy honrosas y contadas excepciones, y ningún ser humano puede vivir a gusto al lado de un dueño ni aun siendo éste la personificación de la bondad.

No faltará quien al leer esto nos tache de exagerados; mas a los que se sientan inclinados a aplicarnos ese calificativo, nos permitiremos aconsejarles que no partan de ligeros. Si están unidos o casa-

dos, que piensen siquiera cinco minutos en la organización del propio hogar y es seguro que interiormente se confesarán que tenemos razón. Si permanecen célibes, que observen atentamente cómo se conducen en la intimidad la pareja más identificada entre sí que conozcan y por escasas dotes de observación que posean comprobarán que nos hemos quedado cortos y que dejamos, de intento, muchas cosas en el tintero. En todo caso, y como último recurso, al juicio de las mujeres nos remitimos. ¡Si ellas quisieran hablar!... ¡Si se atrevieran!...

Semillero de desdichas y vicios, la unión libre como el matrimonio no contribuye en nada a la selección de la especie. Ni siquiera esa consideración la salva.

¿Cómo ha de contribuir a seleccionarla? ¿Acaso la unión libre posee la virtud mágica de sanar lo que está podrido?

Los individuos que se unen libremente están formados de la misma substancia que los que se casan, se desarrollan y viven en el mismo medio corrupto, arrastran idéntico género de vida, adolecen de los mismos defectos, están sujetos a iguales errores.

Es verdad que algunas parejas de estas están constituídas por individuos relativamente sanos y que se preocupan de matar en sí toda tendencia viciosa y hasta evitan la procreación excesiva, mas no se nos negará que eso no se debe a la unión libre, sino a la idiosincrasia personal de los contrayentes, y no se nos negará asimismo que esto, que es la excepción de la regla, no ofrece una ventaja muy apreciable respecto a la selección. Equivale a llevar una gota de agua al mar.

A mayor abundamiento, los beneficios que para la progenie se derivan de esta clase de parejas, están contrapesados suficientemente y por lo mismo anulados, por las imperfecciones del ambiente y por la miseria que se ceba en ellos más implacablemente que en los demás a consecuencia de las persecuciones de que son víctimas sus progenitores que, naturalmente, han de ser inadaptados, subversivos y díscolos.

Desde luego no es necesario decir que no incurrimos en la injusticia de hacer responsable al individuo de esta dolorosa realidad. Que la unión libre y el matri-

monio sean impotentes para labrar la dicha humana y para mejorar la raza no es sino una resultante de nuestra defectuosa organización social y de esto somos responsables todos y ninguno.

La humanidad camina dando tumbos y de error en error hacia su ley de finalidad y no es maravilla se equivoque en sus experimentos y ensayos, ni que yerre su derrotero cuando tantos y tan opuestos senderos se la ofrecen.

No. Nada de acusar. Expresamos lealmente lo que entendemos, persuadidos de que únicamente se eliminan los errores, desnudándolos sin reparos ni falsos rubores y sin sujetarse a ninguna consideración de partido ni de secta.

Los que creen sinceramente que la

unión libre es la forma ideal de constituir familia, no deben sentirse heridos por nuestra franqueza. Para fundar una familia, tanto monta casarse como unirse. Es igual. Ni un sistema ni otro responden a los deseos de felicidad ni a la selección de la especie (finalidad sagrada del amor sexual), ni a ningún otro fin de rango superior y elevado. Para alcanzar todo eso es preciso transformar la familia, ya que con ella transformaremos la sociedad.

Entiéndase que decimos *transformación* y no *reforma*. Más adelante veremos cómo reformándola de la única manera eficaz, no podemos llegar sino a una sola conclusión lógica: a la transformación de la sociedad.

H. NOJA RUIZ

Apuntes

Fanatismo y Escuela

No sabríamos cómo definir, para hacerlo de manera lograda, el fanatismo. Lo consideramos como una limitación voluntaria de la vista, que nos convierte en ineptos cuando intentamos gozar la emoción de una lejana perspectiva.

Puede llegarse al fanatismo por dos caminos: por horror al esfuerzo y por espíritu de sumisión.

Cuando se tiene deliberadamente la inteligencia abierta a cuanto ocurre en derredor nuestro, al servicio del esfuerzo personal, no se puede llegar al fanatismo. Cuando ciega la inteligencia, pues, abre los ojos el fanatismo.

El fruto inmediato del fanatismo es la intolerancia agresiva.

Una proclama de fanatismo máximo fué la expresión de aquel desdichado catedrático de la ex-universidad de Cervera: "Lejos de nosotros la funesta manía de pensar."

¡Pensar! La función más pura, más laboriosa y creadora del hombre, el fanatismo—horror al esfuerzo—la juzga una manía.

Las delaciones del fanático son agrias, esquivas y ofensivas y nunca tienen un hálito de cordialidad. No tienen cordialidad porque carecen de una comprensión objetiva y subjetiva.

Donde aparece el fanatismo aparece el peor de los males. El peor de los males porque mata la inquietud, no tolera la crítica y no examina su propia obra. Toda obra en gestación que no tolera la crítica lleva en sí un signo de decadencia. Y todas las obras humanas, por lo mismo que sienten la influencia del tiempo, son obras en gestación. Así que, el fanatismo, no tiene ni ha tenido jamás un fundamento valedero.

. . .

En política, sea cual fuere el campo en que domine, ha sido siempre un obstáculo para las realizaciones propias.

Pero si en el hombre ha sido fatal, factor de multitud, es trágico llevado a la escuela como medio de realización sectaria. La escuela debe ser una **ventana**

abierta en la que el niño se asome para contemplar el panorama ilimitado de la vida. Si el maestro es un fanático al servicio de una causa, ha de cerrar, forzosamente, esta ventana. Con ella cierra a los niños las puertas al razonamiento y al natural afán de análisis.

Este es el caso de la escuela actual en Rusia. Nos une al marxismo una serie de puntos, aunque nos separa, de manera señalada, el concepto fundamental de libertad, que implica el peligro de la dictadura, que es siempre la ventana cerrada.

En torno a la escuela rusa se ha formado una aureola sentimental, sobre todo en los pedagogos internacionales.

Es indudable que existe una gran cruzada contra el analfabetismo. Hay un innegable interés en que las nuevas generaciones se instruyan. Pero es un interés calculado para hacer de la escuela prematuros cuarteles de soldados rojos. En el fondo, las escuelas rusas son academias de analfabetismo de la conciencia. A los niños sólo se les abre una luz: leninismo, marxismo. Antes y después, no hay nada. Se considera igualmente enemigo al "pope" que al hombre de concepciones más avanzadas. Se fomenta el odio a lo que ellos llaman el contrarrevolucionario, que es el que diseña un más allá de libertad.

Y situados así, a los maestros cabe la responsabilidad de crear generaciones de fanáticos. Y el fanático, sea cual fuere el motivo de su fanatismo, es un ser peligroso, porque se cree en posesión de la verdad abstracta.

En todas partes hay fanáticos. En la religión, en política, en ciencia y arte, en filosofía, en todas las manifestaciones de la energía humana.

Lo más lamentable es que un maestro haga hincapié de sus pasiones políticas para imponerlas al niño. La escuela debe tener su finalidad esencial en la instrucción y la educación; cultura moral y cultura física; cultivo del corazón y del cerebro.

"No debe enseñarse a los niños sino aquello que pueda serles útil en el porvenir" —decía Sócrates diseñando un magnífico programa de enseñanza.

* * *

Llenar las cabezas de los niños de dogmas indiscutibles y de preocupaciones prematuras para ellos es poner un velo en la transparencia vivaz de su inteligencia, siempre, naturalmente, abierta a todas las curiosidades. Sin embargo, nada tan provechoso como darle una idea real y limpia de las cosas. Se interpreta así su propia naturaleza, porque su afán de saber desentrañar el porqué de las cosas, lo reclama con la insistencia de sus preguntas, frecuentemente difíciles. Es el mejor estímulo para enriquecer su intelecto e inclinarlo a la observación profunda.

El fanatismo, pues, culmina su obra negativa en la escuela. Enemigo del análisis, intolerante con la crítica, produce forzosamente un estado de estancamiento. Estancarse es morir. La obra de la naturaleza, aun en la materia que parece inerte, es un continuado proceso de transformación. A esta ley no puede escapar nada. Es el concurso de la vida universal indomable y fatal.

Es un crimen, pues, querer encauzar en un cauce estrecho ese torrente de vitalidad que hay en los niños. Las conciencias angostas de estos educadores, en ese taller maravilloso donde se forjan las humanidades, la escuela, modelan multitudes de autómatas para vivir en un mundo de idiotas. La Historia juzgará su obra, y esperamos que no será benignamente.

RAMÓN MAGRE

OBRA IMPORTANTÍSIMA

Medicina Natural

Por el Dr. Adr. Vander

Nuevo sistema de curación. Gran Enciclopedia práctica para el tratamiento de las enfermedades, al alcance de todas las inteligencias. Con 600 ilustraciones originales intercaladas en el texto y varias láminas en color. Séptima edición.—Forma un elegante tomo de 688 páginas, púlcramente impreso, y encuadernado lujosamente en tela.—Precio, 25 pesetas.

A correspondientes y suscriptores de Estudios el 15 por 100 de descuento.



Parejas humanas



I

Las causas de las uniones

No pretendo convencer a nadie de que el hombre esté obligado a amar a una sola mujer, ni que la mujer lo esté a un solo hombre; pero dados los medios económicos que actualmente poseen muchos individuos y la enorme influencia de la moral reinante, opino que la unión entre dos seres de distinto sexo, amorosa y económica, es muy conveniente.

Ahora procedamos a poner en claro qué causas existen que nos puedan hacer preferir la unión.

Si nos atenemos a lo que corresponde al orden biológico diremos que la unión, o tan sólo la relación, de las parejas humanas se hacen para reproducirse y continuar la especie. Al propio tiempo, está dispuesto de tal manera que la relación sexual resulta de una necesidad bastante perentoria. Que la relación sexual es una necesidad nos lo demuestra el continuo vigor del sexo y los transtornos que sufren los continentes, así como los que siéndoles difícil dicha relación llegan a masturbarse o degeneran en otras prácticas morbosas y contra natura. Y que de que cada ayuntamiento no puede salir un ser, nos lo explica la frecuencia con que los primeros se realizan y lo costoso que resulta obtener los segundos. Así, tenemos que la relación sexual es necesaria; aunque esto no explica que lo sea la vida de las parejas.

Colocándonos en el terreno sentimental veremos que la unión es conveniente a la vida de los humanos. Perdidos en la inmensidad de la Tierra, sin confianza en la mayor parte de cuantos nos rodean, sin fuerza moral para resistir sin turbar nos los innumerables contratiempos que la existencia nos presenta, miedosos de la soledad, buscamos el apoyo moral de una amistad, y esa amistad nos la ofrece la compañía del sexo opuesto. Cierto que

también nos la brindan los seres de sexo igual; pero la amistad no es el todo, sino un complemento, y la amistad entre hombre y mujer adquiere tonalidades diferentes. Luego el anhelo de verse continuado y el de tener una compañía, hace que los humanos tengan un aliciente para vivir, que luchan por un fin.

Si trasladamos el asunto al presente estado social veremos que es en él, donde mejor conviene realizar la unión y que sea duradera. Refiriéndonos al hombre, comprobaremos que posee una educación que le hace precisos los cuidados de unas manos femeninas, y que cuando prescinde de ellas sale perjudicado, y que en la decrepitud necesita del amparo moral y material de unos hijos que él mismo ha creado. Hablando de la mujer, diremos que la sociedad no le da lo necesario para vivir tranquila sin la ayuda del hombre, que al tener un hijo le es imprescindible la parte económica que el compañero le proporciona. El anhelo de tener un hijo que amar, también es una de las cosas realizables en la unión. Y el punto más interesante de todos es que cuando se llevan años viviendo bajo el mismo techo es mucho mayor la afinidad, y si no ha dejado de existir la atracción que los indujera a unirse, se forma un lazo tan firme que se considera al compañero o compañera como algo que forma parte de nuestro propio ser.

El sentimiento es sin duda alguna el elemento que más firmemente ata a los cónyuges por largo tiempo. Y la torpeza del uno para desenvolverse de las cosas domésticas y el poco valor que se le da el trabajo de la otra, también son factor importante para hacer conveniente la unión. Así que cuando ambos viven unidos de común acuerdo, el uno pone el producto de lo que se cotiza su fuerza y la representación de su género, el otro pone sus conocimientos y su habilidad, y se complementan para obtener medios de vida y comodidad.

Pero todo no para aquí. Yo quisiera preguntar a los individuos del sexo masculino por qué se unen, o por qué se casan, pues el casamiento parece dominar hasta hoy. No es la primera vez que lo he hecho, y algunos me han contestado con la mayor sencillez y naturalidad del mundo, que *para tener mujer*. Esta frase que hace reír a muchos lleva un fondo muy elocuente, puesto que las dificultades que se oponen al amor libre hacen casi imposible amar fuera del matrimonio; y por esto, el hombre que siente arder su carne de deseo y ansía satisfacerlo, sólo se casa *por tener mujer*. Otros, más prácticos, me han dicho, que se habían casado para tener una mujercita que les cosiera la ropa, les hiciera la comida y les llevase la dirección de la casa con más acierto y economía que ellos lo hacían, es decir, para tener una criada y una administradora en una pieza y por poco dinero. Quienes han hecho uso de la franqueza y han dicho que habían ido al matrimonio para satisfacer sus deseos de hembra, que el largo tiempo de celibato y de continencia habían acrecentado. Me olvidaba de interrogar al romántico, al soñador: ése me ha dicho, que al casarse realizaba la más grande ilusión de su vida, que se unía porque llevaba grabada la imagen de su adorada en el fondo de su corazón, que se decidía en un asunto tan transcendental porque ya había formado en el castillo de su ensueño un nido hermoso cual una quimera, porque quería libar las almibaradas mieles del cáliz de los labios de su amada, porque quería asomarse a la azul profundidad de sus ojos porque quería jugar con los enortijados bucles de su negra cabellera, porque... ése es todo poesía. Aun nos queda el recurso de preguntárselo al viudo, al que ya conoce prácticamente lo que es la vida matrimonial; éste nos responde que a pesar de tener muchos inconvenientes, la vida de casado es preferible a estar solo, y por eso se casa. Nos llegaremos a pedirle una opinión al que habiendo sido casado dejó a la mujer porque se le gastaba el dinero en caprichos suyos, le engañaba con otro o tenía un carácter tan agrio que era imposible vivir a su lado; al que habiéndole sucedido todo eso se vuelve a casar le preguntaremos por qué lo hace, y lo estoy oyendo que contesta que por vicio,

o porque halla placer en luchar contra los elementos. Y hallaríamos muchos que nos dirían que se casan porque todos lo hacen.

Ahora encontraría gusto en interrogar al elemento femenino; también con el fin de conocer las causas que le inducen a formar el nido matrimonial. Seguramente que entre las mujeres tiene más transcendencia e importancia el caso que entre los hombres. Desde una época que se pierde en las más remotas luces de la Historia, la mujer viene condenada a vivir bajo la férula del hombre, desde que nace hasta que muere. Educada de forma muy diferente a la del hombre, habituada a costumbres muy distintas, sin un poco de libertad para correr el mundo y formarse un criterio propio e individual de las cosas, cuidadosamente engañada de cuanto al amor se refiere, para guardarle esa inocencia—que es ignorancia—, y con algunas confidencias de amigas que le hacen suponer todo, menos la verdad, vive al lado de sus padres soñando continuamente en el hombre que vaya a sacarla de aquella prisión y le revele los secretos del más dulce de sus ensueños. A ella se le priva de saber muchas cosas, de correr tras lo desconocido, de ir sola a parte alguna, y cometiendo la mayor de las injusticias, se le priva de amar. ¿Qué tiene de extraño que espere su unión a un hombre como si fuera el fin exclusivo de su vida? No es un deseo voluptuoso el que anhela satisfacer; es más un deseo espiritual, un sentimiento. Preguntarle a la mujer por qué va al matrimonio es obtener respuestas con pequeñas variaciones. “El hombre va al matrimonio para retirarse de la sociedad; la mujer, para entrar en ella”, ha dicho alguien. Si le preguntamos a una mujer por qué va al matrimonio nos dirá que para realizar la ilusión, el ensueño, la ambición más grande de su vida; para poder amar—ya que los hombres han sido tan crueles que le han negado el derecho de hacerlo libremente—; para llegar a tener un hijo y poner en él todo ese raudal de ternura que poseen y los hombres no merecemos. Si le hacemos esa pregunta nos dirá que para librarse del negro y temido fantasma del celibato, que tan feo les está a algunas de ellas. La mujer va al matrimonio porque es el único camino que se le deja

a su alcance, porque se le cortan todos los otros o se hacen intransitables para que se vea obligada a tomar aquél; pero eso no quiere decir que lo haga a disgusto, sino, muy al contrario, que cuenta los días y las horas que al prometido le faltan para estar libre del servicio y poder casarse, o el tiempo que ha de transcurrir para alcanzar la mayor edad y poder entregarse al galán que no ha tenido la suerte de agradar a los padres de ella; y va tan ilusionada porque ig-

nora qué es, en realidad, la vida matrimonial. Y así, mientras todos le oponen trabas para impedir que ame libremente, ella sueña en formar un nido, y como generalmente cree una osadía amar sin ir al matrimonio, sueña con la vida de casados.

Estas son, a grandes rasgos, las razones que se pueden formular para explicar las causas de las uniones.

VALENTIN OBAC

Curiosidades científicas

¿Es el azul del cielo subjetivo?

Que un poeta describiendo sus sensaciones afirme que el cielo es azul, esto no nos sorprende; pero no admitimos sin discusión que un físico deduzca de una serie de cálculos que el cielo debe ser azul y que este color es exclusivamente objetivo.

Lord Rayleigh es el autor de la teoría clásica sobre el color del cielo. Esta teoría es tan generalmente admitida, que hemos quedado sorprendidos al leer en alguna parte un párrafo de Luciano Poincaré, quien sospechaba que el color azul del cielo era una de esas cuestiones que no habían sido aún dilucidadas de un modo satisfactorio.

Antes de exponer algunas experiencias, hay que preguntarnos qué visión tendría el cielo un animal cuyas membranas oculares estuvieran tapizadas por pigmentos coloreados verde, amarillo o azul. Cubierta de tejidos que poseen un color propio, una retina no podría ver el mundo exterior a través de una pantalla tapizada que modificaría sus tonos. Pues ¿no estará la retina humana misma envuelta por una pantalla rojo-anaranjada?

Es un error comparar un ojo a un aparato fotográfico. En este último, la placa sensible o el film es transparente y está expuesta en el fondo de una cámara rigurosamente negra y opaca.

Examinemos el ojo humano. Su capa gelatinosa está cubierta de grasa y de sangre, es decir, de sustancias coloradas y anaranjadas. Córtese en dos mitades y mire a través de una de ellas. Usted quedará sorprendido de su transparencia relativa y de la intensidad de la luz que atraviesa sus membranas; usted se dará cuenta que el pigmento negro que aquellas contienen es insuficiente para protegerlo.

Entonces, si el ojo humano posee una coloración propia y si sus paredes lo defienden desigualmente respecto a los diversos colores, la visión que tendrá de éstos será modificada por dos razones: Primero, a causa de su color intrínseco, y luego, porque, expuesto a una luz lateral, su envoltura deja filtrar solamente ciertos colores. Su sensibilidad disminuye, pues, mucho más para los colores que lo atraviesan que para que los que son absorbidos. Los rayos azules no se reflejan en su interior porque son detenidos, en tanto que los rayos colorados impresionan la retina al ir y venir y se difunden en ella en todas direcciones.

Se hace la misma observación para los párpados, según se encuentran más o menos congestionados. Ellos constituyen un verdadero velo de color parecido a un vidrio rojo que pase por delante del ojo a intervalos a cada guiño. Cuando, bajo viva luz, los hemos mantenido

cerrados durante un cierto tiempo, al momento que los entreabrimos, estamos en condiciones de experiencia semejantes a las de un observador que acaba de mirar al cielo a través de un cristal rojo. Por contraste, lo percibimos más verde y más azul.

Expresándonos en el idioma de la fotografía de los colores, diremos que una placa sensibilizada previamente para todos los colores ha sido velada de alguna manera por ciertos de ellos.

La importancia de estas observaciones no debe escapar al estudio de la visión de los pintores.

Si el uno tiene cabellos negros, sus ojos son pigmentados. No tendrá las mismas reacciones coloreadas que otro que tenga cabellos rubios, es decir, cuya retina está desprovista de pigmentos.

No creemos que la crítica haya nunca tenido en cuenta la pigmentación coroidal de los artistas; pero observamos netamente que el ojo, con poco pigmento, se cansa más para el rojo que para el azul, cuando ha sido expuesto a una luz viva directa o lateral.

Notamos que si las coloraciones rojas son relativamente escasas en la naturaleza, el azul verde del cielo y del mar son los que más abundan, y, a nuestro juicio, el mejor "tets" para las experiencias que vamos a describir es el cielo mismo.

EXPERIENCIAS

Recordamos la de Remy, de la cual tuvo idea al terminar sus estudios sobre el "diplóscopo". Cogía un tubo cualquiera, a través del cual miraba con un ojo sólo el cielo azul. Después de algunos minutos lo veía blanquear. Comprobaba también que desde el fondo de un pozo se observaba siempre el cielo blanco, y que además de allí se observaban las estrellas en pleno día. Hemos oído decir igualmente por viajeros que existen valles tan profundos que, en su fondo, un observador, colocándose debajo de grandes árboles, tendría una visión idéntica, no vería nunca el azul del cielo y observaría las estrellas en pleno día.

Sin recurrir a condiciones de observación tan raras, protéjase un ojo lateralmente con un velo negro y con este ojo mire al cielo a través de un tubo en-

negrecido en su interior. Conserve el otro como testigo, sin ninguna protección lateral, y usted quedará sorprendido cuando abra alternativamente los ojos de ver el mismo cielo azul con el segundo ojo y blanco con el primero.

CONTRAEXPERIENCIA

Acerque ahora al ojo testigo una luz lateral, lo más intensa posible; el azul del cielo parecerá más neto y hasta tirará a negro.

No es sólo la coloración del cielo la que cambia en estas experiencias, sino la de todos los objetos.

Hemos encontrado la máxima de variación al observar finas partículas blancas en suspensión en tinas de porcelana, con paredes blancas y muy iluminadas.

Mírese también de noche, al disco lunar, alternativamente con un ojo colocado en la oscuridad y el otro iluminado lateralmente.

INFLUENCIA DE LA ILUMINACIÓN LATERAL SOBRE LA VISIÓN DE LOS PINTORES

Cualquier fuente de luz, aunque no penetre por nuestra pupila, influye sobre nuestra visión de los colores.

He aquí un pintor sentado a la sombra de los árboles. Frente a él se extiende un paisaje iluminado y, sin embargo, su ojo recibe solamente los rayos luminosos procedentes del paisaje lejano.

En cambio, este mismo pintor se trasladada a otro lugar; se instala ahora en plena campiña, tiene el sol frente a él, y a sus costados se extiende una superficie reverberante, como si fuese el agua de un charco o de un río.

En este último caso, rayos muy intensos procedentes de superficies luminosas, se introducen en sus ojos y se mezclan a los rayos reflejados por el paisaje que mira, de lo cual resultan modificaciones profundas del colorido.

Estas observaciones sobre la influencia de la iluminación del ojo no dejan de ofrecer interés para el crítico de arte. Lo que hace la belleza de las pinturas al fresco quedadas en su sitio en Italia, es que, no solamente la luz, cayendo sobre ellas es la misma, sino también que los

ojos de los visitantes se encuentran en condiciones de adaptación idénticas a las de los ojos del artista que los pintó.

No hay duda que el carácter de un cuadro exige que encontremos nosotros los mismos intervalos que el pintor quiso poner entre los matices que él ha yuxtapuesto.

Si antes de llegar hasta el cuadro, o si en el instante en que se encuentran frente a él, nuestros ojos han sufrido variaciones de alumbrado, los intervalos entre los colores serán modificados y el sentido del cuadro será diferente del que le dió el pintor.

En Florencia, en el convento de San Marco—en celdas de monjes—, donde tres paredes sobre cuatro han quedado blancas, las pinturas al fresco de Fray Angélico tendrán azules celestes de un brillo incomparable.

Por otra parte, uno de los atractivos extraños de la Gioconda consiste en reunir precisamente muchos tonos verdes y azules. Por este motivo raras veces se le verá en el mismo colorido, porque nuestros ojos raramente habrán sufrido el mismo alumbrado.

En el Museo del Prado, la exposición de las telas de Velázquez es tal, que nunca nuestros ojos son expuestos a soportar la luz de las ventanas. Sólo las telas son iluminadas y el visitante, situado frente a la "Meninas", no queda expuesto a ningún alumbrado lateral.

Personalmente, y en otoño, hemos comprobado que las hojas de las árboles, que son entonces de un tono amarillo-verde, parecen verdes a mediodía.

En la primera época del año, tomando las precauciones de tapar durante unos instantes nuestros ojos de la luz, el paisaje nos parecía bien amarillo; pero luego nuestros ojos, habiendo sido iluminados durante unos momentos, este mismo paisaje nos parecía verde.

Siempre en el mismo orden de ideas un papel tornasol parecerá azul o colorado, según que esté presentado al ojo adaptado o al otro.

Igualmente para un billete de Banco francés, que contiene azul y colorado. Este llega a ser un billete azul para el ojo iluminado.

Por fin citamos una observación señalada por Broca, probando hasta qué pun-

to la vista puede ser modificada por la fatiga ocasionada por la viva luz.

Al bajar neveras, y después de haber atravesado regiones cubiertas de nieve, este mismo observador relata que durante veinticuatro horas él ha visto luces verdes que todos los demás testigos veían blancas.

Estos cambios de coloración se observan, sobre todo, en los tonos muy diluidos de blanco, y siempre de la misma manera, como si el ojo iluminado agregara azul-verde a todos los colores que percibe.

De la pigmentación más o menos grande de las membranas del ojo, pretendemos también hacer resaltar algunas de las modificaciones en la percepción de los colores por los diferentes pintores.

Esas modificaciones se refieren, sobre todo, al color violeta.

Es así que los pintores de cabello rubio, cuya coroides es poco pigmentada, les percibirán de una manera diferente de la mayor parte de los pintores de la escuela italiana, cuya coroides es, en general, fuertemente pigmentada.

Estas observaciones tienen su interés en el estudio del sentido cromático del ojo humano.

Es necesario tenerlo en cuenta en la discusión del color azul del cielo.

No vayamos tan lejanos como Remy, quien afirmaba que el cielo no es azul celeste; tenemos diferentes razones para pensar como él que el fenómeno es, en parte, subjetivo.

Lo que pensamos poder afirmar es que el problema del color azul-celeste de cielo no pertenece solamente a la física, sino también a la fisiología.

E. FORTIN



Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjense de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158.—VALENCIA



¿Qué piensan los Jóvenes?

Aportaciones a una encuesta interrumpida que inició "El Sol"



La vida

Cuando la desesperación nos tiene sujetos por la nuez, ¿qué nos moverá a decir que la vida es bella? Se necesita tener una gran dosis de optimismo (optimismo-candidez) para afirmar a rajatabla la bondad de la vida. Pero ser optimista no es cambiar la postura de la vida, que para nada tiene en cuenta la opinión de los hombres. Podríamos ser optimistas—cándidos—a ultranza, creer a ciegas en la bondad de la vida, por lo que uno ha podido obtener de ella y sin embargo ésta seguiría siendo "perra" para los que quedaron al margen del gran banquete, por no tener uñas para procurarse un sitio. Total, cuestión de escrúpulos.

El que únicamente haya podido cosechar sinsabores, ¿cómo podrá creer en su bondad? Para ese la vida será una broma demasiado pesada que nos juega el Hacedor y una solemne locura la alegría de los otros. Si el árbol se conoce por el fruto, la vida se juzgará por lo que obtengamos de ella.

De todos los interrogantes de esta exploración psicológica, ninguno tan difícil de contestar para un joven como este de LA VIDA. Quien no ha vivido todavía difícilmente puede hablar de la vida, sin exponerse a decir alguna tontería. ¿Por intuición? Si nos fuese dado, en nuestra época, exponer todas nuestras intuiciones, probablemente se dirían cosas mucho más sabrosas que las que giran alrededor de la política asfixiante y ensordecedora. Pero, apesar de todo, aventurar una afirmación en este sentido es exponerse a contradecirse dos horas más tarde.

Considerar la vida como un goce, únicamente, es desconocer el valor de una lágrima.

Considerarla como un deber, es obligarse a lo que tal vez no esté sólo en nuestra mano su cumplimiento. La curva de *Peer Gyn* está más en consonancia con nuestra sensibilidad que la recta de *Brand*.

A ratos, estimulado por un verdadero afán de mayores posibilidades—y aun en los que una idea generadora había encarnado en mí—llegué a tomar la vida como un noble deporte, en el que los campeones se medían por su sensibilidad y no por su dureza. Pero los reiterados peligros del juego llegaron a convencerme de que tenía más carácter de tragedia que de diversión.

No creo en las misiones de la vida porque no gusto de limitar mis movimientos con el pepio de los dogmas. Por muy bello que éste sea, es mucho más bella la libertad de mis ritmos espirituales. Toda misión en la vida implica cierto entorpecimiento de las propias inclinaciones cuando éstas estallan a despecho de la trayectoria prefijada con desconocimiento absoluto de los gustos que durante el trayecto pudieran despertar...

La vida es un espectáculo varío, prolijo de mutaciones inesperadas, polifacéticas, en el que intervenimos simultáneamente de espectadores y de actores. Ambos, muñecos alternativos. El actor se mueve sujeto a la trama imponente que ha enredado el taumaturgo, que es un muñeco inspirado. El espectador, sujeto al espectáculo por su curiosidad, su destino depende a veces de un gesto extraño, pero es más libre en sus reacciones y puede eludir el fastidio con una simple desviación visual. Colocado a menudo al margen del acontecimiento, prevé mejor los peligros y las ventajas de ciertas mutaciones inminentes. Nuestra generación es un poco pirandelliana—sin saberlo—con la ventaja de que no bus-

camos autor por sentirnos autores nosotros mismos. Yo, por ejemplo, que soy un recreador de mí. Yo, soy hijo de mis propias obras. Mi destino, pues, me pertenece. A ese determinismo—de momento no acepto otro—de los propios actos, nuestros padres, llevados tal vez de un afán de irresponsabilidad o para disculpar sus propias flaquezas y vacilaciones, le llamaban fatalismo. La vida de ellos era el resultado, en parte, de su general sentir: una predisposición del estado de ánimo de su época; pero no aceptaban sus consecuencias. Para mí, en cambio, el no poder alcanzar la luna no será una fatalidad, será en todo caso una impotencia.

1929-1930

Vivimos en una época juvenil y creadora. Quienes vieron en nuestro tiempo un momento de fatiga y decadencia o sólo vieron con los ojos de su espíritu o sólo tuvieron en cuenta, soslayando síntomas, la fatiga y decadencia política, sin comprender al mismo tiempo ese movimiento consciente, *eugenista*, de una nueva *política*: el apoliticismo.

Por lo demás, nuestra época es una cosa demasiado movidiza para intentar definir su cristalización. Creo no obstante observar su más aguda caracterización: la Velocidad. Electricismo, mecanicismo, aeronavegación, dinamismo, televisión; fiebre, placer del vértigo, fases múltiples de ese aspecto único de nuestro tiempo: proyección de velocidades. Este es su mayor relieve. Y aquí lo chocante—nuestra época es una gran paradoja—yo prefiero el pedestrismo. Y como yo todos los verdaderamente jóvenes, los jóvenes de cuerpo y de espíritu. Ese afán de velocidad para no ir a ninguna parte, ese apogeo del automovilismo para transitar por las ciudades, ¿no será una de las razones en que basan sus teorías los heraldos agoreros de la fatiga y decadencia de nuestro tiempo?

... ..

Veinticuatro años. Mi universidad ha sido la calle y la cárcel. Donde quiera que me encuentre, allí planto mi aula. En la escuela no aprendí más que a silabear. Mi cultura, si puede llamarse

tal a lo que me ha enseñado la vida más que los libros, está adquirida a pulso; sólo los que no contamos con medios para permitirnos el *lujo* de una vasta cultura, sabemos lo que vale y representa un libro. En la fábrica, entre el ruido ensordecedor de las máquinas, de los telares y de la mansedumbre de mis compañeros de trabajo; en el taller, estafando latas o pintando y decorando salones que no guarecerían mi cuerpo; amasando la harina que habían de comerse los otros, jugando con el fuego que consumía mis carnes; entre el bullicio del público y los acordes de las orquestinas de los cafés donde me tocó en suerte hacer de camarero; abrasándome el alma y el cuerpo, dentro los bullidores de las calderas que media hora antes impulsaban todo un infierno mecánico; en la calle o en la cárcel, en las horas de tregua y en las horas agitadas, cuando la intolerancia político-gubernamental dejaba jirones de vidas en los calabozos y en las carreteras que hoy ya no se recuerda; donde quiera que me haya hallado, allí he ido forjando mi espíritu al evento de todos los azares. La enseñanza ha sido un poco dura; pero sólo así uno tiene la seguridad de estar bien preparado para vivir sus propios destinos.

He cultivado mi espíritu sin olvidarme del cuerpo. Tan absurdo considero ese despegue del cuerpo de nuestros padres, como ese desdén por las cosas del espíritu de muchos jóvenes de hoy, para quienes el deporte es el único objetivo de su vida. Juzgo tan importante la cultura física como la otra. La educación ideal será aquella que centre la personalidad del individuo en la naturaleza sin menoscabo de su integridad. Los deportes, como espectáculo, no me interesan; como actividad, los acepto todos. Son una buena disciplina para el cuerpo, aunque tal como hoy se practican son un peligro contumaz para la salud de muchos deportistas. Me inclino por el atletismo y someto mi cuerpo a su práctica. Pero mi ejercicio favorito es la Rítmica, por ser un ejercicio completo, en el que toman parte activa el cuerpo y el cerebro armonizados.

El amor, tal como lo entendían nuestros abuelos, evidentemente, está desacreditado. No es que el amor haya dejado

de existir, eso sería un disparate suponerlo; pero sí que ha cambiado de maneras. Se ha atemperado. Yo no entiendo el amor como lo entendían las generaciones pasadas y las que declinan. Hoy, concedemos menos importancia al amor que a la amistad. Tal vez haya un poco de temor en esa displicencia por el amor hasta el extremo de relegarlo a segundo término en nuestras relaciones. Sin llegar a penetrar su fondo intuimos que el amor es un abismo donde sucumben sin gloria muchas vidas. En la amistad, en cambio, conseguimos, con alegría, aquello que las generaciones anteriores no conseguían más que a medias con suspiros, lágrimas y tristuras. Por eso lo dejamos complacientes para aquellos espíritus enamorados de las languideces enfermizas y las tristezas de la deseada incomprendida. Una amistad inteligente y delicada vale más que un amor pasional vestido de crespones negros. Valga la herejía.

En nuestro amor de hoy hay más comprensión y menos tristezas. La amistad, hoy, puede llevarnos sin rubores hasta el tálamo, donde sacrificamos nuestras purezas, sin vergüenza, con alegría. Un

amor pasional conduce a menudo al crimen o al suicidio. Nuestros padres se mataban o languidecían por lo que no comprendían, lo que les hacía creer que aquello era lo más sublime de la vida. Cuando lo sublime precisamente hubiese consistido en no perder la cabeza por una mujer o por un hombre que deseaba lo mismo pero que no hallaban medio de armonizar sus deseos con la moral en uso, cuando tan fácil hubiese sido suprimir una moral que se complacía mortificando las almas, reprimiendo la atracción natural del sexo. Nosotros obtenemos, sin remordimiento, lo que ellos deseaban con vergüenza, lo que no les impedía ser hipócritas.

Esta concepción del amor actual nos llevará, indudablemente, a la abolición total del matrimonio, mucho más lógica que la concesión del divorcio. Si el matrimonio no es más que una carga sin utilidad, una carga de conveniencia, ¿por qué aceptarlo? El matrimonio, para nuestros padres, era la finalidad del amor. Para mí es una curiosa y antiquísima costumbre digna de figurar en un álbum de rarezas pasadas a la historia.

ADOLFO BALLANO BUENO



Un caso "sucedido"



Viajaba en un tranvía de circunvalación.

Para que el trayecto me resultase más corto y ameno, leía un ejemplar de *Estudios*, el número correspondiente al mes de febrero de 1930.

Su portada lleva por título "Salud y Belleza", reproducción muy linda por cierto.

Sin deseos de escuchar, íbame enterando de la conversación que sostenían cuatro señoras sentadas a mi lado.

—¡Hay que ver!—decía la que llevaba la voz cantante—. Esto no es frivolidad, esto es pornografía. ¡Y no le da vergüenza delante de todo el mundo; parece mentira que señoras con sombrero sean así; figuraos si la portada lleva esa indecencia, cómo será lo de dentro!

Levanté la vista, y dándome cuenta de sus miradas comprendí que la causante de tal conversación era yo. Miré la portada y no pude por menos que sonreír.

Un señor sentado frente a mí sonrióse, y mirándome con benevolencia, dijo:

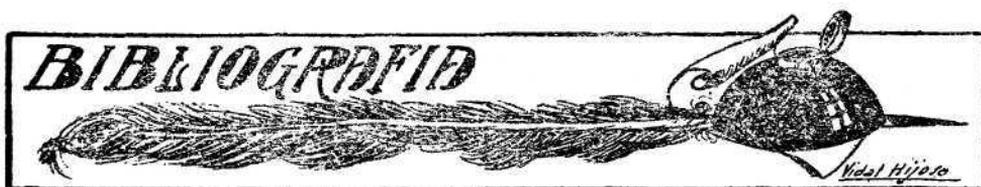
—De seguro que a esas señoras les agradaría ojear su libro y enterarse de lo que hay, pero no lo entenderían. ¿Qué quiere usted hacerles?

—¿Yo? Compadecerlas. La ignorancia no es más que digna de lástima.

Y seguí leyendo mis *ESTUDIOS* sin importarme el juicio que de mí pudiesen formar.

LEONOR VINERTA

(De *Fructidor*.)



En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.

"Como el caballo de Atila"

He aquí una novela de H. Noja que sugestióna nuestro ánimo y nos sujeta al encanto de su lectura. El bastardo vive y se desenvuelve en un ambiente propicio para pasar de bastardo a verdugo.

Quizá a muchos les parecerá recargado el cuadro de sus primeros años, pero todo el que haya respirado por algún tiempo el ambiente de estulticia y solapería de esos pueblos, que todavía están en época primitiva, no en cuanto a progreso solamente, sino en lo que a sentimientos humanos se refiere, encontrará bien dibujada la cazurrería y mala fe de esos lugares.

Víctima de tan deplorable infancia no es difícil pasar de bastardo a verdugo, y aquí se manifiesta la complejidad de la psicología humana; el rapaz que sólo recibió azotes y malas palabras, que odia la sociedad, que sólo atropellos y hambres representa para él, que acepta la plaza de verdugo como una cosa natural, debió cumplir su cometido con la despreocupación que debe de tener quien no recibió una sola prueba de amor de sus semejantes.

A pesar de esto el verdugo siente su primera ejecución como una pesadilla, que le acompañará hasta su último acto, que al privarle de la vida parece ser una satisfacción a las víctimas por él sacrificadas en nombre de la ley. Además, aspira a la consideración de esa misma colectividad que tan mal se portó con él y, finalmente, como suprema dicha y tragedia, quiere amar y ser amado.

No tachemos al autor de contradictorio en este punto; la realidad se impone y no es inventado este tipo de verdugo que fuera de sus funciones aspira a ser considerado como un ser inofensivo, y que es un admirable padre de

de familia. ¡Cuántos fuera de ese oficio no produjeron males sin cuento y reclaman las mismas o mayores consideraciones! Todos tenemos nuestra parte de culpa en este crimen colectivo y todos nos creemos con derecho a llamarnos justos y buenos, y todos reclamamos las consideraciones a que nos creemos acreedores.

Y ama y es correspondido, y una mujer se deja acariciar por aquellas manos que aprietan la manivela que pone fin a la vida de un semejante, y esto que hace correr un trágico escalofrío por nuestra médula, nos sume en hondas reflexiones y trascendentales consecuencias. Es necesario ser mujer y tener del amor un concepto muy superior al rutinario y utilitario que hoy impera, para comprender toda la tragedia de aquella fémina, que a fuerza de malos tratos y privaciones se siente feliz en los brazos del verdugo.

El verdugo goza del amor y de la paternidad, y si no le atormentaran las sombras de sus víctimas sería feliz cavando el huerto, acariciando a sus hijos, contándoles aquellos cuentos que parecen ser el deseo de una vida mejor; es feliz y en nada se diferencia de esos tunantes que gozan de una renta mal adquirida y sólo de vez en cuando sienten algún remordimiento por su procedencia; buen esposo y mejor padre, ama a los suyos con la misma intensidad que otro cualquiera y ama también a sus semejantes, que el amor es ley de vida y nadie se sustrae a él, por muy bajo y abyecto que sea su vivir.

Cualquiera pensará que hago la apología de tal personaje; nada más lejos de lo cierto; la repugnancia que tal persona me inspira es tal, que incluyo en ella a todo el que deliberadamente es partidario de esta pena, a todo el que

la considera como justo castigo, y a todo el que contribuye a sostenerla; pero es injusticia notoria cargar sobre el verdugo todos nuestros anatemas y quedarnos con ello completamente tranquilos, como si ya estuviéramos con eso libres de toda la parte de responsabilidad que a todos y a cada uno nos corresponde.

Y sobreviene la tragedia cuando el hijo, niño inteligente y comprensivo, sabe qué es lo del verdugo. En aquel fatídico ¡No me toques! está comprendido todo el asco que inspiran aquellas manos que sólo debieron servir para acariciar y prestar ayuda al semejante, manos odiosas, que hacen delirar al hijo, porque con su pureza representa lo único bueno y noble de la sociedad; manos manchadas con el estigma de lo más afrentoso que una sociedad puede conservar, la muerte a sangre fría de uno de sus semejantes. Y, sin embargo, las manos del verdugo representan las de todos los hombres, y ¡horror de horrores! las de muchas mujeres que se levantan pidiendo el cadalso cuando un crimen apasiona a las multitudes, y las de que en el cine aplauden la ejecución del *bandido*.

Pero las manos del verdugo, como "El caballo de Atila", son nefastas para todo lo que tocan; acariciando a una mujer engendraron su propia desventura, y el ¡No me toques! de su hijo determinó la muerte afrentosa del que a tantos hiciera morir de la misma manera.

Y yo quedé impresionada al terminar la lectura y deseé que los hombres empleasen sus manos en apoyo y ayuda del caído, y las mujeres en la caricia blanda del amor, y que desaparecieran como una mala pesadilla las manos contaminadas de sangre, violencia o injusticia.

ANTONIA MAYMON

* * *

La obra "Como el caballo de Atila", de nuestro compañero Higinio Noja Ruiz, que tan admirablemente comenta Antonia Maymón, acaba de ser proclamada y clasificada entre las mejores obras recomendables por la Asociación de "El Mejor Libro del Mes". El Jurado de dicha Asociación está formado por "Azorín", Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Díez-

Canedo, Sáinz Rodríguez, José María Salaverría y Ricardo Baeza; literatos de alto prestigio y de reconocida imparcialidad, que dan a sus fallos un valor indiscutible. Con tal motivo, el libro "Como el caballo de Atila" viene a ocupar el puesto preeminente entre las mejoras obras literarias, a que tiene justo derecho, y a nuestro amigo Higinio Noja se le hace objeto de reconocido y merecido prestigio como novelista, título que tiene bien ganado. Felicitamos sinceramente a Higinio Noja, congratulándonos por el justo galardón obtenido con su valiosa obra.—*N. de la R.*

MATERNIDAD Y CRIANZA, por el doctor G. Marañón.—La moral, la Sociedad y el Estado, nos mandan que tengamos hijos. Pero el hacer hijos no es una cuestión meramente cuantitativa, sino principalmente cualitativa. Para llenar las compañías de un regimiento basta con seres que anden con dos pies y que aprieten el gatillo a la voz de mando. Mas el hombre consciente y libre no es un soldado, sino un producto infinitamente delicado y noble para cuyo cultivo son pocos todos los esfuerzos de selección. Si nadie considerara el mejor zapatero al que hace más zapatos, sino al que los hace mejor; si mucho menos el mejor ganadero al que cría más ovejas, sino al que produce razas más escogidas, resultaría absurdo considerar como modelos de paternidad a quienes coloquen en el mundo un número mayor de hijos y no a los que se esfuerzan en formar hombres y mujeres, los más que se puedan, si, pero sobre todo sanos, inteligentes y buenos. La república de las abejas, que goza merecidamente de ser el modelo de organización más perfecto de cuantas agrupaciones de seres vivos nos ofrece la Naturaleza, nos da un ejemplo admirable de procreación reglamentada y previsor. La reina, en efecto, llevará su instinto maternal—si se me permite la expresión—a una postura ilimitada de huevos; pero las abejas encargadas de su cuidado no la dan más que una cantidad de alimento sabiamente calculado, para que el número de huevos, es decir, de hijos futuros, no exceda a las posibilidades nutritivas del medio. ¡Qué menos puede hacer el hombre que engendra sólo a los seres que se cuente con una

cierta probabilidad de poder alimentar! Pero es que aun para los ricos, si la prole es excesiva, aun sobre los medios materiales para rodearlos de institutrices y maestros y de todos los cuidados espirituales y materiales que se compran con abundante caudal, faltará indefectiblemente ese cuidado directo y prolongado de los progenitores y, sobre todo, de la madre, que es el verdadero crisol donde se forjan el cuerpo y el alma del ser futuro, y que no puede repartirse en número ilimitado de hijos.

Casi todas las novias españolas reciben, entre los regalos nupciales, un librito admirable: *La perfecta casada*, del maestro Fray Luis de León. Lo que ocurre es que casi ninguna lo lee, cosa fácil de comprobar en una encuesta elemental entre las señoras de nuestras relaciones. Tal vez se deba, como ellas nos dicen, al tono arcaico del lenguaje, que no pueden gustar quienes no poseen una cultura mínima de los textos clásicos. Tal vez influya mucho más el hecho de que casi toda la magistral obrita está dedicada a aconsejar a la mujer a que no se acicale, enoje ni afeite; y esta predicación suena definitivamente a hueco en los oídos de toda mujer moderna, sea honesta o descocada. Pero hay dos capítulos que son los más breves y que debieran leer todos los días las mujeres de España, el capítulo XI, que se ocupa *Del trato y apacible condición que deben tener la señoras con sus sirvientes y criados*, y el XVIII, que se titula *De como pertenece el oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido y de la obligación que tiene la que es madre de criar para sí a los hijos*. En este último capítulo dice Fray Luis: *Entiendan las mujeres que si no tienen buenos hijos, gran parte de ello es porque ellas no son enteramente madres. Porque no ha de pensar la casada que el ser madre es sólo engendrar y parir un hijo. Lo que sigue después del parto es del puro oficio de la madre, y esto es lo que puede hacer bueno al hijo y lo que de veras la obliga*.

Es, pues, preciso que cada mujer crie a sus hijos y además los eduque. La crianza directa, la de los propios pechos, es el ideal, porque—como dice Fray Luis—*el cuerpo tiernecito de un niño que salió como comenzado el vientre, la teta le acaba de hacer y formar*. Y esta formación

será la mejor que se haga con los humores maternos *La leche es sangre*—añade el maestro—*y el añadir sangre extraña al hijo es como hacerlo bastardo*. Las nociones biológicas recientes concuerdan bien con la aguda intuición de nuestro clásico. Y no es cosa de insistir aquí en el esfuerzo que los médicos tienen que hacer con las madres modernas para lograr que, estando sanas, amamanten a sus hijos, aunque sacrifiquen a ello su tiempo, que en nada emplearían mejor, y la gracia juvenil de los senos que, como augura un célebre anatómico, dentro de pocas generaciones no serán más que un recuerdo en la morfología femenina.

Pero aun aquellas mujeres que, con razón de salud o por excepcionales razones de orden social, no pueden ser las nodrizas de sus hijos, no por eso quedan eximidas del deber imperativo, meticoloso, largo y absorbente de todos los demás deberes, de dirigir personalmente la lactancia artificial a la antipática lactancia mercenaria cuando ésta está justificada con un criterio médico. Nunca habrá motivos suficientes para delegar este cuidado en nadie; y causa extrañeza el ver la blandura con que los moralistas juzgan esta deserción de un aspecto de la maternidad, tan importante como el aspecto concepcional; probablemente más importante desde un punto de vista eugénico. El aludir la concepción puede, repitámoslo, justificarse por la propia conveniencia de la maternidad; pero nada justificada abandonar el hijo ya nacido en otras manos que las de la madre, salvo contadas excepciones. Y menos mal cuando las manos mercenarias son las de esas mujeres, que todavía abundan en nuestras latitudes, llenas de empirismo a veces absurdo, pero fácil de encauzar útilmente, porque se basa en una experiencia entrañable y en un amor sincero a los niños; lo cual no ocurre, por lo común, en esas *nurses* llegadas de un país exótico, exentas de ternura y abarrotadas, en cambio, de certificados técnicos, de una pedantería pseudocientífica, cuyo único fundamento son, por lo visto, los acorazados de su Marina de guerra.

LA ESCUELA DE QUIMICA, por el profesor G. Ostwald.—Versión de la cuarta edición alemana por Emilio M. Mar-

tínez Amador. Un volumen de 550 páginas, de 20×13 centímetros, con 74 grabados. Barcelona, 1930. Gustavo Gilí, Editor; calle de Enrique Granados, 45.—En cartonado, pesetas 11.

Desde el punto de vista pedagógico esta obra puede calificarse de admirable. Y no se sabe si admirar más en ella su sólida estructura pedagógica o la facilidad y fluidez de su estilo.

En forma dialogada, y con la amenidad que caracteriza todas las obras del ilustre químico y pedagogo alemán, es inducido el alumno a descubrir por sí mismo las leyes fundamentales de la Química, al mismo tiempo que se le inculcan las principales propiedades de los cuerpos simples y de los compuestos más importantes.

LA ESCUELA DE QUIMICA, de *Ostwald*, es sin disputa el libro más indicado para quien, no pudiendo acudir a cursos regulares, desee iniciarse en los principios fundamentales de la Química moderna. Su lectura es tan agradable que despertará entre los jóvenes lectores más de una vocación hacia el estudio de esta ciencia.

La rapidez con que se han agotado en Alemania cuatro copiosas ediciones de la obra original, y las numerosas traducciones que de la misma se han publicado en diferentes países de Europa, dan clara idea de la utilidad que presta la obra maestra de Ostwald en la enseñanza de la Química.

Resulta indicadísima esta obra para ser utilizada como premio en las escuelas de grado medio, pues raro será el alumno a quien se entregue que no la lea con avidez y aprovechamiento singular.

HIGIENE BIOLÓGICA, por el doctor *Demetrio F. Salas*.—Para nadie es un secreto que con el progreso de la llamada ciencia médica y los adelantos de la farmacopea, la patología humana se acrecienta, siguiendo un paralelismo estrecho con ese adelanto y ese progreso. Dijérase que cuanto más abundan los médicos y los específicos, más formas insospechadas reviste la enfermedad, como si las causas que la originan obedecieran a una potencia misteriosa y consciente que tuviera el decidido propósito de burlar

todos los esfuerzos del hombre de ciencia tendentes a vencerla.

La medicina, que no previene el mal, lejos de curar ninguna dolencia, pues sólo logra cuando mucho detener su acción, engendra en cambio innumerables dolencias nuevas cada vez más terribles y desastrosas. Tales resultados, hartos visibles por cierto, demuestran cuán equivocada anda la ciencia oficial y lo oportuno y urgente que es ensayar procedimientos nuevos; pero el hombre es por esencia conservador y le asustan los cambios, sobre todo cuando éstos exigen esfuerzos reiterados, labor mental para salir fuera de los caminos trillados. De ahí que persistamos con suicida terquedad en el error.

Por fortuna no faltan hombres de claro sentido, de mentalidad poderosa, que haciendo de su profesión un sacerdocio, se esfuerzan en señalarnos el verdadero camino iluminándolo con vivísimo resplandor. A esta honrosa minoría pertenece el doctor Salas, autor de "Higiene Biológica", recientemente editado por la excelente Revista *Helios*, de Valencia.

El doctor Salas considera la célula como entidad representativa del organismo. Observa los fenómenos biológicos, la nutrición, la transmutación de la energía, y los muestra iguales en esencia al organismo total de que forma parte, diferenciándose sólo en lo que a la especificidad funcional se refiere. Esto sentado, considera biológicamente el organismo del hombre como "un transmutador de energías ambientes que las hace suyas para entregarlas otra vez al emporio universal transformadas en su propia substancia. La energía, pues, es específica a las necesidades y condiciones dispositivas del organismo. No hay diversas clases o formas de energía. Hay sólo la energía, que se hace presente en aspectos diversos, según el aparato de que haga uso para manifestarse. Así el hombre (todo ser vivo por lo demás) cuenta con acumuladores de esta energía que ha de transformar a tiempo y en conformidad a las necesidades orgánicas. Estos acumuladores son los diversos centros nerviosos. De modo que todos los fenómenos biológicos no son, en esencia, sino menor o mayor capacidad de reparto equitativo, digamos, de la energía a través

del sistema nervioso; de aquí que la patología, en su concepto esencial, es siempre patología nerviosa”.

Este párrafo, tomado del hermoso prólogo que el doctor Clares escribió para la obra de Salas, explica la idea fundamental que guía al autor de “Higiene Biológica”. Partiendo de esa base, el doctor Salas deduce que, no siendo la energía la que enferma, sino los aparatos de acumulación y transmisión de ésta, todo procedimiento curativo y preventivo ha de referirse, en esencia, al sistema nervioso.

Y aquí entra en juego el valor capital de la obra. Toda enfermedad responde a una intoxicación del organismo y no son las drogas las llamadas a curarla. Es la higiene en la alimentación, en la vivienda, en la vida en general. Y con una claridad y sencillez seductoras, con una suficiencia y una fuerza de persuasión admirables, el doctor Salas desarrolla su tesis indicando sabias normas para la conservación y aumento del preciado tesoro de la salud.

“Higiene Biológica” es un libro utilísimo, pleno de enseñanzas útiles y de recónditos encantos. Está escrito con tanta sencillez que cuanto dice se comprende sin esfuerzos y condensa tal número de lecciones breves, concisas y claras, que constituye un consultor indispensable para el naturista y para todo el que comprenda que la higiene es la salud y ésta la fuente de todo bien.

ROCINANTE VUELVE AL CAMINO, por John dos Pasos.—He aquí un libro bien escrito, que se lee con deleite, pero que no nos ha convencido.

John dos Pasos es un escritor norteamericano que hace una decena de años vino a España y un producto de sus observaciones es este libro cuya traducción nos ofrece la Editorial Cenit.

No se ve en sus páginas la España de pandereta que tantos escritores superficiales se empeñan en presentar en sus pintorescas producciones referentes a nuestro país; pero, francamente, la España que ha visto y descrito Dos Pasos, no la conocemos nosotros. Muy bien escrito el libro, sí, y con algunas observaciones certeras y ciertos rasgos de humor que revelan la valía del escritor;

mas la generalidad de los tipos de espafíoles que hace desfilan por él o los ha soñado el autor, o... se han divertido tomándole el pelo.

De todos modos, y a pesar de sus defectos, este libro es uno de los más ponderados que hemos leído de cuanto se escribe referente a España por autores de allende las fronteras que vienen a *descubrirnos* con los ojos vendados y la mente llena de prejuicios.

SANGRE DE CLAVELES, *poesías,* por Federico de Mendizábal.—Hemos pasado un rato delicioso leyendo las composiciones que forman este volumen.

En la poesía de Mendizábal vibra todo el ambiente, toda el alma de Andalucía. Musicalidad, ritmo, ternura, pasión, achaques, belleza, fuerza emotiva, sentimentalidad. De todo esto hay un verdadero derroche en esta obra.

“Serenata andaluza”, “Campanerías”, “Er colorín”, “Hogareña”, por no citar todas las composiciones que integran el libro, son algo bien logrado, de un encanto supremo, de un colorido admirable, de una delicadeza exquisita. Un buen libro, en una palabra, escrito con amor y con verdadero sentido de la poesía.

EL UNICO CAMINO, por E. Martínez Novella.—Martínez Novella ha realizado en esta obrita algo de un mérito señalado y de un valor positivo. Se ve que ha reflexionado hondamente acerca del complejo problema de la redención humana, y como fruto bien logrado de esas reflexiones nos ofrece este bello libro escrito con sencillez, claridad y concisión.

Para Martínez-Novella, el único camino a seguir para alcanzar la felicidad del hombre, es el de la educación racional. Únicamente la educación nos hará libres, justos y humanos. Las instituciones sociales, las imperfecciones, los dolores, las injusticias sociales, tienen su origen y su raigambre en la incultura y en la educación defectuosa o nula, y no desaparecerán mientras no seamos racionalmente educados y alcancemos el necesario nivel de cultura.

Esto dice, en síntesis, Martínez-Novella. Y lo dice de una manera admirable. A la fuerza del razonamiento, a la sólida argumentación, se une la tersura del es-

tilo, la sencillez de expresión, que lejos de excluir la belleza, la aumenta notablemente.

"El único camino" es una obra valiosa que debe adquirir y estudiar todo

el que desee luchar con eficacia contra el mal imperante y preparar el advenimiento de una era de fraternidad humana.

H. N.

Canto al libro

¡¡Despertad!!!

I

Sacudieron mis nervios un trueno trepidante; mis ojos se nublaron a la luz penetrante, que hendiendo las tinieblas al mundo iluminó.

El trueno fué el rugido del negro firmamento que herido por el rayo del hondo pensamiento me anunciaban al genio que a mí se presentó.

De sexo indefinible; su mágica figura la cubría con peplo, fantástico de alburra, y en su frente iba impresa la palabra... ¡saber! ¡Sígueme, dijo el genio; monta en mi alado carrero!
¡Olvídate un instante que procedes del barro!
¡Ten la mirada atenta, que has de empezar a ver!

II

Tiraban de aquel carro de cambiantes colores dos potros ideales, dos potros voladores, que su vuelo emprendieron al Oriente inmortal.

Allí vieron mis ojos, en inmensos parajes, los pueblos primitivos de las razas salvajes, do imperaba la fuerza como ley natural.

Vi pueblos, sometidos al trabajo y la muerte, construir monumentos y riquezas al fuerte. Vi en Egipto pirámides de altura colosal.

Vi en la Arabia grandezas en cerámica fina. Vi el pensil babilónico. Vi murallas en China. Vi en el Asia riquezas junto a un sueño letal.

III

Dejando la opulencia y el letargo de Oriente voló el carro de nácar con rumbo hacia Occidente, y entramos en Grecia, que es templo del saber.

Allí se enaltecían las Artes y las Ciencias; los filósofos, graves, despertaban conciencias enseñando las leyes del Amor y el Deber.

Allí vi las plazas públicas servir de magisterios, Allí vi a un hombre magno partir tras un imperio y en Penélope vi la constancia en Amor. [río,

Vi a la hermosa Friné lucir sus desnudeces, perfectas y galanas, delante de unos jueces, y el culto a la belleza le absolvió aquella flor.

IV

Toma el carro otro rumbo; circo impotente veo, do se matan los hombres por servir de recreo a las turbas de un pueblo guerrero y criminal.

Los Patricios son Césares por la fuerza del oro; las mujeres impúdicas; los jueces sin decoro; es un pueblo sin freno, decadente e inmoral.

V

De allí partimos raudos sin fijo itinerario; de pronto vi unas turbas subir por el calvario

mofándose de un hombre que cargaba una Cruz. Pensando que su vida salvaba a los humanos, dispuesto al sacrificio, se entregó a sus tiranos y en la cima del monte clavaron a Jesús.

VI

Partimos de aquel monte dejando a la crueldad recrearse en su crimen de lesa humanidad. Dejemos aquel monte, que es signo de baldón, y vimos allá lejos un piélago gigante y en él tres carabelas marchando siempre avante, guiadas con audacia por Cristóbal Colón.

VII

Vi al viejo Gutenberg inventando la imprenta. ¡Roma, la de otros tiempos decadente y violenta, fué la madre que al Arte le hiciera renacer!

Vi máquinas surcando los mares y la tierra. Vi el libro a la ignorancia declarar la guerra, formidable y tenaz hasta hundir su poder.

VIII

Volando sin cesar descubrí una llanura y en ella un caballero, con su vieja armadura, cabalgando un rocín y en el brazo un lanzón.

Su yelmo parecía vacía de barbero, y es triste su figura de hidalgo caballero, ciñendo airoso al cinto su terrible espadón.

Al lado del hidalgo vi montado en un rucio a un escudero zafio, algo rechoncho y sucio, que en plática constante va soltando el refrán.

Confunde el caballero borregos por guerreros; confunde a unos molinos por gigantes armeros y ataca lanza en ristre con indómito afán.

IX

De golpe suena un trueno que aturde los sentidos; despierto bruscamente; han desaparecido [tidos; los encantos del sueño. ¡Me encuentro en la [prisión!

A mis pies yace un libro que leí hasta la [hartura; lo leí hasta rendirme; me llenó de ventura ese libro tan viejo que engendró esta visión.

El genio fué la Diosa de la Sabiduría; el carro volador la loca Fantasia que vuela contra toda la ley de gravedad.

Aquel libro tan viejo, sin principio y sin [nombres, me hablaba de la Tierra, me hablaba de los [Hombres y en sus páginas bellas hallé a la Humanidad.

SEREIO SEVILLANO

SELECCIÓN LITERARIA

La Novela Mensual de ESTUDIOS

Nada menos que todo un hombre

NOVELA INÉDITA

Por Miguel de Unamuno

(Con especial autorización de su autor)

(Conclusión)

—¡Pero, don Alejandro, usted se está burlando de nosotros!—exclamó uno de los padrinos.

—¡Nada de eso! Ustedes son de un mundo y yo de otro. Ustedes vienen de padres ilustres de familias linajudas... Yo, se puede decir que no he tenido padres ni tengo otra familia que la que yo me he hecho. Yo vengo de la nada, y no quiero entender esas andróminas del Código del honor. ¡Conque ya lo saben ustedes!

Levantáronse los padrinos, y uno de ellos, poniéndose muy solemne, con cierta energía, mas no sin respeto—que al cabo se trataba de un poderoso millonario y hombre de misteriosa procedencia—, exclamó:

—Entonces, señor don Alejandro Gómez, permítame que se lo diga...

—Diga usted todo lo que quiera, pero midiendo sus palabras, que ahí tengo a la mano otra botella.

—¡Entonces—y levantó más la voz—, señor don Alejandro Gómez, usted no es un caballero!

—¡Y claro que no lo soy, hombre, claro que no lo soy! ¿Caballero yo? ¿Cuándo? ¿De dónde? Yo me crié burrero y no caballero, hombre. Y ni en burro siquiera solía ir a llevar la merienda al que decían que era mi padre, sino a pie, a pie y andando. ¡Claro que no soy un caballero! ¿Caballerías? ¿Caballerías a mí? ¿A mí? Vamos... vamos...

—Vámonos, sí—dijo un padrino al otro—, que aquí no hacemos ya nada. Usted, señor don Alejandro sufrirá, las consecuencias de esta su incalificable conducta.

—Entendido, y a ellas me atengo. Y en cuanto a ese..., a ese caballero de lengua desenfrenada a quien descalabré la cabeza, díganle, se lo repito, que me pase la cuenta del médico, y que tenga en adelante cuenta con lo que dice. Y ustedes, si alguna vez—que todo pudiera ser—necesitaran algo de este descalificado, de este millonario salvaje, sin sentido del honor caballeresco, pueden acudir a mí, que les serviré, como he servido y sirvo a otros caballeros.

—¡Esto no se puede tolerar; vámonos!—exclamó uno de los padrinos.

Y se fueron.

* * *

Aquella noche contaba Alejandro a su mujer la escena de la entrevista con los padrinos, después de haberle contado lo del botellazo, y se regodeaba en el relato de su hazaña. Ella le oía despavorida.

—¿Caballero yo? ¿Yo caballero?—exclamaba él—. ¿Yo? ¿Alejandro Gómez? ¡Nunca! ¡Yo no soy más que un hombre, pero todo un hombre, nada menos que todo un hombre!

—¿Y yo?—dijo ella, por decir algo.

—¿Tú? ¡Toda una mujer! Y una mujer que lee novelas. ¡Y él, el condesito ese del ajedrez, un nadie, nada más que un nadie! ¿Por qué te he de privar el que te diviertas con él como te divertirías con un perro faldero? Porque compres un perrito de esos de lanas, o un galfo de

Angora, o un tifi, y le acaricies, y hasta le besuquees, ¿voy a coger el perrito, o el michino, o el tifi, y voy a echarlos por el balcón a la calle? ¡Pues estaría bueno! Mayormente, que podían caerle encima a uno que pasase. Pues lo mismo es el condesito ese, otro gozquecillo, o michino, o tifi. ¡Diviértete con él cuanto te plazca!

—Pero, Alejandro, tienen razón en lo que dicen... Tienes que negarle la entrada a ese hombre...

—¿Hombre?

—Bueno. Tienes que negarle la entrada al conde de Bordaviella.

—¡Niégasela tú! Cuando no se la niegas, es que maldito lo que ha conseguido ganar tu corazón. Porque si hubieras llegado a empezar a interesarte por él, ya le habrías despachado para defenderte del peligro.

—¿Y si estuviese interesada?...

—¡Bueno, bueno...! ¡Ya salió aquello! ¡Ya salió lo de querer darme celos! ¿A mí? ¿Pero cuándo te convencerás, mujer, de que yo no soy como los demás?

* * *

Cada vez comprendía menos Julia a su marido; pero cada vez se encontraba más subyugada a él y más ansiosa de asegurarse de si le quería o no. Alejandro, por su parte, aunque seguro de la fidelidad de su mujer, o mejor, de que a él, a Alejandro—¡nada menos que todo un hombre!—, no podía faltarle su mujer—¡la suya!—, diciéndose: "A esta pobre mujer le está trastornando la vida de la corte y la lectura de novelas", decidió llevarla al campo. Y se fueron a una de sus dehesas.

—Una temporadita de campo te vendrá muy bien—le dijo—. Eso templará los nervios. Por supuesto, si es que piensas aburrirte sin tu michino, puedes invitarle al condezuero ese a que nos acompañe. Porque ya sabes que yo no tengo celos, y estoy seguro de tí, de mi mujer.

Allí, en el campo, las cavilaciones de la pobre Julia se exacerbaban. Aburríase grandemente. Su marido no la dejaba leer.

—Te he traído para eso, para apartarte de los libros y cortar de raíz tu neurastenia, antes de que se vuelva cosa peor...

—¿Mi neurastenia?

—¡Pues claro! Todo lo tuyo no es más que eso. La culpa de todo ello la tienen los libros.

—¡Pues no volveré a leer más!

—No, yo no exijo tanto... Yo no te exijo nada. ¿Soy acaso algún tirano yo? ¿Te he exigido nunca nada?

—No. ¡Ni siquiera exiges que te quiera!

—¡Naturalmente; como que eso no se puede exigir! Y además, como sé que me quieres y no puedes querer a otro... Después de haberme conocido y de saber, gracias a mí, lo que es un hombre, no puedes ya querer a otro, aunque te lo propusieras. Te lo aseguro yo... Pero no hablemos de cosas de libros. Ya te he dicho que no me gustan novelarías. Esas son bobadas para hablar con condesitos al tomar el té.

Vino a aumentar la congoja de la pobre Julia el que llegó a descubrir que su marido andaba en torpes enredos con una criada zafía y nada bonita. Y una noche, después de cenar, encontrándose los dos solos, la mujer dijo de pronto:

—No creas, Alejandro, que no me he percatado del lío que traes con la Simona...

—Ni yo lo he ocultado mucho. Pero eso no tiene importancia. Siempre gallina, amarga la cocina.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres demasiado hermosa para diario.

La mujer tembló. Era la primera vez que su marido la llamaba así, a boca llena: hermosa. Pero ¿la querría de veras?

—¡Pero con ese pingo...!—dijo Julia, por decir algo.

—Por lo mismo. Hasta su mismo desaseo me hace gracia. No olvides que yo casi me crié en un estercolero, y tengo algo de lo que un amigo mío llama la voluptuosidad del pringue. Y ahora, después de este entremés rústico, apreciaré mejor tu hermosura, tu elegancia y tu pulcritud.

—No sé si me estás adulando o insultando.

—¡Bueno! ¡La neurastenia! ¡Y yo que te creía en camino de curación...!

—Por supuesto, vosotros, los hombres, podéis hacer lo que se os antoje, y faltarnos...

—¿Quién te ha faltado?

—¡Tú!

—¿A eso llamas faltarte? ¡Bah, bah! ¡Los libros, los libros! Ni a mí se me da un pitoche de la Simona, ni...

—¡Claro! ¡Ella es para ti como una perrita, o una gatita, o una mona!

—¡Una mona, exacto; nada más que una mona! Es a lo que más se parece. ¡Tú lo has dicho: una mona! ¿Pero he dejado por eso de ser tu marido?

—Querrás decir que no he dejado yo por eso de ser tu mujer...

—Veo, Julia, que vas tomando talento...

—¡Claro; todo se pega!

—¿Pero de mí, por supuesto, y no del michino?

—¡Claro que de ti!

—Pues bueno; no creo que este incidente rústico te ponga celosa... ¿Celos tú? ¿Tú? ¿Mi mujer? ¿Y de esa mona? Y en cuanto a ella, ¡la doto, y encantada!

—Claro; en teniendo dinero...

—Y con esa dote se casa volando, y le aporta ya al marido, con la dote, un hijo. Y si el hijo sale a su padre, que es nada menos que todo un hombre, pues el novio sale con doble ganancia.

—¡Calla, calla, calla!

La pobre Julia se echó a llorar.

—Yo creí—concluyó Alejandro—que el campo te había curado la neurastenia. ¡Cuidado con empeorar!

A los dos días de esto volvíanse a la corte.

* * *

Y Julia volvió a sus congojas, y el conde de Bordaviella a sus visitas, aunque con más cautela. Y ya fué ella, Julia, la que, exasperada, empezó a prestar oídos a las venenosas insinuaciones del amigo; pero sobre todo a hacer ostentación de la amistad ante su marido, que alguna vez se limitaba a decir: "Habrás que volver al campo y someterte a tratamiento."

Un día, en el colmo de la exasperación, asaltó Julia a su marido, diciéndole:

—¡Tú no eres un hombre, Alejandro. no; no eres un hombre!

—¿Quién, yo? ¿Y por qué?

—¡No, no eres un hombre; no lo eres!

—Explícate.

—Ya sé que no me quieres, que no te importa de mí nada, que no soy para ti ni la madre de tu hijo; que no te casaste conmigo nada más que por vanidad, por jactancia, por exhibirme, por envanecerte con mi hermosura, por...

—¡Bueno, bueno; esas son novelorías! ¿Por qué no soy hombre?

—Ya sé que no me quieres...

—Ya te he dicho cien veces que eso de querer y no querer, y amor y todas esas andrómicas, son conversaciones de té condal o danzante.

—Ya sé que no me quieres...

—Bueno; ¿y qué más...?

—Pero eso de que consientas que el conde, el michino, como tú le llamas, entre aquí a todas horas...

—¡Quién lo consiente eres tú!

—¿Pues no he de consentirlo, si es mi amante? Ya lo has oído, ¡mi amante! ¡El michino es mi amante!

Alejandro permaneció impasible mirando a su mujer. Y ésta, que esperaba un estallido del hombre, exaltándose aun más, gritó:

—¿Y qué? ¿No me matas ahora, como a la otra?

—Ni es verdad que maté a la otra, ni es verdad que el michino sea tu amante. Estás mintiendo para provocarme. Quieres convertirme en un Otelo. Y mi casa no es teatro. Y si sigues así, va a acabar todo ello en volverte loca y en que tengamos que encerrarte.

—¿Loca? ¿Loca yo?

—¡De remate! ¡Llegarse a creer que tiene un amante! ¡Es decir, querer hacérmelo creer! ¡Como si mi mujer pudiese faltarme a mí! ¡A mí! Alejandro Gómez no es ningún michino; ¡es nada menos que todo un hombre! Y no, no conseguirás lo que buscas, no conseguirás que yo te regale los oídos con palabras de novelas y de tés danzantes o condales. Mi casa no es un teatro.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!—gritó ya Julia fuera de sí—. ¡Cobarde!

—Aquí va a haber que tomar medidas—dijo el marido.

Y se fué.

*
*
*

A los dos días de esta escena, y después de haberla tenido encerrada a su mujer durante ellos, Alejandro la llamó a su despacho. La pobre Julia iba aterrada. En el despacho la esperaban, con su marido, el conde de Bordaviella y otros dos señores.

—Mira, Julia—le dijo con terrible calma su marido—. Estos dos señores son dos médicos alienistas, que vienen, a petición mía, a informar sobre tu estado para que podamos ponerte en cura. Tú no estás bien de la cabeza, y en tus ratos lúcidos debes comprenderlo así.

—¿Y qué haces tú aquí, Juan?—preguntó Julia al conde, sin hacer caso a su marido.

—¿Lo ven ustedes?—dijo éste dirigiéndose a los médicos—. Persiste en su alucinación; se empeña en que este señor es...

—Sí, es mi amante!—Le interrumpió ella—. Y si no, que lo diga él.

El conde miraba al suelo.

—Ya ve usted, señor conde—dijo Alejandro al de Bordaviella—cómo persiste en su locura. Porque usted no ha tenido, no ha podido tener ningún género de esas relaciones con mi mujer...

—¡Claro que no!—exclamó el conde.

—¿Lo ven ustedes?—añadió Alejandro volviéndose a los médicos.

—Pero, cómo—gritó Julia—, ¿te atreves tú, tú, Juan, tú, mi michino, a negar que he sido tuya?

El conde temblaba bajo la mirada fría de Alejandro, y dijo:

—Repórtese, señora, y vuelva en sí. Usted sabe que nada de eso es verdad. Usted sabe que si yo frecuentaba esta casa era como amigo de ella, tanto de su marido como de usted misma, señora, y que yo, un conde de Bordaviella, jamás afrentaría así a un amigo como...

—Como yo—le interrumpió Alejandro—. ¿A mí? ¿A mí? ¿A Alejandro Gómez? Ningún conde puede afrentarme, ni puede mi mujer faltarme. Ya ven ustedes, señores, que la pobre está loca...

—¿Pero también tú, Juan? ¿También tú, michino?—gritó ella—. ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! Mi marido te ha amenazado, y por miedo, por miedo, cobarde, cobarde, cobarde, no te atreves a decir la verdad y te prestas a esta farsa infame para declararme loca! ¡Cobarde, cobarde, villano! Y tú también, como mi marido...

—¿Lo ven ustedes, señores?—dijo Alejandro a los médicos.

La pobre Julia sufrió un ataque y quedó como deshecha.

—Bueno; ahora, señor mío—dijo Alejandro, dirigiéndose al conde—, nosotros nos vamos,

y dejemos que estos dos señores facultativos, a solas con mi pobre mujer, completen su reconocimiento.

El conde le siguió. Y ya fuera de la estancia, le dijo Alejandro:

—Conque ya lo sabe usted, señor conde: o mi mujer resulta loca, o les levanto a usted y a ella las tapas de los sesos. Usted escogerá.

—Lo que tengo que hacer es pagarle lo que le debo, para no tener más cuentas con usted.

—No; lo que debe hacer es guardar la lengua. Conque quedamos en que mi mujer está loca de remate, y usted es un tonto de capirote. ¡Y ojo con ésta!—y le enseñó una pistola.

Cuando algo después, salían los médicos del despacho de Alejandro, decíanse:

—Esta es una tremenda tragedia. ¿Y qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer sino declararla loca? Porque, de otro modo, ese hombre la mata a ella y le mata a ese desdichado conde.

—Pero ¿y la conciencia profesional?

—La conciencia consiste aquí en evitar un crimen mayor.

—¿No sería mejor declararle loco a él, a don Alejandro?

—No, él no es loco: es otra cosa.

—Nada menos que todo un hombre, como dice él.

—¡Pobre mujer! ¡Daba pena oír! Lo que yo me temo es que acabe por volverse de veras loca.

—Pues con declararla tal, acaso la salvemos. Por lo menos, se la apartaría de esta casa.

Y, en efecto, la declararon loca. Y con esa declaración fué encerrada por su marido en un manicomio.

*

**

Toda una noche espesa, tenebrosa y fría, sin estrellas, cayó sobre el alma de la pobre Julia al verse encerrada en el manicomio. El único consuelo que le dejaban es el de que le llevaran casi a diario a su hijito para que lo viera. Tomábalo en brazos y le bañaba la carita con sus lágrimas. Y el pobrecito niño lloraba, sin saber por qué.

—¡Ay, hijo mío, hijo mío!—le decía—. ¡Si pudiese sacarte toda la sangre de tu padre!... ¡Porque es tu padre!

Y a solas se decía la pobre mujer, sintiéndose al borde de la locura: "¿Pero no acabaré por volverme de veras loca en esta casa, y creer que no fué sino sueño y alucinación lo de mi trato con ese infame conde? ¡Cobarde, sí; cobarde, villano! ¡Abandonarme así! ¡Dejar que me encerraran aquí! ¡El michino, sí, el michino! Tiene razón mi marido. Y él, Alejandro, ¿por qué no nos mató? ¡Ah, no! ¡Esta es más terrible venganza! ¡Matarle a ese villano michino...! No; humillarle hacerle mentir y abandonarme. ¡Temblaba ante mi marido, sí, temblaba ante él! ¡Ah, es que mi marido es un hombre! ¿Y por qué no me mató? ¡Otelos me habría matado! Pero Alejandro no es Otelos, no es tan bruto como Otelos. Otelos era un moro impetuoso, pero poco inteligente. Y Alejandro... Alejandro tiene una poderosa inteligencia al servicio de su infernal soberbia plebeya. No, ese hombre no necesitó matar a su primera mujer; la hizo morir. Se murió ella de miedo ante él. ¿Y a mí me quiere?"

Y allí, en el manicomio, dió otra vez en trillar su corazón y su mente con el triturador dilema: "¿Me quiere o no me quiere?" Y se decía luego: "¡Yo sí que le quiero! ¡Y ciegame!"

Y por temor a enloquecer de veras, se fingió curada, asegurando que habían sido alucinaciones lo de su trato con el de Bordaviella. Avisáronselo al marido.

Un día llamaron a Julia adonde su marido la esperaba, en un locutorio. Entró en él, y se arrojó a sus pies sollozando:

—¡Perdóname, Alejandro, perdóname!

—Levántate, mujer—y la levantó.

—¡Perdóname!

—¿Perdonarte? ¿Pero de qué? Si me habían dicho que estabas ya curada..., que se te habían quitado las alucinaciones...

Julia miró a la mirada fría y penetrante de su marido con terror. Con terror y con un loco cariño. Era un amor ciego, fundido con un terror no menos ciego.

—Sí, tienes razón, Alejandro, tienes razón; he estado loca, loca de remate. Y por darte celos, nada más que por darte celos, inventé aquellas cosas. Todo fué mentira. ¿Cómo iba a faltarte yo? ¿Yo? ¿A ti? ¿A ti? ¿Me crees ahora?

—Una vez, Julia—le dijo con voz de hielo su marido—, me preguntaste si era o no verdad que yo maté a mi primera mujer, y, por contestación, te pregunté yo a mi vez que si podías creerlo. ¿Y qué me dijiste?

—¡Que no, que no lo creía, que no podía creerlo!

—Pues ahora yo te digo que no creí nunca, que no pude creer que tú te hubieses entregado al michino ese. ¿Te basta?

Julia temblaba, sintiéndose al borde de la locura; de la locura de terror y de amor fundidos.

—¿Y ahora—añadió la pobre mujer, abrazando a su marido y hablándole al oído—, ahora, Alejandro, dime, me quieres?

Y entonces vió en Alejandro, su pobre mujer, por vez primera, algo que nunca antes en él viera; le descubrió un fondo del alma terrible y hermética que el hombre de la fortuna guardaba celosamente sellado. Fué como si un relámpago de luz tempestuosa alumbrase por un momento el lago negro, tenebroso, de aquella alma, haciendo relucir su sobrehaz. Y fué que vió asomar dos lágrimas en los ojos fríos y cortantes como navajas de aquel hombre. Y estalló:

—¡Pues no he de quererte, hija mía, pues no he de quererte! ¡Con toda el alma, y con toda la sangre, y con todas las entrañas; más que a mí mismo! Al principio, cuando nos casamos, no. ¿Pero ahora? ¡Ahora sí! Ciegamente, locamente. Soy yo tuyo más que tú mía.

Y besándola con furia animal, febril, encendido, como loco, balbuceaba: "¡Julia! ¡Julia! ¡Mi diosa! ¡Mi todo!"

Ella creyó volverse loca al ver desnuda el alma de su marido.

—Ahora quisiera morirme, Alejandro—le murmuró al oído, reclinando la cabeza sobre su hombro.

A estas palabras, el hombre pareció despertar y volver en sí como de un sueño; y como si se hubiese tragado con los ojos, ahora otra vez fríos y cortantes, aquellas dos lágrimas, dijo:

—Esto no ha pasado, ¿eh, Julia? Ya lo sabes, pero yo no he dicho lo que he dicho... ¡Olvidalo!

—¿Olvidarlo?

—¡Bueno; guárdatelo, y como si no lo hubieses oído!

—Lo callaré...

—¡Cállatelo a ti misma!

—Me lo callaré; pero...

—¡Basta!

—¡Pero, por Dios, Alejandro, déjame un momento, un momento siquiera... ¿Me quieres por mí, por mí, y aunque fuese de otro, o por ser yo cosa tuya?

—Ya te he dicho que lo debes olvidar. Y no me insistas, porque si insistes, te dejo aquí. He venido a sacarte esto; pero has de salir curada.

—¡Y curada estoy!—afirmó la mujer con brío.

Y Alejandro se llevó su mujer a su casa.

Pocos días después de haber vuelto Julia del manicomio, recibía el conde de Bordaviella, no una invitación, sino un mandato de Alejandro para ir a comer a su casa.

—Como ya sabrá usted, señor conde—le decía en una carta—, mi mujer ha salido del manicomio completamente curada; y como la pobre, en la época triste de su delirio, le ofendió a usted gravemente, aunque sin intención ofensiva, suponiéndole capaz de infamias de que es usted, un perfecto caballero, absolutamente incapaz, le ruego, por mi conducto, que venga pasado mañana, jueves, a acompañarnos a comer, para darle las satisfacciones que a un caballero, como usted, se le deben. Mi mujer se lo ruega y yo se lo ordeno. Porque si usted no viene ese día a recibir esas satisfacciones y explicaciones, sufrirá las consecuencias de ello. Y usted sabe bien de lo que es capaz, *Alejandro Gómez*.

El conde de Bordaviella llegó a la cita pálido, tembloroso y desencajado. La comida transcurrió en la más lóbrega de las conversaciones. Se habló de todas las mayores frivolidades—los criados delante—, entre las bromas más espesas y feroces de Alejandro. Julia le acompañaba. Después de los postres, Alejandro, dirigiéndose al criado, le dijo: “Trae el té”.

—¿Té?—se le escapó al conde.

—Sí, señor conde—le dijo el señor de la casa—. Y no es que me duelan las tripas, no; es para estar más a tono. El té va muy bien con las satisfacciones entre caballeros.

Y volviéndose al criado: “¡Retírate!”

Quedáronse los tres solos. El conde temblaba. No se atrevía a probar el té.

—Sírvenme a mí primero, Julia—dijo el marido—. Y yo lo tomaré antes para que vea usted, señor conde, que en mi casa se puede tomar todo con confianza.

—Pero si yo...

—No, señor conde; aunque yo no sea un caballero, ni mucho menos, no he llegado aún a eso. Y ahora mi mujer quiere darle a usted unas explicaciones.

Alejandro miró a Julia. Y ésta, lentamente, con voz fantasmática, empezó a hablar. Estaba espléndidamente hermosa. Los ojos le relucían con un brillo como de relámpago. Sus palabras fluían frías y lentas, pero se adivinaba que por debajo de ellas ardía un fuego consumidor.

—He hecho que mi marido le llame, señor conde—dijo Julia—, porque tengo que darle una satisfacción por haberle ofendido gravemente.

—¿A mí, Julia?

—¡No me llame usted Julia! Sí, a usted. Cuando me puse loca, loca de amor por mi marido, buscando a toda costa asegurarme de si me quería o no, quise tomarle a usted de instrumento para excitar sus celos, y en mi locura llegué a acusarle a usted de haberme seducido. Y esto fué un embuste, y habría sido una infamia de mi parte si yo no hubiese estado como estaba loca. ¿No es así, señor conde?

—Sí, así es, doña Julia...

—Señora de Gómez—corrigió Alejandro.

—Lo que le atribuí a usted, cuando le llamábamos mi marido y yo el michino..., ¡perdónenoslo usted!

—¡Por perdonado!

—Lo que le atribuí entonces fué una acción villana e infame, indigna de un caballero como usted...

—¡Muy bien—agregó Alejandro—, muy bien! Acción villana e infame, indigna de un caballero; ¡muy bien!

—Y aunque, como le repito, se me puede y debe excusar en atención a mi estado de entonces, yo quiero, sin embargo, que usted me perdone. ¿Me perdona?

—Sí, sí; le perdono a usted todo; les perdono a ustedes todo—suspiró el conde más muerto que vivo, y ansioso de escapar cuanto antes de aquella casa.

—¿A ustedes?—le interrumpió Alejandro—. A mí no me tiene usted nada que perdonar.

—¡Es verdad..., es verdad!

—Vamos, cálmese—continuó el marido—, que le veo a usted agitado. Tome otra taza de té. Vamos, Julia, sírvale otra taza al señor conde. ¿Quiere usted tlla en ella?

—No..., no...

—Pues bueno, ya que mi mujer le dijo lo que tenía que decirle, y usted la ha perdonado su locura, a mí no me queda sino rogarle que siga usted honrando nuestra casa con sus visitas. Después de lo pasado, usted comprenderá que sería de muy mal efecto que interrumpiéramos nuestras relaciones. Y ahora que mi mujer está ya, gracias a mí, completamente curada, no corre usted ya peligro alguno con venir acá. Y en prueba de mi confianza en la total curación de mi mujer, ahí les dejo a ustedes dos solos, por si ella quiere decirle algo que no se atreve a decírselo delante mío, o que yo, por delicadeza, no deba oír.

Y se salió Alejandro, dejándolos cara a cara y a cuál de los dos más sorprendidos de aquella conducta. "¡Qué hombre!", pensaba él, el conde; y Julia: "¡Este es un hombre!"

Siguióse un abrumador silencio. Julia y el conde no se atrevían a mirarse. El de Bordaviella miraba a la puerta por donde saliera el marido.

—No—le dijo Julia—, no mire usted así; no conoce usted a mi marido, a Alejandro. No está detrás de la puerta espionando lo que digamos.

—¡Qué sé yo...! Hasta es capaz de traer testigos.

—¿Por qué dice usted eso, señor conde?

—¿Es que no me acuerdo de cuando traje a los dos médicos en aquella horrible escena en que me humilló cuanto más se puede y cometió la infamia de hacer que la declarasen a usted loca?

—Y así era la verdad, porque si no hubiese estado yo entonces loca no habría dicho, como dije, que era usted mi amante...

—Pero...

—¿Pero qué, señor conde?

—¿Es que quieren ustedes declararme a mí loco o volverme tal? ¿Es que va usted a negarme, Julia...?

—¡Doña Julia o señora de Gómez!

—¿Es que va usted a negarme, señora de Gómez, que, fuese por lo que fuera, acabó usted, no ya sólo aceptando mis galanteos...; no, galanteos, no; mi amor...?

—¡Señor conde...!

—¿Que acabó, no sólo aceptándolos, sino que era usted la que provocaba y que aquello iba...?

—Ya le he dicho a usted, señor conde, que estaba entonces loca, y no necesito repetírselo.

—¿Va usted a negarme que empezaba yo a ser su amante?

—Vuelvo a repetirle que estaba loca.

—No se puede estar ni un momento más en ésta. ¡Adiós!

El conde tendió la mano a Julia, temiendo que se la rechazaría. Pero ella se la tomó y le dijo:

—Conque ya sabe usted lo que le ha dicho mi marido. Usted puede venir acá cuando quiera, y ahora que estoy yo, gracias a Dios y a Alejandro, completamente curada, curada del todo, señor conde, sería de mal efecto que usted suspendiera sus visitas.

—Pero Julia...

—¿Qué? ¿Vuelvo usted a las andadas? ¿No le he dicho que estaba entonces loca?

—A quien le van a volver ustedes loco, entre su marido y usted, es a mí...

—¿A usted? ¿Loco a usted? No me parece fácil...

—¡Claro! ¡El michino!

Julia se echó a reír. Y el conde, corrido y abochornado, saltó de aquella casa decidido a no volver más a ella.

Todas esas tormentas de su espíritu quebrantaron la vida de la pobre Julia, y se puso gravemente enferma, enferma de la mente. Ahora sí que parecía que de veras iba a enloquecer. Caía con frecuencia en delirios, en los que llamaba a su marido con las más ardientes y apasionadas palabras. Y el hombre se entregaba a los transportes dolorosos de su mujer procurando calmarla. "¡Tuyo, tuyo, tuyo; sólo tuyo, y nada más que tuyo!", le decía al oído, mientras ella, abrazada a su cuello, se lo apretaba casi a punto de ahogarlo.

La llevó a la dehesa a ver si el campo la curaba. Pero el mal la iba matando. Algo terrible le andaba por las entrañas.

Cuando el hombre de fortuna vió que la Muerte le iba a arrebatar su mujer, entró en un furor frío y persistente. Llamó a los mejores médicos. "Todo es inútil", le decían.

—¡Sálvemela usted!—le decía al médico.

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¡Sálvemela usted, sea como sea! ¡Toda mi fortuna, todos mis millones por ella, por su vida!

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¡Mi vida, mi vida por la suya! ¿No sabe usted hacer eso de la transfusión de la sangre? Sáqueme toda la mía y désele a ella. Vamos, sáquemela.

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¿Cómo imposible? ¡Mi sangre, toda mi sangre por ella!

—¡Sólo Dios puede salvarla!

—¿Dios? ¿Dónde está Dios? Nunca pensé en El.

Y luego a Julia, su mujer, pálida, pero cada vez más hermosa, hermosa con la hermosura de la inminente muerte, le decía:

—¿Dónde está Dios, Julia?

Y ella, señalándosele con la mirada hacia arriba, poniéndosele con ellos los grandes ojos casi blancos, le dijo con una hebra de voz:

—¡Ahí le tienes!

Alejandro miró al crucifijo, que estaba a la cabecera de la cama de su mujer, lo cogió, y apretándole en el puño, le decía: "Sálvamela, sálvamela, y pídemelo todo, todo, todo, mi fortuna toda, mi sangre toda, yo todo..., todo yo".

Julia sonreía. Aquel furor ciego de su marido le estaba llenando de una luz dulcísima el alma. ¡Qué feliz era al cabo! ¿Y dudó nunca de que aquel hombre la quisiese?

Y la pobre mujer iba perdiendo la vida gota a gota. Estaba marmórea y fría. Y entonces el marido se acostó con ella y la abrazó fuertemente, y quería darle todo su calor, el calor que se le escapaba a la pobre. Y la quiso dar su aliento. Estaba como loco. Y ella sonreía.

—Me muero, Alejandro, me muero.

—¡No, no te mueres—le decía él—, no puedes morirte!

—¿Es que no puede morirse tu mujer?

—No; mi mujer no puede morirse. Antes me moriré yo. A ver, que venga la muerte, que venga. ¡A mí! ¡A mí la muerte! ¡Que venga!

—¡Ay, Alejandro, ahora lo doy todo por bien padecido!... ¡Y yo que dudé de que me quisieras!...

—¡Y no, no te quería, no! Eso de querer, te lo he dicho mil veces, Julia, son tonterías de libros. ¡No te quería, no! ¡Amor..., amor! Y esos miserables, cobardes, que hablan de amor, dejan que se les mueran sus mujeres. No, no es querer... No te quiero...

—¿Pues qué?—preguntó con la más delgada hebra de su voz, volviendo a ser presa de su vieja congoja, Julia.

—No, no te quiero... ¡Te... te... te..., no hay palabra!—y estalló en secos sollozos, en sollozos que parecían un estertor, un estertor de pena y de amor salvaje.

—¡Alejandro!

Y en ésta débil llamada había todo el triste júbilo del triunfo.

—¡Y no, no te morirás; no te puedes morir; no quiero que te mueras! ¡Mátame, Julia, y vive!
¡Vamos, mátame, mátame!

—¡Sí, me muero...

—¡Y yo contigo!

—¿Y el niño, Alejandro?

—Que se muera también. ¿Para qué le quiero sin ti?

—Por Dios, por Dios, Alejandro, que estás loco...

—Sí, yo, yo soy el loco, yo el que estuve siempre loco..., loco de ti, Julia, loco por ti... Yo, yo el loco. ¡Y mátame, llévame contigo!

—Si pudiera...

—Pero no, mátame y vive, y sé tuya...

—¿Y tú?

—¿Yo? ¡Si no puedo ser tuyo, de la muerte!

Y la apretaba más y más, queriendo retenerla.

—Bueno, y al fin, dime, ¿quién eres, Alejandro?—le preguntó al oído Julia.

—¿Yo? ¡Nada más que tu hombre..., el que tú me has hecho!

—¡Alejandro!

Este nombre sonó como un susurro de ultramuerte, como desde la ribera de la vida, cuando la barca parte por el lago tenebroso.

Poco después sintió Alejandro que no tenía entre sus brazos de atleta más que un despojo. En su alma era noche cerrada y arrecida. Se levantó y quedóse mirando a la yerta y exánime hermosura. Nunca la vio tan espléndida. Parecía bañada por la luz del alba eterna de después de la última noche. Y por encima de aquel recuerdo en carne ya fría sintió pasar, como una nube de hielo, su vida toda, aquella vida que ocultó a todos, hasta a sí mismo. Y llegó a su niñez terrible y a cómo se estremecía bajo los despiadados golpes del que pasaba por su padre, y cómo maldecía de él, y cómo una tarde, exasperado, cerró el puño, blandiéndolo, delante de un Cristo de la iglesia de su pueblo.

Salió al fin del cuarto, cerrando tras de sí la puerta. Y buscó al hijo. El pequeñuelo tenía poco más de tres años. Lo cogió el padre y se encerró con él. Empezó a besarlo con frenesí. Y el niño, que no estaba hecho a los besos de su padre, que nunca recibiera uno de él, y que acaso adivinó la salvaje pasión que los llenaba, se echó a llorar.

—¡Calla, hijo mío, calla! ¿Me perdonas lo que voy a hacer? ¿Me perdonas?

El niño callaba, mirando despavorido al padre, que buscaba en sus ojos, en su boca, en su pelo, los ojos, la boea, el pelo de Julia.

—¡Perdóname, hijo mío, perdóname!

Se encerró un rato a arreglar su última voluntad. Luego se encerró de nuevo con su mujer, con lo que fué su mujer.

—Mi sangre por la tuya—le dijo, como si le oyera, Alejandro—. La muerte te llevó. ¡Voy a buscarte!

Creyó un momento ver sonreír a su mujer y que movía los ojos. Empezó a besarla frenéticamente por si así la resucitaba, a llamarla, a decirle ternezas terribles al oído. Estaba fría.

Cuando más tarde tuvieron que forzar la puerta de la alcoba mortuoria, encontráronle abrazado a su mujer y blanco del frío último, desangrado y ensangrentado.

F I N



Kyra Kyralina. — Por Panait Istrati. — Las obras de Panait Istrati han sido una revelación para el mundo literario. *Kyra Kyralina* sorprendió por su originalidad y su sabor oriental a todos los más encumbrados novelistas de fama mundial, que no titubearon, como el maestro de novelistas Blaško Ibáñez, en decir de él que era un "bohemia inspirado y genial, de la misma familia que Gorki y Jack London".—Precio: 3 pesetas.

Mi Tío Anghel. — Por Panait Istrati. — "Conozco tres o cuatro de sus novelas—decía el insigne Romain Rolland de Istrati— y puedo afirmar que son dignas de los maestros rusos." Estas tres o cuatro novelas a que aludía el gran escritor francés no eran otras que *Kyra Kyralina*, *Mi tío Anghel*, *Los Aíducs*, *Nerránsula* y alguna otra no traducida aún al español, y que apenas aparecidas dieron fama universal a su autor. En efecto; esta obra confirmó a su autor como a uno de los mejores escritores de nuestro siglo, que ya se vislumbró con la aparición de su primera obra.—Precio: 3 pesetas.

Los Aíducs. — Por Panait Istrati. — Esta obra, como las dos anteriores, transportan al lector a un mundo de emocionantes y sugestivas aventuras. El oriente europeo, con sus misteriosas costumbres y sus hombres de rebeldía indómita atraen al lector desde las primeras páginas.—Precio: 3 pesetas.

Nerránsula. — Por Panait Istrati. — "Istrati es un extraordinario narrador—dice Romain Rolland—. Un narrador de Oriente que se encanta y se emociona con sus propios relatos." *Nerránsula* es una obra verdaderamente original y de una belleza insólita.—Precio: 2'50 pesetas.

(En breve aparecerán de este mismo autor *Mis andanzas* y *Los cardos del Baragán*.)

La maternidad consciente. *Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza.* — Por Manuel Devaldés. — El mundo científico dedica cada día mayor atención a los problemas de orden sexual y biológico. Problemas altamente interesantísimos, trascendentales, que ganan la simpatía de toda persona culta, pues que en ellos se ventila la superación mental y física de la especie humana por medio de la maternidad consciente y limitada.

Educar a la mujer en los conocimientos necesarios para cumplir racionalmente y por su voluntad la más importante misión de la vida, es fomentar y decidir el porvenir y la felicidad de las generaciones futuras; es atacar y cauterizar en su origen las miserias sociales, por donde sangra el mundo con todas sus purulencias de prostitución y pauperismo.

La obra de Manuel Devaldés, consagrada a tan importante labor eugénica, merece ser leída y divulgada por todos; vibra en sus páginas la lógica del razonamiento incontrovertible, la exposición juiciosa, serena, basada en una moral muy humana y muy digna.—Precio: 2 pesetas.

El Arroyo, por Eliseo Reclus. — Hacia ya bastante tiempo que se había agotado este primoroso libro del sabio geógrafo y libertario insigne. Los que lo habían leído lamentaban no poderlo encontrar de nuevo para leerlo una y otra vez, y darlo luego a leer a sus amigos más íntimos. Cosa perfectamente explicable. El placer que se tiene leyendo *El Arroyo* no tiene nada de egoísta. Más bien, al contrario, ese mismo placer enseña a no ser egoísta. Así, después de haber sentido el intenso gozo interior de dicha lectura, se siente el deseo de que participen del mismo placer las personas que nos son más allegadas. Y no sólo es un poema maravilloso este libro célebre con sobrada justicia, sino también un arsenal de donde extraer sin fin de argumentos de orden social. Compañero de «La Montaña» en belleza, también lo es en el caudal inagotable de ideas que encierra. Quien no ha leído *El Arroyo* desconoce uno de los libros más bellos que han salido de mente humana, como asimismo de los más sugeridores de ímpetu y de serenidad para las contiendas sociales. — Un volumen de más de 200 páginas, en rústica, 2 pesetas.

La educación sexual y la diferenciación sexual, por el Dr. Gregorio Marañón.— Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—Segunda edición. 0'50 pesetas.

Apología Socrática. — Por Platón.—Precio: 1'10 pesetas.

La Calvicie. *Cómo se evita y cómo se cura.* — Por Koheler. — Precio: 4 pesetas.





La lucha por la existencia. — Por Ch. Darwin.—1'10 pesetas.
Los Habitantes de Marte. — Por C. Flamarión.—1'10 pesetas.
El Abogado del Obrero. — Por José Sánchez Rosa. — Verdadera Enciclopedia de leyes referentes a la clase obrera. Novena edición, notablemente reformada, corregida y aumentada con las nuevas disposiciones y decretos vigentes. Contiene formularios para toda clase de trámites legales que facilitan, en forma clara y sencilla, el ejercicio de los derechos del obrero ante el patrono y las autoridades. Leyes de Reunión, Asociación, Registro civil, Imprenta, Registros domiciliarios, Orden público, Contrato de Trabajo, Accidentes del trabajo, Huelgas y Coligaciones, Ley contra la Usura, Constitución del Estado, Sobre la Jornada de ocho horas, Inquilinato, Retiro Obrero, Organización Corporativa, Comités Paritarios, etc., etc.—Precio: 3'50 pesetas.



La Gramática del Obrero. — Por José Sánchez Rosa. — Con más de 300 demostraciones prácticas con las que, muy fácilmente se aprende a pronunciar las letras, cómo se forman los dip-tongos y triptongos, las sílabas; a conocer las diez partes de la oración, la ortografía de cada letra, el oportuno empleo de las mayúsculas, la acertada colocación de los acentos, la coma, punto y coma, los dos puntos, el punto final; los signos de interrogación y admiración, puntos suspensivos, entreparéntesis, diéresis, comillas, admiración, puntos suspensivos, entreparéntesis, diéresis, comillas, guión corto y largo; en una palabra: escribir con toda corrección y ortografía.—Precio: 2 pesetas.



La Aritmética del Obrero. — Por José Sánchez Rosa. — Décimatercera edición. Con más de 200 demostraciones prácticas y sencillas al alcance de todos y relación detallada de todas las equivalencias y modo de resolverlas para los efectos de la reducción.—Precio: 1'50 pesetas.

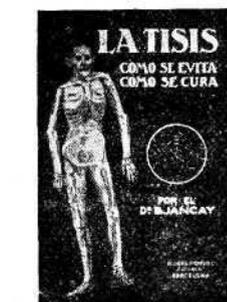


Lo que todos deberían saber. (La iniciación sexual). — Por el Doctor G. M. Besséde. — Resumen de conocimientos indispensables a los padres para la educación metódica y racional de los hijos en los problemas sexuales. Esta educación no puede delegarse, como se hace en la instrucción escolar, a preceptores y maestros; deben ser los padres, que inicien a sus hijos gradualmente desde la infancia, antes de que la naturaleza o amistades inconvenientes, muchas veces perjudiciales, revelen bruscamente en la época de la pubertad, lo que los padres han esquivado siempre explicarles; con la verdad y con método racional y apropiado, se evitan los peligros del vicio y las aberraciones sexuales que produce la ignorancia.—Precio: 2 pesetas; en tela, 3'50.



La Nueva Creación de la Sociedad. — Por Ramis.—Precio: 4 pesetas.

Sobre el pasado y el porvenir del Pueblo. — Por Lamennais.—Precio: 1'10 pesetas.



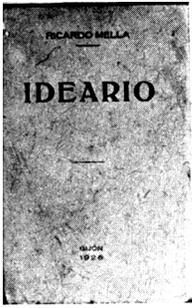
Lo que debe saber toda joven. — Por la Doctora Mary Wood. — El sistema del silencio empleado hasta ahora en la educación de las jóvenes respecto a los secretos de la generación, ha dado y sigue dando nefastas consecuencias de que son víctimas propicias esas pobres jóvenes inexpertas, que abastecen los hospitales y los antros de prostitución. La Doctora Mary Wood expone el método racional y lógico que a las jóvenes destinadas a ser madres debe dárseles, explicándoles con la verdad y con una educación racional y científica, lo que más tarde ha de revelarles la vida. Crear una conciencia sexual en la juventud es prevenir y evitar las fatales consecuencias de la depravación y el vicio.—Precio: 1'50 pesetas; en cartóné, 2'50.



La Tisis. Cómo se evita y cómo se cura. — Por el Dr. Biancay. — Precio: 2 pesetas.

El Estómago y la Salud. Cómo se cura sin médico. — Por el Dr. Biancay.—Precio: 3 pesetas.

Las Ruinas de Palmira y La Ley Natural. — Por El Conde de Volney. — La obra del Conde de Volney, célebre por la alta filosofía y la descripción histórica de las leyes morales, es sin duda alguna la obra que sirve de inspiración, y lo continuará siendo por mucho tiempo, a todas las modernas teorías y métodos filosóficos. Fuente inagotable de conocimientos en las leyes de evolución y de moral de los pueblos, este libro es indispensable para la formación de toda cultura.—Precio: 2 pesetas; en tela, 3'50.



Ideario. — Por Ricardo Mella. — Este libro de Mella no es sólo recomendable a los libertarios. Todas las personas que se preocupen de los problemas más agudos en que la humanidad se debate, deben leerlo. Encontrarán en él esfuerzos admirables por hallar una salida para esos problemas. Esfuerzos trabajados, ponderados, apasionados. Nunca superficiales. En todo momento, una seriedad filosófica preside su labor. El tono literario es, también constantemente, digno, de expresión feliz y certera. Unos granos de escepticismo, atravesados hasta en las páginas más optimistas realzan en gran manera el valor de la obra total. La actitud de plena seguridad revelaría ignorancia. No cae nunca Mella en este callejón sin salida. Afirmaciones de hombre de acción, sí, pero con una nota, escondida muchas veces, en la que el pensamiento pone freno a la actitud demasiado segura. No son fáciles de recorrer los caminos de grandes propósitos. Si alguna vez, de un salto, se coloca en el final, luego medita las dificultades de este salto, sólo factible con el pensamiento. Doblemente sugeridores, por esto, sus trabajos. Dan la lección completa. Afirmativos nada más, no darían ninguna lección valedera. Y la lección está preñada de simpatía, que es cómo las lecciones dan fruto.

Ideario es el primer volumen de las obras completas del autor. Si el propósito de los editores se cumple, Mella será, por fin, conocido realmente y como se merece.

El libro está editado con gusto y con un criterio de selección digno de elogio. No se habían visto muchos libros, en España, editados por libertarios, como *Ideario*. Ricardo Mella era acreedor a este homenaje, el más íntimo de todos y el más acorde con su vida y su pensamiento.—Precio: 5 pesetas.

No cometa más falgas de Ortografía. — Por Santano. — Precio: 3'50 pesetas.



Colección "La Novela Mensual de ESTUDIOS"

Crainquebille. — Por Anatole France. — Nadie ha sabido ridiculizar las normas rígidas de la *justicia escrita*, como lo hace Anatole France en este *drama vulgar*, en el que se admira la fina ironía y el sublime estilo del gran escritor.—Precio: 0'50 pesetas.

La muerte de Oliverio Becaille. — Por Emilio Zola. — El inmortal Zola muestra en esta preciosa novelita el contraste de una vida civil, *muerta* según la ley, con la libertad que adquiere la personalidad *desaparecida* a los ojos del mundo y sus convencionalismos.—Precio: 0'50 pesetas.

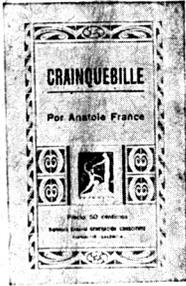
El Mareo. — Por Alejandro Kuprin. — Una hermosa narración contra la sociedad que unas vidas agitadas en la lucha revolucionaria y al planteamiento de un problema sentimental hondamente sugestivo.—Precio: 0'50 pesetas.

Luz de Domingo. — Por Ramón Pérez de Ayala. — Es esta una pequeña novela por su volumen, pero inmensa por su belleza incomparable y por la alta moralidad en que se inspira. El genial escritor enaltece el sentimiento del amor por encima de las pajezas del instinto y de la maledicencia.—Precio: 0'50 pesetas.

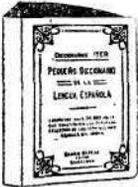
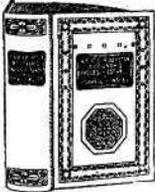
Infanticida. — Por Joaquín Dicenta. — Una formidable acusación contra la sociedad que villipendia y desprecia a la joven incauta, caída en falta por la ignorancia en que a toda costa se quiere mantener a la juventud, hasta convertirla en *infanticida*.—Precio: 0'50 pesetas.

Urania. — Por Camilo Flammarión. — Singular género literario éste de cantar las maravillas celestes en forma novelesca, que sólo podía estar reservado al genial poeta del universo, como muy justamente se ha dicho de Flammarión. El estudio de la astronomía hecho en forma altamente sugestiva e interesante.—Precio: 0'50 pesetas.

Seguirán apareciendo en esta colección un título cada mes, siempre de autores de reconocido prestigio universal.



Diccionarios (10 por 100 de descuento a corresponsales y suscriptores)



Enciclopedia Sopena, en dos volúmenes.—Contiene 200.000 artículos, 50.000 biografías, 20.000 grabados, 87 mapas en negro y en color y 39 hermosas cromotipias.—80 pesetas al contado y 90 a plazos.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española, publicado bajo la dirección de D. José Alemany.—Contiene 90.000 artículos, 8.000 grabados, 2.000 retratos, 380 cuadros, 77 mapas en negro y color y 15 cromotipias.—18 pesetas.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado "La Fuente".—Contiene 80.000 artículos, 1.014 grabados, 370 retratos, 100 cuadros, 11 mapas en color y 3 cromotipias.—9'00 pesetas.

Nuevo Diccionario de la Lengua Española, por D. José Alemany.—Este Diccionario es un excelente compendio de la parte lexicográfica de la Enciclopedia Sopena.—7 pesetas.

Diccionario ilustrado "Aristos".—60.000 voces, 2.500 grabados.—5'50 ptas.

Diccionario de la Lengua Española, por Atilano Rancés.—Edición de bolsillo.—Contiene 45.000 voces y está ilustrado con 800 grabados.—3'50 pesetas.

Diccionario Francés-Español y Español-Francés, por P. Alcalá Zamora y Teophile Antignac.—Edición manuable.—Con la pronunciación figurada.—5'50 pesetas.

Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés, por Ricardo Robertson.—Con la pronunciación figurada.—5'50 pesetas.

Pequeño Diccionario de la Lengua Española "Iter".—Edición de bolsillo.—1'75 pesetas.

Diccionario "Iter" Inglés-Español.—Edición de bolsillo.—2'50 ptas.

Diccionario "Iter" Francés-Español.—Edición de bolsillo.—2'50 pesetas.

Diccionario Filosófico, por Voltaire.—Obra trascendental, considerada como la más valiosa y fundamental de este genio inmortal.—Dos grandes tomos en tela.—16 pesetas.



Tarjetas postales de ESTUDIOS

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los retratos de los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un descubridor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.

SERIE II.—Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.

SERIE III.—Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.

SERIE IV.—Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapérede.

SERIE V.—Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.

SERIE VI.—Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.

SERIE VII.—Lope de Vega, Tiziano, Ludmila Pitoeff, Stravinski, Descartes, Justus Liebig, Harvey, Romain Rolland, Darwin, Miguel Servet, Desmoullins y Andreiev.

SERIE VIII.—Bécquer, Rubens, Alberto Durrero, Chopin, Raimundo Lulio, Raspail, Galvani, Ch. Louis Philippe, Mendel, Luis Blanc, Theroigne de Mericourt y Stendhal.

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

No se venden tarjetas sueltas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento

CUADERNOS DE CULTURA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Estos CUADERNOS se dirigen principalmente al autodidacto: al hombre que quiere formarse una cultura por su propio esfuerzo; al hombre que no dispone de tiempo ni medios adecuados para el cultivo metódico de su inteligencia y para el cual la vida es un panorama lleno de interrogantes; al hombre que desea penetrar en el conocimiento del mundo y del pensamiento humano y quiera formar su educación basándose exclusivamente en la lectura.

Estos CUADERNOS ponen ante el lector, en libritos económicos de limpio y fácil estilo, todas las disciplinas del saber humano, orientadas en un sentido claro, científico, imparcial.

Se publica un CUADERNO cada quince días, esmeradamente impreso en papel pluma, de 72 o más páginas, al precio de 60 céntimos cada uno. A los corresponsales y libreros, a 45 céntimos desde cinco ejemplares en adelante.

Van publicados los siguientes títulos:

Socialismo, por Marín Civera.

Introducción al estudio de la Filosofía, por F. Valera.

El Universo, por el Dr. Roberto Remartínez.

Liberalismo, por F. Valera.

La formación de la Economía Política, por Marín Civera.

Sistemas de gobierno, por Mariano Gómez.

Higiene individual o privada, por el Dr. Isaac Puente.

Escritores y pueblo, por Francisco Pina.

Seguirán originales de Angel Pestaña, Gonzalo de Reparaz, Alvarez del Vayo, Adolfo Salazar, Roberto Castrovido, Genaro Artilles, Antonio Espina, Luis Bello, etc.



Como el Caballo de Atila

Por H. Noja Ruíz

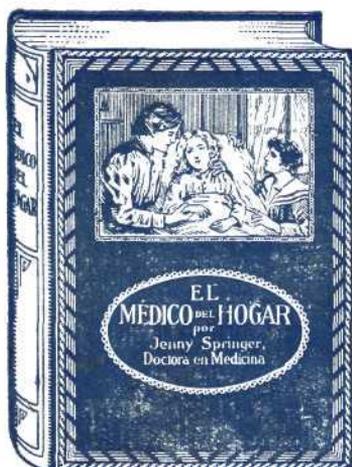
Pocas veces podrá tildarse de excepcional una obra con mayor motivo que a esta novela, última producción del conocido y admirado escritor Higinio Noja Ruíz.

Porque lo meritorio y lo que verdaderamente hace excepcional a un libro no es sólo su trama novelesca, lo emocionante y episódico de su narración, sino la trascendencia de las ideas a cuyo fuego se forja su producción, el concepto elevado que sugiere su lectura, finalidad artística a que aspiró el autor para dar forma vital a una nueva concepción más humana y más digna, a una moral superior a que forzosamente han de encaminarse las relaciones de humana convivencia.

El mundo contemporáneo, casi sin excepción, repudia por bárbara e inútil la odiosa pena de muerte, baldón ignominioso de nuestro siglo (ineficaz e inmovil recurso vengativo, que no justiciero, de la sociedad contra el malhechor, muchas veces triste guiñapo del vicio que la misma sociedad fomenta, dañino e inconsciente instrumento del ambiente ineducado), y que a pesar de todo mantiene en vigencia el Código.

Crear un estado de conciencia colectiva adverso a la aplicación de la repugnante condena, impulsar ese estado de opinión hasta borrar del articulado que sanciona las faltas de los hombres ese oprobioso artefacto llamado patíbulo, es labor trascendental y digna. A ello tiende la novela de Higinio Noja Ruíz, abordando un problema original y de honda penetración psicológica, con estilo claro, preciso, ameno, que le consagra como uno de los mejores escritores de vanguardia.

Un volumen de 324 páginas, magníficamente impreso en papel pluma, con portada a tricromía. Precio, 5 pesetas.



EL MÉDICO DEL HOGAR

Por la Dra. Jenny Springer

Obra verdaderamente sensacional, importantísima, indispensable en todos los hogares. Es un libro de consulta y de estudio; el consejero acertado, exacto y desinteresado, el amigo verdadero de la salud. Poseer esta hermosa obra en casa es asegurar su salud, su felicidad, y la de los suyos; es poseer un tesoro científico que le defiende de los posibles errores del profesionalismo médico. Forma un precioso tomo de 942 páginas, con 936 grabados, 56 láminas en colores y 3 suplementos: *Enfermedades sexuales* (con 3 láminas). *Desarrollo del hombre* (con 8 láminas), y dos modelos anatómicos desmontables del hombre y de la mujer.—Lujosamente encuadernado.—Precio 40 pesetas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 15 por 100 de descuento.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia
de Medicina de Barcelona

Ex médico de la Cruz Roja

Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón. Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 3 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídase "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 81. — Mayo 1930

Córtese el adjunto cupón e incláyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.